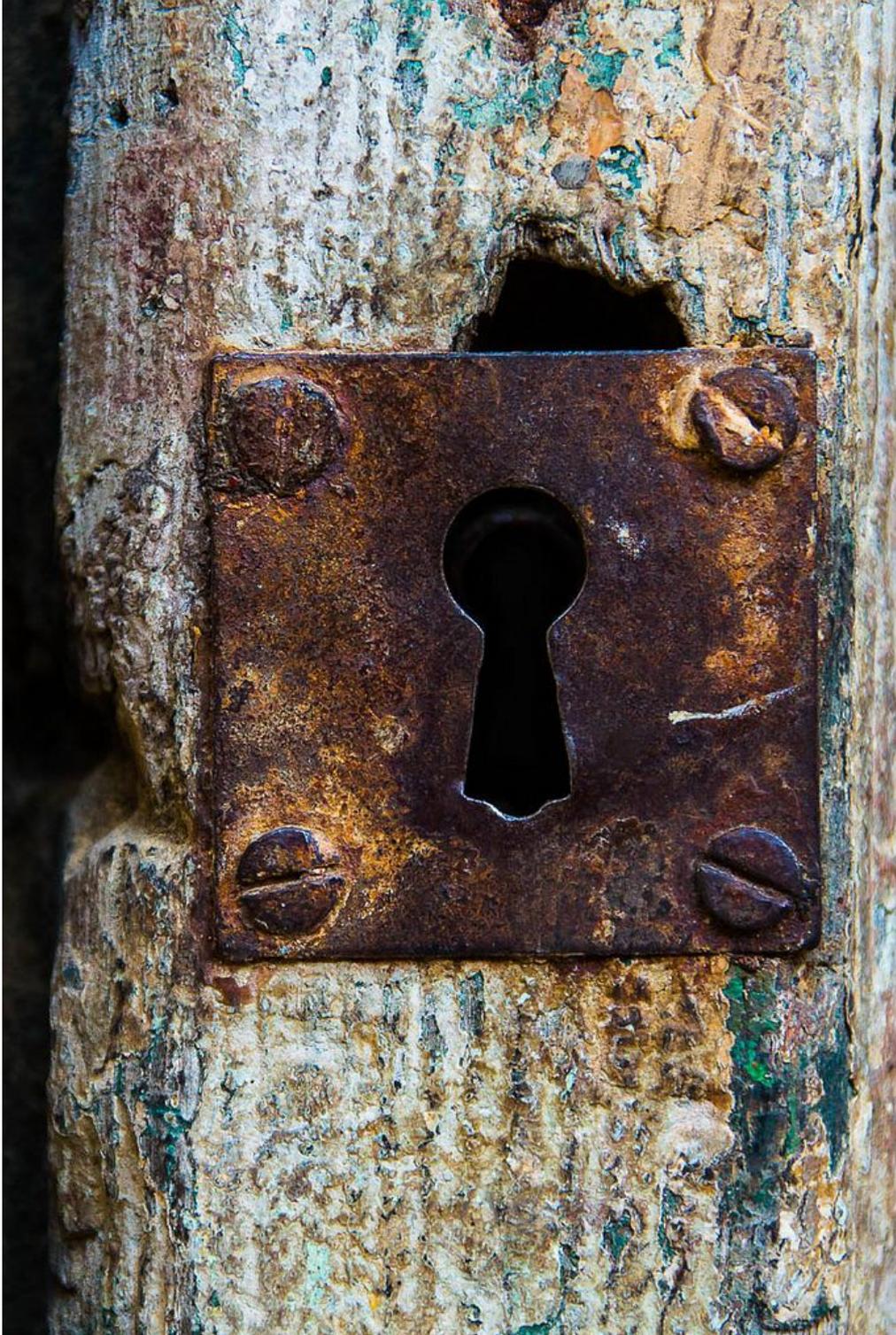


La llave maestra. P.1 terminada

César Andrés Ramírez Herrera



Capítulo 1

“A veces es difícil saber. Repito, difícil saber, cuando una historia golpea, incesante a esa puerta de entrada, que lleva una placa atornillada en frente. Una plaquita de plata, bronce u oro, lleva marcada, escrita: [Imaginación]”.

“Abres esa puerta, y ahí está. Un personaje como un fantasma de un pasado, te habla de su historia y como llegó hasta aquí. Por lo general lo dejo en la sala de espera, hasta que se haya tranquilizado un poco. Pero insiste en ser escuchado”.

Capítulo 2

“En la llave maestra, esos fantasmas llegaron de un momento a otro, hace un año atrás, 2016. En uno de mis viajes a la ciudad que me vio nacer. Me quedé de cara y absorto ante mi antiguo colegio de la niñez, un derruido lugar después de un gran terremoto en la ciudad de Talca, Chile. Parecía quemado, parecía bombardeado, aquella escena me dejó sin palabras, fue tanto así la impresión, que a la multitud, esa que camina indiferente al resto, les pregunté si ese era el mismo colegio, ese mismo colegio en donde estudié de muy pequeño. Era aquel, lo era, pero no como lo recordaba, no más”.

“De vuelta a la ciudad en donde vivo, los fantasmas de aquel lugar, aquellas figuras espectrales, me observaban. Eran incontables seres en cada ventana de ese gran colegio, uno tan grande, que abarcaba toda una manzana. No diré su nombre”.

Capítulo 3

“En los primeros escritos de La llave maestra, use el nombre real del colegio, pero por qué cambiarlo. Nuevos fantasmas golpearon mi puerta, y me susurraron un incendio, y el dolor de una madre al perder a su hijo. Luego el daño que, puede llegar a ocasionar el fanatismo: *[Thomas Mieler apareció de entre las sombras espectrales]*, así fue como de poco surgió todo”.

“Mucho se cuenta en La llave maestra, esa que abre puertas a otros mundos y otras realidades. No es sólo de un incendio en un colegio y una madre desesperada, se trata de la perdida, el amor y la familia. Esperanza, golpeó mi puerta”.

Capítulo 4

El manuscrito se divide en tres partes:

- 1.- El Sueño de Dilan.
- 2.- El Diario de Thomas Mieler.
- 3.- El Recuerdo del San Petrie.

"Les invito a leer, les invito dar un paseo, por parajes tranquilos, calmos con una brisa otoñal, un sendero alfombrado de hojas, y un cielo estrellado en una noche, que trae tormentas, y un amanecer tranquilo, quien sabe a lo mejor sobrevivimos".

Nota: Como un amigo, que en paz descanse. Dijo, **"Hasta una patada en el culo te levanta, viejo"**. Críticas constructivas o no, siempre levantan. Depende de uno, en como las reciba, depende de las perceptivas. Sonríe, sólo sonrío mí querido amigo.

Un abrazo.

"Cabe mencionar, que en mis primeros años de colegio en ese lugar, también una ala infantil se encontraba abandonada por un incendio. Ese incendio ocurrió antes de que, yo llegara a ese colegio. Imaginábamos con mis amigos ver fantasmas asomarse por las oscuras ventanas del área infantil, un día entramos por aquellas ventanas, exploramos las calcinadas salas de clase. Después de todo, con los años, quien sabe a lo mejor sólo ¿Imaginábamos?"

Capítulo 5

La llave maestra.

EL SUEÑO DE DILAN.

Capítulo 6

Como esa flor, tan delicada y fuerte a la vez, resiste vamos, resiste los embates del crudo invierno, única, sólo ella, al medio de la nada y en medio de todo.

Resiste a esa ventolera, quiere derribarla parece, eso parece.

Pero ella aún sigue.

Continua erguida, apenas.

Tan frágil, sigue en busca de un Sol, que pueda salir de entre esos nubarrones, un rayo le toca un pétalo.

Su corazón se hincha de valentía, no hay día oscuro, ni noche, que le asuste.

Seguirá resistiendo ahí, en ese mismo lugar, impoluta a pesar de todo, a pesar de las lágrimas.

Sabe, que pasará. Siente en su corazón, que pasará, lo siente cuando ese fino rayo de Sol le toca como una caricia "esperanza" su pétalo, una mejilla tal vez, siempre mirará por aquella ventana.

Entonces entiende que esto continua, altos y bajos.

Vida continúa.

Autor: Yo.

Capítulo 7

—Charles W. Kennard, aquel hombre la creó según..., según lo escrito, eso llamado historia. Con posterioridad crearía la empresa que la fabricaría. El tablero (*mientras daba un discreto sorbo a su taza de té, sin olvidar antes soplar como un débil suspiro el vaporoso calor del hervor*), llamado "**Ouija**" (*habría comillas con sus canosas cejas*), aquel hombre la hizo popular en cada hogar, en cada familia estadounidense, como un juego de mesa, como un simple juego, así parecía. En 1890 se vendieron los primeros ejemplares de un misterioso tablero, que más que un juego, es una llave a lo que no conocemos y los que sabemos, no deseamos jugar. Después de la misma voz de Kennard, se escuchó decir, que tal origen "*Ouija*" (*esta vez solo arqueo una ceja, blanca como la nieve, un sutil movimiento*), provenía del antiguo Egipto y que la palabra, "*Oui – Sí en francés*" y "*Ja – Sí en alemán*" significa algo mucho más misterioso, significa...

—Usted cállese de una vez por todas. Vamos cariño, no tenemos que seguir escuchando todo esto.

—Amor, cariño por favor, tranquilízate. No quiero irme todavía. Necesito saber que pasó. Por favor—dijo con un por favor tan débil, que parecía que se derrumbara, pétalo a pétalo tan cruel y abandono, eso sintió. Un abandono de esa esperanza, cada vez se les escurría. Lejana y sin luz.

—Vamos, ¿no creerás todo esto?, no me prestaré, para estas estupideces. Nos vamos ahora mismo. Y ustedes deberían hacer lo mismo, en vez de quedarse aquí, para...para qué. Ya han pasado semanas, más de dos meses y nada, ninguna pista positiva sobre dónde están. Sentados aquí, no lograremos avance alguno, ya que ni la policía ni nada, ninguna claridad hasta ahora. Dios.

—Sebastián, por favor calla. Me estas asustando con esa actitud, es que acaso no quieres—dijo, al final no pudo, el ardor de sus ojos y el temblor de su mentón, culpable es el corazón que, le hizo soltar sus lágrimas.

—Sí quiero, Caroline—dijo el hombre, que miraba preocupado, las lágrimas que recorrían las mejillas de su amor, había sido muy duro, lo sabía, pero la impotencia hacía su trabajo.

—No debería faltar el respeto, menos a los espíritus que se encuentran en estos momentos; tienen cosas importantes que decir, sobre la desaparición de sus hijos. Son dos matrimonios desesperados, dos

familias en la búsqueda de alguna respuesta a lo ocurrido. Entiendo el dolor y créame (*había vuelto la mirada en el hombre*), que no quiero aprovecharme de sus sentimientos—dijo esa voz de una mujer de años que, bordeaban los setenta y cinco de edad, la anciana de cabellos blancos como la nieve, blanca piel, rostro arrugado, el pasar del tiempo, año tras año lo soportaba uno a uno en sus pesados huesos, que ya parecían más a papel, o madera de termitas. Se encontraba sentada en un gran sillón en el salón de su casa, al lado del cálido fuego de su chimenea. El abrigo del fuego, le era cómodo y reconfortante para sus delgadas y débiles piernas.

Toda la escena adornada, en frente de ella, en una mesita de centro, se encontraba con halo de misterio una bola de cristal, misterio rodeado de velas de múltiples colores, una escena iluminada de esas luces mortecinas a la oscuridad tan tenue de la sala. El crepitar de la leña, el fuego iluminaba sus mejillas con suave calor.

La otra pareja, una mujer colorina y un hombre de cabellos castaños claros, sostenían el silencio y preocupación en sus manos, así se les veía sus nervios en esas tasitas de té, café y leche de chocolate. Paseaban sus miradas en Sebastián y la anciana de cabellos de nieve. El hombre había tenido la intención de pararse, pero su esposa le tomó de la mano tan fuerte, desesperada y con esos ojos verdosos irritados de lágrimas y noches de sin dormir, al final le hacen arrepentir, una invitación silenciosa a volver al cómodo sofá. Aquel hombre volvió a sentarse con la mirada clavada en esos ojos.

Sebastián ya lucía una barba aleonada, sus cabellos arremolinados tan castaños con sus primeras discretas canas, el enojo se mezclaba con el cansancio, en sus ojos, esos de color claro almendrados, miraban impotentes a su esposa, en un rápido giro se mordió los labios de rabia y arrepentimiento de haberla hecho llorar, caminó apresurado al colgador, que se encontraba al lado de la puerta de salida, tomó el anorak, un gorro de lana gruesa, y una última mirada a los presentes. Tendió la mano a su mujer, y ahora su rostro había cambiado a triste pesar, sus ojos también querían llorar —Caroline, por favor vámonos. No eres la única que tiene el corazón hecho pedazos—dijo, tragó saliva, tragó tanto dolor en esa única expresión, con esos ojos abiertos de arrepentimiento, solo quería por ahora estar lejos.

Caroline le habló a Sebastián, tantas cosas con sus ojos azules, tan cansada, agotada de llorar, sus lágrimas recorrían todo el contorno de sus blancas mejillas, los años habían caído encima de ella en un momento a otro, pero aún lucía hermosa y con una luz de viva esperanza, que resistía toda tormenta de ruina. Con sus manos recogió una a una sus lágrimas, y su claro cabello algo rubio, algo gris ya de tanta pena, hábil se hizo una moña. Tan rápido terminó de amarrarse el pelo, bajó el dorso de su mano derecha a sus delgados y resecos labios, aquellos labios se deformaron en

un llanto, que ya no podía controlar.

—Caroline, cariño. Nos vamos ahora. Ponte el abrigo te espero afuera, no quiero pasar ni un segundo más en esta casa. Por favor, vámonos ya—dijo, abrió la puerta y salió de la casa sin antes descargar su impotencia en la pobre de madera al cerrarla.

—Le ruego, que disculpe a mi esposo. Por favor... es que ya no sabemos...—el llanto, no le dejaba hablar con claridad—y la policía... Dios mío—se interrumpió, para sellar sus labios con sus dos manos, tan temblorosas y entonces cerró sus ojos, parpados cansados y rojos. Todo su cuerpo lloraba, toda su alma lloraba.

La anciana se levantó en un lento crujido de sus delgadas piernas, que se veían como les costaba ponerse en pie, a su vez se acomodó su larga falda de tono azul marino. Caminó un paso tras otro, con suma pausa mientras se abotonaba su chaleco verde oscuro, cogió su bastón, el cual tenía apoyado al lado de su sillón.

—Puede irse, mi niña. Pero antes espere—dijo, y caminó con un casi imperceptible rengueo de sus pierna izquierda, la cual disimulaba la molestia con el bastón, lo sostenía con firmeza de su mano. Entró a una de las habitaciones y enseguida se le vio venir de vuelta con algo tomado en la mano derecha, al llegar de frente a Caroline, le mostró lo que había ido a buscar, un collar de lana del cual colgaba una rustica cruz hecha de ramitas.

—Por favor, úsela en su cuello, le protegerá. Es un regalo—dijo, y al mismo tiempo le sonrió con cariño, mientras asintió con su rostro, en una clara expresión que debía confiar en ella y la cruz.

—Protegerme...., pero de qué—Caroline preguntó. Contenía con mucho esfuerzo sus lágrimas, la nariz puntiaguda y pequeña ya la tenía irritada, roja de congestión.

—Protegerme de qué—volvió la pregunta a salir de sus labios, luego como un eco resonó en el interior de su cabeza, para al final viajar a su corazón, como una leve punzada de temor.

La anciana con cordialidad le invitó a que se pusiera el rustico collar, haciéndole señas con sus rostro y manos alrededor de su propio cuello.

Caroline con dudas, al final se puso el collar y lo escondió debajo de sus ropas.

—De la tristeza, la tristeza mi niña. Eso te hace vulnerable—dijo, luego la anciana miró a la altura de las caderas a uno de los costados de Caroline y sonrió en esa dirección. De inmediato volvió a mirar a Caroline, y en voz

baja, al oído, le dijo—Todos tenemos un ángel que nos protege, pero como no lo podemos ver, nos olvidamos de aquel tal asombroso e importante detalle. Cuando sienta desconsuelo. Cuando piense, que está perdida, mire esa cruz de ramitas y recuerde que tiene un ángel, que le cuida en todo momento.

Las dos se devolvieron una leve sonrisa, en Caroline se encendió una luz aunque opaca todavía, aquello era esperanza. Ya algo aliviada, miró la puerta principal.

—Gracias—dijo en un suspiro, caminó en busca de su chaqueta, la cual se encontraba en el perchero, el mismo en donde estaba hace pocos minutos el anorak de Sebastián.

—Caroline, vamos. Se hace tarde y tiene pinta de lluvia—se escuchó la voz de Sebastián, desde el otro lado de la puerta.

—Debo irme, se lo agradezco mucho, de verdad.

Caroline, salió de la casa, había dejado por unos momentos sus lágrimas en algún rincón.

La anciana volvió con sus pasos lentos y delicados. Tanteó cada pisada en una madera sonora de crujientes crepitares, caminó a reunirse con los demás invitados, le esperaban impacientes de escuchar, volvió además con aquéllos..., sus espíritus que le hablaban. Le susurraban cosas misteriosas al oído.

Afuera el cielo se había nublado, pero eso no impidió, un fino rayo de Sol de entre los nubarrones grises se colara, tocara una mejilla, que iluminó su rostro, ella lo sintió como si fuera tocado su corazón, en sus labios dibujó por un segundo una fina sonrisa.

Capítulo 8

3 de Julio 1985.

Incendio en colegio San Petrie, moviliza a todo el cuerpo de bomberos.

Los daños producto del siniestro impiden volver a retomar las clases; la reanudación tardaría semanas. Según lo informado, habría sido intencionado. Incendio afectó en su mayoría a una sala infantil. Todo apunta que el culpable de los hechos fuese uno de los auxiliares del establecimiento, el cual dejó con llave la sala infantil provocando la muerte de todo un curso, el número de víctimas; 15 alumnos, entre las edades 8 y 9 años de edad y además de su profesora, nombre: Eliana Abazia Elarti, una Joven de 27 años de edad.

Las familias se encuentran con tratamiento especial.

4 de Julio 1985.

Hallan cuerpo sin vida de auxiliar de colegio San Petrie, al cual se le acusa por el incendio causado en colegio.

Se presume que su causa fue suicidio, la policía no ha dado más detalles de lo acontecido. El cuerpo fue encontrado en el ala antigua de la escuela no hay más detalles del lugar exacto.

7 de Julio 1985.

Encuentran nota suicida y confesión en casa de auxiliar muerto. El hombre vivía solo. Vecinos declaran que era tranquilo. El nombre del fallecido y perpetrador de horrendo crimen en colegio San Petrie: Alexander Olmos Rodríguez.

12 de Julio 1985.

Encuentran indicios, que sujeto el cual provocó incendio en colegio San Petrie, tenía vinculaciones con sectas ocultistas en la región y fuera de

ella.

Auxiliar de Nombre: Alexander Olmos Rodríguez. Hombre de 35 años de edad.

Encuentran indicios que el sujeto pertenecía a una secta y practicaba ocultismo. Se investiga las motivaciones, y conexión con el incendio en colegio.

Secta, ocultismo: Jefe de policías de investigaciones, recordó en entrevista al diario que: *"Por el bien de la tranquilidad pública y familias afectadas por este trágico hecho, se recomienda a los ciudadanos y a los medios usar información fiable, hasta que establezcan todas las circunstancias y motivaciones de los hechos acontecidos"*.

Las familias de las niñas y niños fallecidos, piden que se haga justicia. Debido a la relación de sectas ocultistas, puede haber más de un culpable.

17 de Julio 1985.

Demanda se cierne contra colegio San Petrie, debido al incendio que cobró vidas infantiles y de una profesora.

Abuelos de la fallecida Profesora: Eliana Abazia Elarti, demandan a colegio San Petrie, pues la profesora denunció en reiteradas ocasiones, acoso por parte de auxiliar, además de conductas violentas contra los niños y niñas del establecimiento.

18 de Julio 1985.

Acusado por encubrir incendio en colegio San Petrie a director del establecimiento.

Se acusa a director de establecimiento, por encubrir tales acusaciones por parte de la familia Abazia Elarti. Abuelos de la profesora fallecida en incendio claman todo el peso de la Ley. Padres de los 15 niños muertos en trágico incendio demandan a colegio y a su director.

19 de Julio 1985.

Director de escuela San Petrie, es pariente del asesino.

Director de escuela San Petrie, es el tío del auxiliar de nombre: Alexander Olmos Rodríguez, quien provocó incendio matando a 15 alumnos de edades entre 8 a 9 años y a su profesora, la joven: Eliana Abazia Elarti.

Director es destituido del establecimiento. Comienzan las investigaciones, la posibilidad de conexiones de cultos secretos.

30 de Agosto 1985.

Director en la cárcel culpable de encubrimiento.

Se cierra el caso del asesino incendiario de San Petrie, no se haya pruebas suficientes de conexiones con una secta o culto.

Los familiares de las pequeñas y pequeños jóvenes víctimas, no descartan que el dinero influyera en la desviación y pronto cierre del caso.

La carpeta se cierra.

Capítulo 9

El pequeño Dilan, había despertado de sobresalto, sentándose en la cama, con un grito ahogado, y con las manos empuñadas fuertes, crispadas en las almohadas. Con la respiración agitada y un sudor frío, se percató con sus ojos almendrados, que las tapas estaban tiradas en el suelo de su habitación, miró entonces hacia la ventana, la cual tenía las cortinas corridas, el viento azotaba con inclemencia las ramas desnudas de su árbol vecino, que se precipitaba sin mucha violencia a golpear aquella ventana cerrada.

El pijama a rayas con dibujos de osos y leones, le molestaba, el sudor lo sentía frío e incómodo en su delgada y pequeña espalda, la textura algo rugosa se pegaba en los omoplatos. Esperó unos segundos, ya había controlado su respiración, entonces decidió bajar de la cama, se puso las pantuflas de patas de león, que tenía alineadas en paralelo, miró alrededor, en la oscuridad algo interrumpida por una luna mortecina de una noche avanzada, un mal sueño eso había sido todo. Pero ahora, el miedo producto de una rara pesadilla que con dificultad recordaba, sólo en la memoria que aquello le había causado mucho susto, quedaba una única sensación de molestia, y leve alerta a lo que tenía a su alrededor, no era la habitación atestada de juguetes, que colgaban de sus muebles, no era el closet entre abierto, que mostraba la negrura de la oscuridad más misteriosa para los niños, esos niños cuya imaginación desborda con sus cortos recién cinco años, no eran las tapas, los cobertores de su cama tirados en el piso, un desorden que tal vez fue culpa de él y más aún de su mal sueño. Era esa pesadilla, la inquietante pesadilla que no podía recordar con lujo y detalle, aquello era la causante de su molestia, lo impacientaba, lo aceleraba, el mal sueño era relacionado con su familia, como punzada en el corazón y lágrimas, que querían escapar de sus ojos, era su madre, la pesadilla tenía relación directa con su madre, y la pérdida de algo. Tal vez de ella, su Mamá. Para siempre.

Dilan necesitaba ir al baño, se había quedado hasta altas horas de la noche viendo televisión, con un plato de galletas, y una botella de un litro de bebida gaseosa, la cual había bebido por completo y casi sin pausa, el especial de sus caricaturas favoritas no se lo perdería por nada, más aún sí Papá, le acompañaría en su titánica maratón. Papá le acompañó hasta que, venció el sueño a los dos, luego de eso cada uno fue a dormir, Mamá ya dormía, y a Dilan solo en su habitación, sólo le esperaban pesadillas.

Se acercó hacia la puerta, la abrió y asomó su cabeza con sus cabellos ondulados color castaño claro, recordó que Papá lo llevaría al peluquero.

Miró, con una pizca de inseguridad, por el perfil del marco, ese pasillo oscuro, de una casa en completo silencio. Con un suspiro de valentía salió de su habitación, y se quedó plantado de pie frente a ese pasillo con piso de madera flotante, ese pasillo que lucía tan brillante de día, ahora apenas podía ver. Pensó cuanto tardaría en llegar al baño, contó los pasos, la puerta estaba al frente de él, pero a una distancia de unos cuantos metros considerables en su pequeña estatura. Un pie dudoso, un paso adelante, que de inmediato titubeó y volvió a la posición anterior, algo había olvidado o mejor dicho alguien. Sus ojos se abrieron como una caricatura, que ante una idea, una ampolleta se enciende sobre su cabeza. Había recordado que para estas travesías, llevaba siempre a su amigo. Retrocedió rápido y volvió a entrar a su habitación.

Caminó hacia la silla, que se encontraba al lado de la ventana, las sombras de las desnudas ramas parecían garras, se movían extrañas sobre la figura de su oso de peluche, sintió una sensación de amenaza y volvió a su pesadilla, esa emoción amarga, algo parecido. Lo cogió rápido, como un rescate de ominosas garras, lo miró y sonrió.

—Andy, vamos—susurró a su amigo inseparable, un oso de peluche, de felpa color café claro, con ojos negros, una sonrisa de oreja a oreja, vestido con un polerón manga corta de color blanco, con el nombre Andy en el pecho bordado color azul cielo, el pequeño Andy de treinta centímetros, fue su primer regalo, el primer año cumplido de vida de Dilan. Desde ese día, jamás lo soltaría, siempre lo llevaba a lugares inseguros, cuando su temor le embargaba. Dilan lo miró fijo a esos ojos y a esa sonrisa amigable del oso Andy, pensó que hubiera sido ideal que su amigo lo hubiese acompañado, o aparecido de sorpresa en su inquietante pesadilla, tal vez le habría ayudado a recordar, Dilan eso se decía a sus adentros.

Entonces, por segunda vez salió de su habitación, pero con el oso en sus brazos. Con seguridad, caminó en la oscuridad del pasillo, abrió la puerta del baño, y de puntillas encendió la luz.

—Andy, cuida la entrada—dijo en voz baja, con un "shh", el dedo índice de su mano derecha puesto en sus labios. Lo dejó sentado en medio del marco de la puerta del baño, una puerta abierta de par en par, su plan era una vez lavado sus manos, tomar a Andy y caminar a toda velocidad hacia su habitación, para refugiarse en su cama, envuelto en los cobertores.

Con premura levantó la tapa del inodoro y de pie, como Papá le había enseñado, comenzó a orinar, había tomado un litro de bebida gaseosa, y el estómago lo sentía incómodo e hinchado con tanto líquido, suspiro de alivio mientras tarareaba una canción, que su Padre solía escuchar en casa, en el automóvil, en el patio, en el taller, en su despacho, en fin, la escuchaba cada vez que recordaba a su abuelo fallecido, era su canción favorita decía, para él era la canción perfecta, para una gran despedida.

Dentro la cabeza de Dilan, la tarareaba mejor, como si la estuviera de verdad escuchando, sonaba mejor en silencio, pero hacía el esfuerzo, aquella canción, su Papá le llamaba *"Ain't no grave"* (*No hay ninguna tumba*), el cantante era un gran músico solía decirle *"Johnny Cash"*.

El muchacho con algo de dificultad, pero con mucho empeño tarareaba, algo que en su cabeza se escuchaba estupendo:

"There ain't no grave can hold my body down"

"No hay ninguna tumba que pueda sostener mi cuerpo"

De lo que más se acordaba era del coro, lo repetía constante, hasta lo cantaba. Una y otra vez cantaba el coro, con el cuidado de no levantar demasiado la voz, así lo hacía mientras bajaba la tapa del inodoro, mientras daba el paso del agua en la llave del lavamanos, cogió el jabón y con mucho cuidado comenzó a lavarse las manos, antes se había ayudado de una caja, para quedar a una buena estatura. Observó gracias al espejo, que aún tenía los ojos irritados por culpa de la pesadilla, miró su blanca dentadura, se dijo que podía ser más blanca, entonces mientras tarareaba *"can hold my body down"*, buscó su cepillo de dientes, luego tomó la pasta, y comenzó a cepillarse los dientes al ritmo de la melodía, que en su cabeza sonaba ya como un concierto, y él era el cantante de la banda, arriba del escenario. El público coreaba su nombre.

No paraba de cantar en su infinita imaginación *"We, look way down the river, what do you think I see?"* y algo se entendía en sus tarareos, cuando cantaba con el cepillo de diente puesto de micrófono y la pasta en los dientes. Se bajó de la cajita, para presionar el botón de la cadena del baño, había olvidado ese detalle, uno de los pasos indicado por Mamá, cuando Papá le enseñó, había olvidado ese detalle, pero Mamá lo tenía siempre presente.

Se enjuagó la boca, e hizo gárgaras con el agua, luego la expulsó hacia el lavamanos. Dilan tarareaba *"I see a band angels and they're coming after me"*, era la canción del abuelo, ese abuelo que había hecho todas sus maletas, con bolsos y petacas, un viaje de ida al cielo, y la canción de su Papá, que la escuchaba una y otra vez, para recordarlo.

Guardó el improvisado micrófono, en ese vaso de plástico con el nombre Dilan pintado.

Seguía con el coro con todo el entusiasmo puesto en aquellas palabras;

"There ain't no grave can hold my body down"

"No hay ninguna tumba que pueda sostener mi cuerpo"

El pequeño muchachito, tomó la cajita con la cual se apoyó, para quedar a una estatura ideal en frente del lavamanos y el espejo. La dejó al lado de la pesa de Mamá, que tenía en un rincón de la bañera. Luego de eso comenzó a tocar esa grandiosa guitarra al aire, mientras en su cabeza reproducía la melodía del abuelo y su Papá (*el público imaginario aplaudía enloquecido, con pancartas escritas con su nombre*). Y así fue de a poco, en su imaginación olvidando la pesadilla, que lo despertó a tan altas horas de la noche, quien sabe ahora pensaba, que tan sólo *"eran las ganas de orinar"*, ese mal sueño era para despertarlo enseguida, antes de mojar el colchón de la cama, ya que para él, había crecido lo suficiente, los días de mojar la cama eran cosas del pasado. Olvidaba, y giraba para salir del baño, tomar a su oso de peluche Andy y luego apegarse al plan, caminar a toda velocidad con su amigo en los brazos, y saltar a su cama, para refugiarse de la oscuridad.

Continuaba;

"Well, meet me Jesus, meet me. Meet me in the middle of the air"

Había interrumpido la canción, el silencio de sus labios llegó junto con la imaginación que ahora se derrumbaba, se diluía en blanco, todo el público había desaparecido en un dos por tres, se habían ido del lugar, dejándolo solo, en un escenario sin música, un anfiteatro ahora vacío. En Dilan volvió ese malestar de una pesadilla, que no podía recordar, y aquello le oprimía el corazón, porque tenía relación con su Mamá. El público ya no estaba, la pesadilla había vuelto a su joven corazón, y su oso Andy ahora se encontraba a la mitad del pasillo, en la negrura de la casa, algo interrumpida por la luz que se escapaba de la ampolleta del baño.

Su oso lo había dejado en el marco de la puerta, lo había dejado, para que vigilara la entrada a espaldas de él. Andy se había movido, y ahora lo miraba fijo en la mitad del pasillo. Dilan, creyó escuchar de su oso una suave voz: "Corre...", después de un breve silencio, volvió Andy a decirle: "Ahora".

El muchacho palideció, y los nervios le obligaron morder sus labios, pero con la suavidad suficiente para no sangrar.

—Ahora—susurró el pequeño muchacho, y tan pronto terminó ese susurró temeroso, inició carrera, hacia a su amigo, que lo esperaba impaciente en su imaginación tan viva. No apagó la luz del baño, no había tiempo para contratiempos, debía ser rápido. Y así lo fue, cuando llegó se lanzó al suelo, tomó a Andy en sus brazos, sus ojos se clavaron en los de su amigo de felpa. Oyó pasos a casi tres metros en frente a él, eso al muchacho lo obligó a mirar de inmediato. Se aferró a su oso, todavía más fuerte, y sentado en el piso del pasillo, comenzó a moverse tan lento, sus pies se

adormecieron, retrocedía sin quitar la mirada. Su abuelo, ese anciano que había comprado un ticket de sólo de ida al cielo, ahora lo veía entrar a su habitación.

—No, no me ha visto...—se dijo así mismo, y de paso le dijo a su amigo, el oso Andy, un murmullo a la oreja de felpa.

Su abuelo, estaba en su habitación, esperándole. Y el corazón de Dilan, galopaba. Sin poder pararse, permaneció unos minutos apretado a su oso.

—Andy, es mi abuelo. Por qué te has movido, sí eso lo haces cuando los malos vienen. Mi abuelo no es uno de ellos—murmulló en la oreja al amigo, un osito, que si tuviera vida, le suplicaría que lo dejará de apretar tanto.

—Qué dices amigo, ¿entramos o no?, no podemos dormir aquí... hace frío—entre murmullos a la oreja del oso de felpa, preguntaba qué hacer. Andy no respondía.

Guardó silencio, un silencio tan incómodo para el muchacho, que ahora veía como alternativa dormir en la tina del baño, ahí dentro había luz, y no la apagaría en todo lo que quedaba de noche.

—De pie Dilan, de pie—fue lo que escuchó en el interior de su cabeza, sus confusos pensamientos, el oso de felpa llamado Andy le había hablado.

El pequeño Dilan, se puso en pie, sin soltar al oso de peluche. Caminó de puntillas hacia su habitación, se detuvo a pocos pasos de entrar, evitando por ahora pararse en frente de su habitación, algo de temor tenía de ver a su abuelo ahí dentro.

—Andy, y ahora qué hacemos—preguntó en un murmullo al oído de su oso.

No hubo respuesta. Dilan espero impaciente, al borde del marco de la puerta, la cual se encontraba por completo abierta. Silencio, nada más que incomodo silencio para él, había en su habitación nada de nada a lo mejor, era un sueño despierto. Una vez en un documental de ciencia que veía su Mamá, él con atención escuchó. Soñar despierto, pensaba en esas palabras y se refugiaba en ellas. Se puede soñar despierto.

—Saber..., que quiere... decir. Dilan, escuchar—le contestó dentro de su cabeza aquel oso de peluche. El muchachito, pensó. Si había viajado desde tan lejos, para volver a la tierra, debía de ser algo importante.

—Está bien Andy. Prométeme, que me protegerás, en caso que no sea mi

abuelo y sea algo malo—murmuró a la oreja del peluche.

—Siempre Dilan—respondió en su cabeza. —Vale—agradeció en murmullo el pequeño muchacho.

Entró de sopetón a su habitación, valiente con su amigo, fuerte entrelazado en sus delgados brazos. Miró a su abuelo, estaba sentado en la silla de Andy. Esperaba con la mirada paciente puesta en la ventana, miraba al cielo, a una luna que le iluminaba ese rostro arrugado.

Con su pelo largo, canoso. Se veía igual que la última vez, esa vez que Dilan, lo vio tan vivo y alegre. Con una barba blanca, unos lentes ópticos de marco grueso, vestido con una camisa cuadrille de color rojo y negro, con una chaqueta de cuero café oscuro, pantalones de vaquero, y botas de invierno de color café claro. Andy le solía decir Gandalf, por su gran estatura y parecido a su libro favorito, un libro que Mamá le solía leer por las noches en que no se reunía con su Papá a ver su caricatura favorita.

—Gandalf, quiero decir Abuelo...—dijo.

Su abuelo giró la vista, miró al muchacho con rostro pétreo. En silencio entonces, sacó del bolsillo de la camisa, un reloj de bolsillo bañado en oro con una brillante cadenita, que resplandecía llamativa a la luz de la luna. Las ramas desnudas como garras se habían ido. Esas ominosas sombras habían desaparecido, para Dilan era una buena señal. Dejó de presionar a su amigo de peluche.

Con un gesto algo gracioso, su abuelo examinó el reloj de bolsillo. Luego del breve vistazo, miró al muchachito, regaló una sonrisa con sus rosadas mejillas. Y comenzó a hablar.

—Tu padre, te ha pegado esa canción. Mi favorita, si quieres, tengo el casete guardado en la repisa de mi habitación de descanso, abuela Anni te lo pasará, siempre y cuando le digas, que fui yo, quien te dijo ese secreto. Ya me ha visto innumerables veces, pero tiene miedo de decirlo. Esa mujercita como la amo.

El muchacho asintió.

—Esa mujer, tu abuela cree estar volviéndose loca—soltó con una risa a todo pulmón.

—Abuelo, escucharán...—alertó el muchacho.

—Pierdas cuidado muchacho, no lo harán.

—Abuelo, no has venido sólo para decirme en donde está el casete. ¿Verdad?, te escucho—dijo el muchacho Dilan, su rostro había tomado un

expresión sería, los nervios le revolvían el estómago. Esa expresión de Dilan, iba cambiando conforme le decía tales palabras a su abuelo, se dio cuenta que aquel viejo también dibujaba una cara de seriedad y preocupación. Algo malo, de seguro tenía que ver con su pesadilla, la cual no podía recordar por más que se esforzaba.

—Tienes razón Dilan, mi pequeño. Bueno, también lo del casete es una razón, te escuché tararearla todo el rato en el baño, lo tengo en vinilo, por sí también te interesa.

El muchacho en silencio, prendido a su oso y de pie en la habitación.

—Bueno, muchacho. Escúchame, ponme atención.

—Te pongo atención.

El abuelo asintió, con seriedad en un dibujo débil, una sonrisa opaca.

—Hoy, finge Dilan. Finge, estas resfriado. Dile a tus padres, que necesitas un médico.

—Qué ocurre abuelo—preguntó, con un paso hacía la cama.

—No necesitas detalles. Eres valiente e inteligente. Por más que te insistan tus padres, tu desde ahora estas enfermo. De acuerdo—le dijo su abuelo, mientras se inclinaba en la silla hacia delante, como queriendo acercar su mirada, contactar con los ojos del muchacho.

—De acuerdo, no necesito detalles. Estoy con gripa, pero alguna razón, por favor abuelo—suplicó, Dilan le miraba, para buscar algo más que unas escuetas instrucciones.

—Razón.

—Sí, razón abuelo.

El abuelo sonrió, su nieto le hablaba y miraba tan despierto. Orgullo era la palabra.

—Razón, hijo. Atiéndeme bien—miró esta vez por el rabillo del ojo, hacia la ventana, hacia la luna—Atiéndeme pequeño Dilan, hoy no hay colegio—Sentenció, con sus ojos y mirada severa a su nieto.

—No hay colegio, y—murmulló.

—Ahora a la cama, Dilan. Andy es un buen guardián—dijo el abuelo, luego

sonrió.

—Y ahora te irás, volverás al cielo—preguntó el muchacho, mientras se subía a la cama, se tapaba con los cobertores que levantó del piso, y dejó a su pequeño amigo al lado de él, recostado en la almohada.

—No, hasta cuando amanezca y tu madre venga a despertarte, me habré ido.

—Por qué—preguntó Dilan, como cualquier niño a temprana edad, el por qué, su muletilla.

—Por qué...—meditó—porque he solicitado permiso, y es breve, cuando lo dan. Bueno lo dan, cuando la situación lo amerita, y Dilan, ponme atención es importante que hoy; no hay colegio. Tienes gripa—dijo, y volvió a mirar ahora de frente a la luna, al cielo, miró incontables estrellas.

—De acuerdo abuelo, creo que me siento muy enfermo ahora—dijo el muchacho, luego de eso tosió.

El abuelo rió. Y Dilan cerró sus ojos, tenía mucho sueño de un momento a otro.

Capítulo 10

30 de Agosto 1985.

Director en la cárcel culpable de encubrimiento.

Se cierra el caso del asesino incendiario de las concentradas, no haya pruebas suficientes de conexiones con una secta o culto.

Los familiares de las pequeñas y jóvenes víctimas, no descartan que el dinero influyera en la desviación y pronto cierre del caso.

— ¿En dónde sacaste ese libro Javier?, vamos dilo.

—Se lo que saqué a mi madre y no es un libro, es una carpeta—explicó con entusiasmo, como si fuera todo un investigador el muchacho a sus dos amigos.

Los muchachos se encontraban sentados en el piso, en un rincón, al fondo de la sala de clase, una sala vacía. Habían ocupado el tiempo que tenían de recreo, para reunirse los tres. Conversaban de lo ocurrido en la escuela, ese incendio que dejó en cenizas gran parte del área infantil, la famosa escuela de San Petrie, marcada en la historia por tal trágico suceso, que cobró la vida de un curso completo y de la joven profesora Eliana Abazia Elarti.

Prestaban especial atención a cada una de las noticias pegadas en una carpeta de color negro, fragmentos de una historia tan negra como el color de esa carpeta. A su vez, uno de ellos sacó de su mochila tres manzanas verdes, las repartió a cada integrante de la secreta reunión. Con gusto las recibieron y de inmediato comenzaron a darle de mordiscos.

Los tres muchachos bordeaban los 16 años de edad. Diego era el más gordito del grupo, de hecho Diego era el gordito del grupo, había dejado atrás las frituras y toda comida chatarra, lo alto en azúcares y grasas saturadas se habían convertido en sus peores enemigos. En definitivas, la decisión era sin vuelta atrás, la comida rápida, para él ya era cosa del pasado, un pasado que ya no quería volver a su paladar. La dieta impuesta por el mismo, incluía frutas y verduras, a sus cortos 16 años estaba en plan de verse atractivo, cosas de muchachos decía su madre al

verlo con tanto esmero. Tal vez quiera conquistar a una muchacha decía su padre con orgullo, mientras le sacudía con los nudillos los cabellos crespos color castaño del muchacho.

—Diego, ¿Cuándo te cortarás el pelo?, lo tienes ya muy largo y desordenado así Paulina no se fijará en ti—había dicho Tomás, al mismo tiempo que dibujaba una pícara sonrisa. Tomás era un muchacho con exageración delgado, todo lo contrario al gordito del grupo. Diego al escuchar el comentario, se atusaba su cabello con su mano izquierda, el pelo todo arremolinado y crespo ya le tapaba las orejas.

—Oye no puedo dejar que me corten... mi cabello ondulado, es el que me da el toque seductor—mientras guiñe un ojo.

Entre risas, Tomás el bromista del grupo, le propinó un golpe suave con su puño en el hombro, Diego lo intentó esquivar en un vano intento.

Tomás tenía el cabello liso, corto y de color negro como la noche, su rostro pálido ojeroso, culpable eran los horas que pasaba frente a la televisión, jugaba horas y horas, gustaba en extremo de los videos juegos, en especial esos juegos de terror. Un mordisco desesperado a su manzana, mientras observaba a Javier, quien este último leía con atención absorta cada fragmento de las negras noticias, de un periódico algo arrugado, de hojas de papel que ya expelían un olor también algo añejo.

La tragedia en la escuela, el incendio provocado por el asesino incendiario de La San Petrie, el hombre repudiado a pesar de que ya se encontraba metros bajo tierra; Alexander Olmos Rodríguez. A Javier, no sólo le inquietaba lo sucedido, lo del presunto culto que después nadie más habló, Javier estaba casi obsesionado por los cientos de relatos de corte paranormal, que solía escuchar de las bocas de otros alumnos, esos relatos de pasillo. Murmullos, que a pesar del correr de las agujas del reloj, de las muchas hojas de calendarios ya arrancadas, aún seguían fijos e inamovibles en la memoria, una memoria que se rehusaba a morir en el olvido, se transmitía con la persistencia a seguir pegada en cada pared de la San Petrie, y la juventud la perpetuaba con cada relato, de a ver visto niños fantasmales, que flotaban sin pies por los pasillos de la escuela, voces de auxilio niños y niñas en el área del incendio, un área que todavía seguía clausurada sin ningún intento de restauración por parte de los dueños y encargados de la famosa San Petrie. Solían hablar que a veces en los inviernos, las ventanas de los salones de clases, entre la humedad de los vidrios solían aparecer pequeñas manos apoyadas en los lugares más altos, como si espíritus flotantes estuvieran ahí. Y lo más espeluznante, la joven profesora Eliana Abazia Elarti, aparecía por las tardes cuando el Sol se pone en el atardecer, observaba desde alguna de las ventanas de salones vacíos. Miraba fijo y sin expresión alguna un patio, que de a poco quedaba en silencio por el alumnado que se retiraba con entusiasmo a sus hogares. Del asesino nada, parecía que el hablar de

él, traería sólo mala suerte, una horrible mala suerte.

— ¿Tomás la conseguirás?—preguntó Javier sin despegar la vista de la carpeta, mientras soplaba sus cabellos algo rubios que tapaban su vista. Era el investigador del grupo siempre escudriñaba sin descanso, de mirada inteligente y obsesionada con la historia de La San Petrie negra, como solía llamarle.

—Se hace tarde pronto entraremos a clases—soltó con voz queda, aún sus pensamientos estaban atados a las arrugadas hojas pegadas en la carpeta que sostenía con precaución de no dañar. Después de unos segundos de meditación, quitó la mirada de la carpeta para posar sus ojos en los de Tomás, mientras se llevaba la manzana a la boca, un mordisco lento y pausado, Javier aún estaba absorto en los fantasmas.

—Ya lo tengo listo todo, no te preocupes. ¡Vamos!, va a salir espectacular, tengo la cámara también. Insisto que no te preocupes, tengo listas las preguntas que haremos a los niños fantasmas. Será una gran entrevista, además Diego ya tiene las copias de las llaves de la escuela o ¿no?

—Tomás vuelve la mirada a Diego el cual guiña un ojo a sus colegas de aventuras.

—Iremos el Viernes entonces y usaremos esto—dijo, y luego señaló la carpeta que tenía en sus manos.

— ¿Para qué la carpeta? —preguntó Diego, no paraba de darle mordiscos a una manzana que de manzana no quedaba nada, el hambre le daba de patadas al estómago, le pedía a ratos una hamburguesa de doble queso derretido, pero el muchacho resistiría, Paulina la joven hermosa del curso, su amor platónico tenía que hacerse realidad algún día. Borró aquellos pensamientos tentadores, la hamburguesa de inmediato la sacó de su mapa mental.

—La carpeta contiene una gran cantidad de noticias y datos sobre el incendio, la usaremos, ayudará como efecto desencadenante lo vi en una serie de televisión y posterior lo leí en un libro. Usar objetos de la época o repetir sucesos en el lugar ayudará a que ocurran las cosas.

Diego y Tomás quedaron en total silencio, con sus rostros convertidos en dos grandes signos de interrogación. Miraron a Javier, este último los observó, esperó que dijeran algo, expectante a más preguntas. Los muchachos sólo asintieron, confiaban que resultaría. Javier aseguró.

—Ya bien pero, ¿por qué el Viernes?, es mi noche de video juegos lo sabes Javier, maratón de matar muertos vivientes—dijo Tomás con gestos de parecer un "*no muerto*", resurgido de la tumba de alguna agrietada lápida de piedra, una mano cadavérica sacada inmortal de aquellas clásicas películas de terror de un tan llamativo cine de corte "B". El pálido y

ojeroso muchacho había puesto sus ojos blancos y exageró una mueca con la palabra "cerebro" en una última vocal llevada hasta ahogarse en el silencio del salón de clases.

Javier sacó un pequeño calendario de una libretita que guardaba en su pantalón de tela y se lo pasó a Tomás quien lo cogió. Observó que la fecha estaba señalada en un círculo hecho con una lapicera roja.

—Viernes 13 "**brujas**"—leyó en voz alta, de inmediato lo devolvió a su dueño—No, vamos no creerás que eso ayudaría de alguna forma, o sea yo también he leído al igual que Diego..., lo especial de ese día con ese número, pero no estarás pasándote de la raya con todo esto—sentenció con algo de preocupación en su rostro. Diego sacaba otra manzana, mientras le sonreía a su alimento. Una sonrisa de oreja a oreja.

—... No—negó, al mismo tiempo que guiñó uno ojo a sus compañeros—vamos, no hay nada de que temer—aseguró Javier.

—Pero la curiosidad mató al gato—soltó Diego, algo asustado tan rápido se percató de lo que hablaban sus dos amigos, luego de eso dio un gran mordisco a su segunda manzana.

—Pero la satisfacción lo revivió—disparó Javier, con una amplia sonrisa, un entusiasmo, que asustaba al verle como brillaban sus ojos castaños claros.

—Vamos. Esta sonado el timbre se terminó la reunión es hora de entrar a Clase.

Javier concluyó—Viernes 13. ¿Estamos todos de acuerdo?, la primera aventura de muchas.

Tomás respondió, tan rápido había terminado de hablar Javier—Viernes 13 me parece buena idea.

Diego asintió con otro mordisco a su manzana, ya casi la veía como una hamburguesa, los pensamientos de dieta y la hermosa imagen de Paulina atacaban de nuevo a su conciencia y fuerza de voluntad, luego preguntó un tanto preocupado, con sus mejillas rosadas—Saben, además... acaso olvidaron que ese día tan especial, de este mismo mes... pasó lo que tienes guardado en esa carpeta. Se cumple un año.

Silencio, incomodo silencio.

Capítulo 11

"I see a band of angels and they're coming after me

There ain't no grave can hold my body down"

Johnny Cash

Suena un disco de vinilo

Y suena algo chirriante

Un gusto cremoso

De entrañables,

Esos

Bien, llamados

Recuerdos

Como gotas de lluvia

Sobre un tejado

Sonidos de latón

Acompáñame,

Inseparable

Taza de café.

Del escritor...

Autor: Yo.

Capítulo 12

Escuchó la voz de su madre, desde lo otro lado de la puerta de la habitación.

—Dilan, a levantarse. Es hora de ir a la escuela.

—Dilan, amor, ya es hora. Se hace tarde.

El pequeño muchachito, observó de entre las traslucidas sábanas la silueta de su abuelo, sentado vigilante en esa silla, como una fotografía atrapada en el tiempo, en una ventana que capturaba los primeros rayos de un Sol, ese anaranjado Sol que despertaba poco a poco.

—A levantarse, o llegarás tarde.

La silueta de su abuelo le miraba, Dilan sabía que lo hacía, y más aún quedó convencido de aquello, cuando observó tan atento, como su abuelo le negaba con la cabeza a una lentitud inquietante.

—Dilan, despierta.

El muchachito ya estaba despierto, pero no podía ir, no quería para nada levantarse. En su cabeza rondaba el miedo de una pesadilla que no podía recordar, lo intentó toda la noche, pero no pudo. El miedo le recorría como corriente por su espalda, y el mensaje de su abuelo lo dejaba claro como el agua, tan transparente la voz; *"Dilan estas enfermo"*.

—Tengo gripa—murmuró, escondido entre las sabanas y cobertores. Hundido en el colchón.

—Mamá, estoy enfermo—alzó la voz. —Tengo gripa—continuó, esta vez fingió la voz de un enfermo con una tosecita de por medio. Levantó las sábanas y tan pronto se sentó en la cama, su abuelo había desaparecido, las cortinas emitieron un leve movimiento como una brisa que las mecía de un lado a otro. No estaba solo, aún tenía a Andy, su oso.

Bajó de la cama y puso sus pies en sus pantuflas de enormes garras de león, luego tomó al oso de peluche, lo abrazó y dejó en la silla del al lado

de la ventana. —Qué hago—murmuró sin despegar la vista de su amigo.

Andy no contestó.

—Hijo, ¿estás enfermo?, pero si ayer estabas bien —dijo su madre desde lo otro lado de la puerta.

—Cariño. Dilan se encuentra mal.

—Qué, si ayer estaba bien. Anoche cuando vimos sus caricaturas...

—Hasta qué horas estuvieron —exclamó la madre.

Silencio.

—He...— dudó de seguir en la explicación —tarde.

—Tu culpa, ahora nuestro hijo se ha enfermado. Un resfrío quizás, ahora me dirás que sólo es un simple resfrío, es invierno ¿lo recuerdas?—espetó su madre.

—Es gripa, Mamá.

—Hijo, no eres médico. Ahora, si te esfuerzas algún día lo serás—dijo su Mamá, luego se escucharon pasos, se aproximaban desde la escalera, era su Papá.

—Hijo, vamos debe ser un simple resfrío. Nada que pueda impedir ir a la escuela. El jardín espera hijo—se escuchó la voz de su padre desde el otro lado de su habitación, se escuchaba comprensivo.

—Me siento enfermo, Papá.

—Hijo, con Mamá abriremos la puerta.

Dilan, abrió sus ojos de par en par, su rostro dibujó temor a ser descubierto en su mentira, no podía delatar a su abuelo, si lo hacía se imaginó como esos locos con chaleco de fuerza recludos en un gran castillo, en sus caricaturas eso le causaba risa, pero en este caso no. Retrocedió, mientras miraba de frente a la puerta.

—Qué hago—preguntó a su amigo de peluche, le miró por el rabillo del ojo.

No hubo respuesta.

—Cariño con quién hablas—preguntó su Mamá, con el oído pegado a la

puerta.

—Qué hago—esta vez murmuró.

No hubo respuesta.

Andy, inmóvil, sentado en la silla iluminada con ese haz de luz solar, con miles de partículas suspendidas. Se movían por todo el ancho espectro.

—No sé qué hacer, dime—repitió en un murmullo casi inaudible.

"Lo... que... sea... necesario"

Logró escuchar una lejana voz en el interior de su cabeza.

—Andy. No sé lo que sea necesario.

Recordó las palabras de su abuelo, en conjunto con su olvidada pesadilla, el temor comenzó a crecer.

"Lo... que... sea... necesario". Su oso de peluche invadía su cabeza.

Giró para ver a Andy de frente, esperaba algo más, algo concreto, como una guía en caso de que hacer en tales situaciones.

—Qué puedo hacer, para parecer enfermo—murmuró tan despacio.

Dilan miró por encima de su hombro, había escuchado la manilla de la puerta girar, tragó saliva. Y volvió sus ojos a su querido Andy, ese oso de peluche que le protegía.

—Tengo gripa, Mamá—alzó la voz con temor.

De un momento a otro algo llegó, tenía una idea de cómo parecer enfermo. Comenzó con una molesta tos seca. A su vez buscaba las pinturas de acuarela, que tenía guardadas en un baúl ubicado en uno de los rincones de su atestada pieza de juguetes.

—Mamá, me vestiré igual, pero no entres.

—Dilan...—dijo, su tonalidad parecía que fuese una pregunta.

—Puede ser contagioso, saldré de inmediato, Mamá —exclamó. —Lo que sea necesario—se dijo, como un recordatorio mental —Mamá, Papá me siento muy mal (*cof, cof, cof*).

Sus padres afuera, en frente de la puerta de la habitación de su pequeño hijo, con los brazos cruzados, se miraban sin saber, que pasaba y ni que

hacer, su padre había sonreído un poco, por lo contrario su madre le miró y arqueó una ceja.

—Si está enfermo, tú lo llevarás al médico—sentenció.

—Vamos, cariño. Sólo fueron sus caricaturas favoritas.

— ¡¿Qué?! —exclamó la madre, miró hacia arriba. —fueron sus caricaturas ahora.

Adentro el muchacho, se refregaba los ojos, para irritarlos. Además de seguir con una tos dramática.

—Sí..., digo no. Pero qué—había retrocedido, mientras se encogía de hombros y se lleva las manos a la cabeza. —llegaré tarde al trabajo.

—Amor, es nuestro querido hijo. Lo llevarás al doctor—ordenó con sus brazos entre cruzados.

—Está bien, está bien... calma, lo llevaré. Dilan, vístete luego iremos al doctor—dijo acercándose a la puerta.

—Y nada de helados—disparó, luego le regaló una sonrisa, lo besó en los labios y bajó de prisa por las escaleras. —El desayuno estará listo en menos de quince minutos.

—Cómo que nada de helados—se quejó, había girado su vista en dirección a su esposa, mientras la miraba bajar.

Dilan adentro se retocaba sus ojeras falsas, de hecho empezaban a quedar bastante creíbles.

Ella se detuvo en medio de las escaleras —Si tiene las amígdalas inflamadas será peor. Nada de helados. Te amo, no quiero que mates a nuestro pequeño, ya.

Sintió, que su mujer le había tomado los testículos y luego de apretárselos con toda crueldad, se los había girado con sólo unas cuantas palabras.

El muchachito, se puso un chaleco de lana para el frío, buscó el más grueso que tenía, eso ayudaría a la temperatura se dijo, luego una última mirada al espejo en donde se solía arreglar o cuando mamá lo vestía hace más o menos tres años atrás. Y por último una parca, era invierno y debía ir acorde a la estación.

—Dilan, cinco minutos. ¿Cuánto te falta?, campeón vamos.

—Ya estoy listo papá—respondió y abrió la puerta con la mochila puesta a medio hombro y con las piernas a arrastras. La actuación era perfecta.

—Campeón, te vez pésimo. Vamos al médico.

—De verdad me siento mal—mintió, pero fue una mentira a medias. Tenía miedo del mensaje y la pesadilla, aquel pésimo sueño que no podía recordar. Sólo quedaba la amarga sensación, que tenía que ver con su mamá y mucha pena.

—Hijo, tranquilo. Campeón, te has enfermado como quien se enferma el día antes de salir de vacaciones. Es viernes, pasarás el fin semana encerrado en casa. Prometo que veremos todas las caricaturas que quieras.

—Temprano—les regañó su madre, aún no bajaba del todo de la escalera.

Viernes y se acercaba el fin de semana, indicaba el calendario de su habitación.

*Kinder en "**San Petrie**". Un año antes.*

Capítulo 13

Jueves 12, horas: 18:55 p.m.

El timbre había sonado en El San Petrie, ya faltaban treinta minutos, para de a poco fuese a quedar tan vacío y tan silencioso, en unas cuantas horas más quedaría cubierto por la oscuridad de la noche.

—Quisiera saber, qué traman esas tres cabecitas llenas de imaginación y creatividad. ¡Ahora! —había dicho la vicerrectora de nariz puntiaguda, mentón delgado y flacas mejillas, sus ojos azules se veían amenazadores y gigantescos con sus anteojos de aumento, aquellos lentes los tenía puestos un poco más abajo, a media nariz se podría decir, los escrutaba a cada uno de los tres muchachos. Sus primeras canas habían aparecido a temprana edad. Desde que empezó a trabajar en El San Petrie, había envejecido a pasos agigantados, a pesar del tiempo transcurrido su blanca piel aún parecía brillar, con la moña ya un tanto suelta, dejaba escapar algún mechón distraído por la frente, los cuales caían rebeldes por sus mejillas, aquello le daba un cierto atractivo a sus notorios mechones blancos. Vestida formal aún robaba miradas entre sus colegas y alumnado de último año de escuela, aquellos que estaban a un paso de graduarse. Si tan solo tenía 37 años.

—Vicerrectora, Señorita Amelia... no hacíamos nada—dijo con arrepentimiento Tomas—nada... ¿malo? —había puesto el rostro compungido.

—Caballeros. Entonces qué significa esto—preguntó algo alterada, había puesto sobre la mesa, de golpe, uno tan seco que hizo saltar de las sillas a los muchachos. Un enorme napoleón, pintado de rojo y con los mangos plásticos de color amarillo, el objeto resaltaba en el pulcro escritorio todo ordenado de la mujer.

— ¿Eso? —preguntó aquel crespito muchacho, mientras le ofrecía una naranja, le extendió la mano sobre la mesa. —es bueno para la salud.

—Sí, esto—gritó irritada, su dedo apuntaba al napoleón puesto sobre la mesa, luego miró la naranja que, con tanta amabilidad y rostro de un tierno angelito le ofrecía Diego—Señorcito Jimenez, guarde su naranja. ¿Chantaje? —preguntó, mientras miraba la naranja en un profundo análisis.

Diego negó con la cabeza.

—Esto es un... es un... espere—jugaba con las palabras Javier, algo que comenzaba a sacar de los cabales a la Vicerrectora Amelia Aguilar Hitchman, había sacado una libreta y un lápiz, tomaba nota con una excelente caligrafía, agradecía cada día su perfecta letra al abuelo Hitchman, profesor de Castellano nacido por las tierras de Europa.

—Napoleón—dijo con lentitud, había marcado la palabra en cada vocal.

Diego comenzó a retirar la cascara de la naranja, y cada trozo del envoltorio lo guardaba en una bolsita que tenía sobre las piernas.

—Eso— apuntó con el dedo Tomás.

— ¿Napoleón?—dijeron con tono de pregunta los muchachos al unísono.

—Eso...

—Sí, eso y se llama Napoleón.

—Como el francés del caballo blanco.

Silencio, con cara de asesina.

—Perfecto eso—dijo Javier, con una expresión de eureka en su rostro.

Seguía el silencio de la mujer, cada palabra era un tic en su ojo izquierdo.

—No es nuestro—dijo, mientras masticaba un trozo de naranja, no se le entendía muy bien lo dicho, el jugo de la naranja escurría por su mentón, lo había hecho de adrede, así le pareció a la Vicerrectora.

—Sus libretas jóvenes—había acercado su mano derecha por sobre la mesa, estaba a palma abierta, —vamos, sus libretas—insistió.

Comenzaron los quejidos de los tres muchachos, mientras suplicaban arrepentimiento.

Afuera el patio de a poco quedaba vacío. Y una silueta borrosa de mujer con largos cabellos negros, se asomaba por los ventanales de ya un desalojado salón de clase del tercer piso del; *San Petrie*.

Capítulo 14

Cerró la puerta de golpe con todas sus fuerzas, había provocado un leve movimiento al automóvil de su marido, en un acceso de rabia, dejó la frustración atrás en algún lugar, lejos tan lejos que no pueda tocarla, la tiró a una distancia considerable y a un rincón olvidado, luego comenzó a correr a su hogar, lo hizo para que la frustración la dejará de torturar, corrió para que todo lo malo se perdiera, se confundiera y al final no logrará salir a la persecución de ella, le aprisione con sus garras el corazón, le muestre esa fría e innegable realidad.

Sentimientos encontrados se habían unido, aquello se transformó en un monstruo, un ser despiadado, que iba a su persecución, le atormentaba y por cada paso de esperanza que ella pudiera sentir que daba, venía ese monstruo burlesco empujándola cada vez más hacia abajo.

A pesar de todo sentía esa luz, la intuición o mejor dicho el instinto de madre, y eso último no le abandonó, no lo haría nunca, era su escudo y lo alzaba contra la criatura maligna.

—La puerta se te ha quedado abierta, Caroline—gritó, un grito que fue de a poco opacándose, hasta llegar al nombre de su mujer en un tono inaudible.

—Sólo quisiera que me escuchará, cielos yo estoy aquí para ayudar—Soltó y suspiró, con su cuerpo hundido en el asiento, sus manos ejercieron presión al volante, y volvió la vista hacia arriba a la nada.

Cerró sus ojos por unos instantes e imaginó a su hijo, en su pieza dormido. Después de unos minutos de meditación, bajó la vista y miró fijo la figura del perrito miniatura que se encontraba posado arriba del tablero del automóvil, aquella figura sonreía amigable y movía en vaivén tan cómico en un sí y un no su cabeza.

—Vamos amigo, decide. ¿Estás de acuerdo o no?, no vendría mal una ayuda a todo esto que nos está pasando—soltó con los ojos un tanto irritados.

Llevó su rostro al volante y con las palmas de sus manos golpeó el panel frontal de su automóvil, Sebastián no pudo controlarlo, era demasiado, se desarmó en un llanto que le hizo temblar entero, su nariz se congestionó, todo su rostro estaba colorado. Recordaba a su hijo, al muchacho, "*nuestro hijo se decía entre llantos*", las salidas en familia, los juegos en

casa, todos reunidos con ese estúpido, pero brillante perro, que solía correr desbocado sin mirar si tenía un muro por delante, *"No es tonto, es un humorista profesional le decía su pequeño hijo"*, que manera de reírnos. Ese perro no era tonto para nada pensaba, lo hacía para entretener a su familia, además todavía era un cachorro. Ahora su única rutina, era sentarse afuera de la habitación del muchacho y esperar como buen perro, un gran pastor alemán. Todos esperamos, ¿qué más podemos... hacer?, se repetía una y otra vez.

Caroline entró a casa y cerró la puerta de golpe, seguía dándole en la cara a ese monstruo, que le perseguía como perro de caza. Subió tan rápido como sus piernas le permitían, no le costaba para nada, sus botines eran bastante cómodos para moverse con agilidad y sus pantalones vaqueros algo holgados, le daban la agilidad de zafarse de las garras. Ya en el segundo piso, caminó un poco más lento, sus piernas le pesaban de impotencia e iba con el dorso de la mano cubriéndose sus labios, mientras aguantaba el llanto, las lágrimas eran imposibles, corrían por sus rosadas mejillas. Se detuvo a mirar a su querido pastor alemán, esperaba inmutable al frente de la habitación de su hijo, se miraron con tristes facciones, luego entró en la habitación de su pequeño muchacho, lucía tan vacío aquel lugar, tan vacío como su corazón. Se recostó en posición fetal en la cama de su hijo. El llanto la venció.

— ¿qué más podemos... hacer? —murmuró en el silencio de una habitación, oscura y vacía.

Ya más tranquilo Sebastián entró a casa, dejó la tristeza por un rato atrapada en el auto, caminó en dirección a la cocina, en todo momento no despegó la vista del segundo piso. Cuando llegó, observó el refrigerador y sólo caminó. Abrió la puerta del refrigerador con un suspiro, luego tomó una cerveza, retiró con fuerza el destapador imantado en la puerta, sus ojos aún estaban irritados, rojos y brillantes, ya no pensaba mucho, es más, Sebastián no quería recordar nada. Una vez cerrada la puerta del refrigerador, observó las piezas sueltas de letras del abecedario. Las tomó cada una de ellas, fue con mucha pausa moviéndolas, mientras le atacaban las emociones, bebió un sorbo de cerveza, y siguió abstraído, perdido en cada letra de colores, letras imantadas, recordó que su hijo le gustaba jugar con ellas de muy pequeño, con sus primeros pasos de papá a mamá, luego de vuelta sus primeros pasos en dirección a él, que lo esperaba con las manos abiertas. Recordaba que a su mujer... le atemorizaba que el niño se tropezará en sus primeros inseguros pasos,

recordaba que le decía.

—Cariño, por favor, se va caer.

—Que no mujer.

Y con una sonrisa, "*un te amo*", eso le decía a los dos.

Siguió en el juego de mover cada letra, siguió en sus recuerdos, no quería recordar, pero el corazón ganaba, con otro sorbo de cerveza hizo una pausa, limpió sus labios con el dorso de la mano, esa mano que movía de un lado a otro aquellas letras de colores. Luego de eso, retrocedió y se sentó en el piso de baldosas de color blanco, se había apoyado en los muebles de la cocina, miró con tanta detención, que por un momento viajó a su refugio de niñez, esa casa en un árbol, al final se preguntó.

—Dime, ¿Dónde estás muchacho? —preguntó en voz baja, bebió otro poco de cerveza, de una botella que ya parecía estar en la mitad.

Se puso en pie con cerveza en mano. Entonces cogió el teléfono, el cual se encontraba pegado al muro de la cocina. Comenzó a marcar con lentitud, como si pusiera especial atención a cada agujero, y cada número antes de hacer girar el disco.

Y tan pronto el tono dejó de oír.

—Aló... Tom, hola ¿cómo estás?

Desde el otro lado de la línea, por el auricular respondió la voz de un viejo.

—Bien Seba, aquí en casa bebiendo una cerveza helada. ¿Cómo va todo?... Carol y Tú.

—Sobreviviendo.

Silencio en la línea.

—Dime, muchacho en qué puedo ayudar.

—Me alegra que te encuentres bien Tom—mintió, la pena no daba cabida para risas esta vez. —Mira me has leído la memoria necesito de tu ayuda.

—Vamos adelante, de que se trata.

—Necesito que me ayudes a organizar una búsqueda en el bosque, a los cerros que están alrededor de la villa, mira estoy claro que la policía ya ha hecho varias caminatas de búsqueda, pero tú conoces los bosques como

la palma de tu mano, ¿Podrías conversar con los muchachos del grupo de pesca y exploración?

—Claro que sí viejo amigo, es un gusto ayudarte, ¡al diablo la policía!, hasta ahora sólo han corrido en círculos intentando pillarse la cola.

—Gracias Tom... de verdad lo agradezco—suspiró desplomándose, volvió a sentarse en el piso, sus pies los sentía como hilos. Se quedó de espaldas en la muralla sin soltar el teléfono.

Silencio.

—Aló Sebastián... ¿sigues ahí? —preguntó el viejo, por momentos se preocupó ante el silencio del auricular.

—Sí, estoy... disculpa Tom, no he cortado... sólo que, bueno me había quedado un poco pegado. ¿Me entiendes?

—Entiendo, vamos ¿cuándo?, mañana mismo, no tengo problemas, llamo a los muchachos y organizamos una búsqueda en menos de cinco minutos. Sabes que los chicos, le tienen estima a ti y a tu familia en especial al muchacho, es un chico brillante.

Sebastián sonrió.

—Lo del bosque es una corazonada.

—Lo sé muchacho.

—Caroline, insiste que debe estar ahí.

—Es extraño que pudiera estar tan lejos de..., pero bueno es instinto de madre. No lo olvides.

—Llamaré a los padres de Catalina, ellos también están hechos pedazos, aún tampoco no han sabido nada.

—9:00 de la mañana en punto Seba en el club de pesca.

—Dale... y de nuevo gracias Tom, de verdad muchas gracias.

Se levantó y colgó el teléfono, un sorbo a su cerveza, casi la tenía vacía. Apoyó entonces su frente en la muralla de la cocina, sin despegar la mano del teléfono.

Se quedó en silencio, luego miró al segundo piso.

Se acabó su cerveza, la dejó en la mesa en donde solían reunirse por las mañanas, desayunaban todos en familia, hasta ese perro loco, que gustaba correr hacia los muros. Caminó hacia las escaleras, antes había dado una última mirada a aquellas letras en el refrigerador.

Cuando llegó al segundo piso, pronunció el nombre de su mujer. Ella le contestó con un débil "aquí", entonces Sebastián caminó lento en dirección a la habitación del muchacho. Y ahí estaba el perro, ese humorista frente a la puerta abierta—buen chico—dijo mientras le acarició el pelaje. "*Gandalf*", leyó en la placa de inscripción, sonrió después de tanto tiempo al leerlo, pues su hijo escogió el nombre, a su abuela no le hizo en gracia.

Se quedó en el marco de la puerta, observó a Caroline, ella se encontraba recostada sobre la tapas de la cama del pequeño niño, de espaldas a él.

La cortina estaba abierta y la única luz en ese lugar era la luz de un poste. La luna ya estaba tapada entre nubarrones, pronto llovería, hacia lo habían anunciado los noticiarios, ese reporte del clima que no le daba nunca en el clavo, puede que ahora sí.

—Acabo de hablar con Tom, mañana a las 9:00 de la mañana en el club de pesca, nos reuniremos todos, para salir a explorar el bosque en busca de nuestro hijo.

Caroline, escuchó aquellas palabras dichas por su marido, se dio media vuelta y lo miró con un brillo en sus ojos. Aún los tenía rodeados de lágrimas. Sonrió, tan débil, pero sonrió al fin y al cabo, fue una sonrisa frágil, desnuda a los sentimientos de una madre, el dolor de no saber, el dolor y miedo que no sea para siempre, un para siempre, que sólo fotografías ayudarían a calmar. No ayudarían jamás. Ella quería a su pequeño niño de vuelta.

— ¿Me dejarás ir contigo? —preguntó como un murmullo como si sus labios estuviesen adormecidos.

Silencio...

—Necesito hacerlo... por favor—insistió.

El silencio seguía en los labios de su marido, él sólo la miraba, con el alma dolida, apoyado del marco de la puerta. La contemplaba. Te amo, eso pensaba.

—Iremos juntos e invitaremos a Gandalf a la búsqueda—respondió, Sebastián miró al perro, que yacía recostado en el pasillo, Gandalf, parecía que sabía que hablaban de él, entonces aquel perro le devolvió la

mirada, con un ladrido algo apagado.

—Eso lo tomaré como un sí—le dijo.

Gandalf movió la cola y mostró la lengua.

—Mira Caroline, Gandalf

Caroline, observó y sonrió.

—Te amo—susurró Caroline.

Sebastián se acercó a ella, le acarició los cabellos rubios, esos que ahora pareciese que lucían dañados, como su rostro, como su alma, como su corazón. La besó en la frente.

—Te amo—replicó él. —Y, lo encontraremos, claro que sí.

Esa noche, durmieron sobre las tapas en la cama de la habitación de su hijo y Gandalf su perro pastor alemán, a los pies de ellos.

Recostada al lado de su marido, en la cama de su pequeño hijo, Caroline tuvo un sueño, o más bien una pesadilla. Apareció ese monstruo, como una sombra de largas uñas, filosas garras, ella atinó a huir. Pero por más que corriera no le sacaba ventaja, ese monstruo llamado desesperanza, ese monstruo que lo había cambiado todo, corrió por un largo pasillo de paredes mohosas. La oscuridad la embulló.

Caroline, en un pestañear, apareció plantada de frente, dentro de un viejo salón de clases, luego vio a su pequeño hijo, en ese amplio lugar, vestido con uniforme de colegio con su mochila puesta en un solo hombro, la miraba con ojos distantes, se encontraba de pie al medio del salón de paredes derruidas y descascaradas pinturas... o más bien a resumidas, un salón de clases calcinado de grises e incontables cenizas como nieve suspendida, revoloteaban por todo el espacio, se movían tan lento como una escena vista desde una cámara lenta, como una fotografía en blanco y negro. Alguna que otra ceniza tocaba el suelo de un salón quemado, de unos tablones calcinados. El niño, su pequeño le sonrió. En el sueño ella alzó la vista, atemorizada con una corriente por su espalda, agujas sintió. Unos metros atrás se percató, que se encontraba a una gran distancia una mujer de cabellos oscuros, no le pudo identificar el rostro, eran las cenizas suspendidas o era lo tenue de la iluminación, una luz que no procedía de ninguna fuente, pues las ventanas a pesar que se encontraban con sus cortinas corridas, ahí afuera no había nada, solo la noche, sin luz de estrellas, ni luna que acompañara. Los focos en el salón reventados, quemados lucían como todo aquel lugar. La mujer de cabellos negros, comenzó a acercarse a su pequeño hijo, en un caminar irregular, como si sus piernas tuvieran heridas, como si su piel y carne estuvieran

quemadas, algo de su rostro pudo atisbar, era joven. Le tomó la mano en la oscuridad, entre cenizas. Ella no podía avanzar, Caroline no podía mover sus piernas, lloró de impotencia, su voz, sus gritos eran enmudecidos en el mal sueño. Las cenizas al final taparon por completo el lugar, creyó ver a su monstruo, que se movía veloz con sus pies pegados en el techo del viejo salón, sardónica sonrisa de un borroso rostro invertido, sólo pudo identificar una cicatriz grotesca y sanguinolenta que cruzaba la división del extremo derecho de los labios, aquella cicatriz en toda su extensión tocaba el mentón, hasta rozar el parpado del ojo derecho, luego aquel hombre que vestía una cotona azul marino, con pantalones de color gris y zapatos negros, desapareció, se fundió en las miles de cenizas. Cenizas como nieve gris.

Sebastián también soñó. En su sueño, el caminaba por un desértico salón derruido. A la distancia algo le había llamado la atención, una melodía para él conocida. Se vio obligado por la curiosidad y con algo de temor, avanzó, de un momento otro ese vacío salón estaba rodeado de pupitres, Sebastián no le prestó mucha importancia a ese detalle, lo único que hizo fue mirarlos con un rostro de sorpresa, la música volvió a captar su atención.

Al final del salón, uno de ellos, un viejo y quemado pupitre, encima tenía puesto un viejo gramófono, un disco de vinilo giraba con una aguja sobre, que se asentaba cautelosa en un viaje giratorio por los surcos de ese disco. El sonido sonaba añejo, se escapaba por aquel instrumento, un instrumento vivo por una manilla que se movía sin ninguna ayuda. Hace ya tiempo que no la escuchaba, se dijo él en el sueño. Es canción ahora le partía el corazón en dos.

"There ain't no grave can hold my body down"

"No hay ninguna tumba que pueda sostener mi cuerpo"

Quiso acercar su mano, pero la alejó de inmediato, la aguja había saltado a otro surco del viejo disco, el coro, ese coro se repetía como un disco rayado de tanto ser reproducido.

"There ain't no grave can hold my body down"

"No hay ninguna tumba que pueda sostener mi cuerpo"

Luego la aguja por si sola se levantó y dejó un imperceptible ruido blanco.

La casa estaba en silencio, su perro Gandalf movía sus patas, como si corriera. También soñaba. En un bosque, colina arriba una abandonada casa de podridas maderas. Una pequeña inscripción de madera, añejo roble escrito en cuidados surcos "*Abazia Elarti - famiglia*". Los perros no saben leer.

Abajo en la cocina, el nombre del pequeño muchacho, formado por las manos del padre. Seguía ahí y por alguna extraña razón la "N", se había movido un poco, no se notaba mucho, pero se deslizó lo suficiente, para alinearse a las demás letras de colores. Había quedado en perfecta alineación cada vocal y cada letra.

"D I L A N".

Capítulo 15

La iglesia *El Sagrario*, edificada por los años **1693 y 1694**, lo más antiguo construido en un pequeño pueblo por entonces.

Tuvieron que pasar 15 años, para que luego de ese tiempo transcurrido se edificara la escuela San Petrie. Ahora, ese pequeño pueblo no pasaba a más que ser una pequeña ciudad, y como toda pequeña ciudad o pequeño pueblo, los secretos abundan.

En el interior de la iglesia, los tablones a pesar que estaban relucientes, nada podía escapar al paso del tiempo, aquel que no perdona. Las bancas, como el confesionario, fueron sustituidas hace alrededor de 12 años atrás, el altar hecho de mármol seguía siendo el mismo, desde que fue puesta la primera piedra.

El aire que se respiraba ahí dentro, era una extraña mezcla de olores añejos, la nave principal constituida con cuatro pilares, los cuales tenían pequeños altares para santos que la gente solía ir a rezar y besar sus pies, debajo de ellos, habían candelabros de velas, cuyas velas por lo general permanecían encendidas, la luz de ellas en conjunto con los vidriales en las alturas de las murallas de la edificación, proveían una claridad suficiente, para no molestar la tranquilidad y las almas de los creyentes, que solían ir a visitar El Sagrario durante las tardes.

En lo más cerca que, podía uno sentarse en frente al altar de mármol, un hombre con la vista en los tablones, sentado en aquellas bancas de madera barnizada, rezaba a un Dios, con el rosario enredado entre sus manos, también entrelazado con sus dedos, dedos gruesos con pequeños cortes, tal vez producidos por el duro trabajo que realizaba. Padre, decía en sus murmullos, y la figura de Cristo crucificado en la cruz con heridas; laceraciones, para que los creyentes no olvidaran el sacrificio hecho a la humanidad entera, con una corona de espinas sangrienta. Rezaba a un Dios, un dios no muy pacífico, no muy popular para el común de la gente en la pequeña ciudad.

—Quisiera saber, cuando dejarás de usar esa ropa tan desaliñada—una voz apareció a sus espaldas.

El hombre no respondió, absorto en sus plegarias. Los cabellos largos de color castaño oscuro le cubrían el rostro, un rostro oculto de la luz del día,

un rostro cubierto por una tupida barba oscura.

—Te he preguntado—el hombre ahora parado frente a él. —Mírate, esa chaqueta toda sucia—le espetó.

Aquella chaqueta de mezclilla color café, con los hombros descocidos, se encontraba dañada, con agujeros y manchas de suciedad, sus pantalones de vaquero, estaban manchados con tierra, la costura había cedido en algunas partes, los bolsillos traseros descocidos colgaban andrajosos, al igual que los bototos que tenía puesto, con sus suelas desgastadas y despegadas, sin cordones para atarlos.

—Tenemos que hablar—esta vez el hombre se sentó al lado del sujeto andrajoso, se sacó el sombrero de color azul, miró al altar y se persignó. Aquel hombre tenía alrededor de 55 años, sus arrugas lo denotaban cansado, miraba hacia el cristo crucificado con sus ojos de un cielo azul. Dejó el sombrero sobre el largo asiento, lo dejó al contrario en donde se hallaba sentado el andrajoso, se sacudió con sus manos el saco de tela color azul marino, miró sus zapatos tan limpios y en contraste con los bototos del sujeto.

—Te tendrás, que cortar el cabello—sentenció, mientras con uno de sus dedos le indicó los cabellos cortos de color blanco que tenía él.

Silencio... no hubo respuesta.

—Thomas Mieler—murmuró el andrajoso sujeto, que seguía en sus plegarías a ojos cerrados, con sus dedos entrelazados y enredados a un rosario de madera. Sus plegarías a un Dios diferente.

—Qué has dicho—preguntó, a su vez acercó su vista y rostro al misterioso sujeto, que él más que nadie conocía muy bien.

—Thomas Mieler—repitió en un murmullo un poco más definido.

—Perfecto, me has escuchado..., ahora sabes la razón que te tiene en esta ciudad—preguntó.

—Seguir con la obra de Dios—respondió.

— ¡No!, escúchame. Vienes a este lugar, para que yo te salve el culo—espetó, el hombre, molesto se había puesto de pie enfrente de Thomas Mieler el andrajoso.

—No debo renunciar.

— ¿Renunciar?, por favor. Deja eso ya, sabes el motivo del porque estás aquí. Lo sabes, dime lo sabes—le preguntó con voz alzada. Unas fieles se

habían dado cuenta de sobresalto, miraron la escena y salieron de la iglesia "El Sagrario".

—Lo sé, claro que lo sé—murmuró.

— ¿Entonces?

—Fue Dios, quien me dijo que lo hiciera.

—Mataste a tus padres, Thomas, mataste a tus padres. Entiendes eso.

—No los maté. Los salvé. Purificados por las llamas de un fuego salvador.

Silencio.

—La orden, no la he olvidado, pero el tiempo cambia y los métodos también Thomas.

—El tiempo cambia. Entiendo eso, pero los métodos no. Sí, deben ser más sutiles—Thomas Mieler, levantó la vista y miró con sus ojos de un mar azul embravecido, ahí dentro sólo hay tormentas, pensó el otro sujeto de más edad.

Thomas Mieler a pesar de tener una frondosa barba, su rostro sucio era más joven, mucho más joven.

—La Orden, me permitió tenerte bajo mi protección, intenta no volver a purificar a nadie más—con mueca entre desprecio y miedo le dijo.

—Debo seguir con mi trabajo.

Silencio del otro sujeto ante la atenta y siniestra mirada de Thomas Mieler.

—Vamos, ya es tiempo de volver a casa. Te he puesto bajo atención médica, hasta cuando estés apto.

— ¿Apto?—preguntó, se puso de pie, una estatura de casi 2 metros de altura, delgada, siguió sin soltar el rosario.

—Apto, para trabajar. Thomas, déjalo ya. Era mi hermana.

Silencio de Thomas.

—Muchacho, qué dice tu conciencia.

—No existe conciencia, cuando Dios ordena.

Sus ojos azules, ocultaban las llamas del infierno. Sus cabellos largos ocultaban ese rostro, la barba también.

—Vamos a casa—dijo, bajó la vista y caminó en dirección a la salida de la Iglesia.

—Tío. Mi madre, fue perdonada por Dios.

—Mi hermana—pronunció con resignación el sujeto de edad. —Y qué hay de tu padre.

—Purificados y perdonados.

— ¿Fue la orden?—preguntó.

—La Orden—respondió y de soslayó Thomas Mieler miró al cristo crucificado. —El fuego, es para los que practican las artes siniestras.

—La Orden—dijo con la mirada en los tablones, meditó—Tu nombre Thomas.

—Si Tío, que hay de mi nombre.

—Desde ahora, eres; Alexander Olmos Rodríguez. Thomas Mieler ha muerto.

Capítulo 16

— ¿Cómo lo has hecho?, es fabuloso.

—Lo he movido.

— ¿Magia?

—No, es algo de aquí—la pequeña niña apuntó con su blanquecino y flaquito dedo a la sien.

Había movido una pelotita de papel, sin tocarla con sus manos, sin soplar sobre ella, en el patio del colegio, sentadas las dos pequeñas en bancas de madera, frente a frente. El papel sobre una mesa de colación, habían puesto sus bolsos uno en cada lado, para que el viento no hiciera trampa.

Volvió hacerlo, hizo girar el papel, había descrito un círculo perfecto en el espacio de la mesa, entre los bolsos. Luego de eso, dibujó una trémula sonrisa en sus delgados y pequeños labios, una sonrisa que dejó entre ver que faltaban sus dientes, dientes de leche que ahora ya estaba mudando. Su sonrisa se dibujó tan transparente y rebosante de inocencia ayudada por su pequeña nariz puntiaguda. Sus ojos de un color gris claro, como la nieve, como los lobos siberianos, extraños y hermosos ojos de una niña de cabellos largos, sedosos, lisos y negros como la noche, como un diamante brillaban, en su rostro pálido.

—Es nuestro secreto.

—Es nuestro secreto—sentenció en un murmullo a los oídos de la extraña pequeña, una niña que parecía mayor al menos en 4 años más, de ojos castaños claros, con pecas en sus mejillas, una nariz también puntiaguda de cabellos dorados y rizados. Juntaron sus dedos meñiques.

—Puedo hacerlo otra vez, bueno si quieres...

—Una última vez, puede que nos pillen—interrumpió entusiasmada.

—Haré algo distinto, espera.

La pequeña sonrió, luego fijó sus ojos siberianos sobre la pelotita de papel, luego dijo en un susurro—levanta los bolsos.

La pequeña pecosa rubia, hizo caso.

—Listo.

—Ahora espera—susurró, había movido sus labios casi inaudibles, dejó ver un minúsculo lunar en su labio inferior, era pequeño y tenía forma de media luna. Era especial decía su abuela, una media luna tan pequeña, gracias a una lupa, con sorpresa te dabas cuenta de aquel singular detalle de la pequeña.

Sus ojos no se apartaron de la pelotita de papel, aquella sin tocarla, comenzó a tiritar. La pequeña de ojos siberianos como solían decirle sus familiares y sus amigas, le temblaba los parpados, con sus ojos abiertos y atentos, frunció el ceño con suavidad. La otra pequeña mujercita miró de un lado a otro, preocupada que alguien las pudiera observar.

Tan pronto bajó la vista, escuchó la voz de su pequeña amiga —mira—le dijo. Sus ojos se abrieron de par en par, el asombro ante un papel, que de tanto en tanto se despegaba de la mesa. La bolita de papel estaba suspendida en el aire, entre los dos bolsos que guardaban cierta distancia, la hizo girar en círculos, una vuelta, dos vueltas, la niña miraba concentrada con su nariz fruncida, concentrada en el objeto.

—Pequeñas, ya es hora de entrar a clase.

Tres vueltas, y el papel cayó con estrepito, sobre la mesa de madera pintada de rosado. Y de su nariz comenzó a caer un hilillo de sangre, por una de sus cavidades nasales.

—Estás sangrando—le advirtió la pecosa de cabellos dorados y ojos azules, ojos que contenían con dificultad la sorpresa. Temor a la vez.

La niña de ojos siberianos, se llevó la mano izquierda a su nariz, palpó y luego observó con pálido pavor, sus dos dedos manchados de rojo. Al escuchar la voz de la tía del jardín, que gritaba desde el otro lado del patio, guardó el papel tan ágil pudo en su bolso, abrió el cierre, lo depositó y cerró.

La maestra de la pequeña de cabellos dorados, se acercó a ver que sucedía, con tanto misterio ocultaban las mujercitas.

—Ojitos grises, estas sangrando—dijo con miedo la maestra—déjame ver.

La niña la observó con sus extraordinarios ojos, luego giró, para mirar a su amiga.

—Toma mi pañuelo.

La pequeña lo cogió con sus manos, algo temblorosas, temía ser descubierta. Abrió el pañuelo, con dificultad leyó; “Caroline, con cariño tus padres” y un corazón rosado bordado, un pañuelo blanco con encajes en los bordes.

—Un regalo de mis padres, quédatelo.

—En serio, es de tus...

—Eres mi amiga, ahora lo necesitas más que yo. Te veo como una hermanita menor.

Ambas se regalaron una sonrisa, la pequeña comenzó a limpiarse el hilillo de sangre con mucho cuidado de no manchar la dedicatoria escrita.

—Vamos a clases, Caroline vamos—ordenó la maestra. —y tú, princesa de ojitos siberianos, vamos a la enfermería.

—Estoy bien no es nada—sonrió.

—Llamaré a la tía Samantha, para que venga a verte. Estarás bien.

Caroline, se despidió de su pequeña amiga, se puso en pie y siguió a su maestra. La tía Samantha iba camino a ellas, una vez llegó, tomó de la mano a la pequeña, le ayudó a limpiar con mucho cuidado la nariz. Seguía el hilillo de sangre, pero con menor notoriedad. —Vamos Eliana, a enfermería.

La niña asintió con una sonrisa.

—Son grandes amigas parece—aseguró la maestra de Caroline.

—Sí, hermanas—respondió la pequeña, enseguida giró para ver a su amiga. Las dos se miraron y se sonrieron. —Dicen que ella no tiene padres.

—Caroline. Ella los tiene. Pero ya no.

—Que pasó.

—Un accidente.

— ¿Están en el cielo?, maestra—preguntó. —Pero sus abuelos.

—Sí, Caroline. Tranquila, Eliana tiene a sus abuelos, que la quieren

mucho.

—Sí—asintió.

En la enfermería, una vez cesado el sangrado de nariz, la pequeña de ojitos siberianos, miró por la ventana, un patio vacío. Luego suspiró con miedo, tuvo miedo, no sabía de qué. Pero temió, tanto que por poco derramó una lágrima, aquellos ojos lograron irritarse. Algo pensó, presintió un futuro feo, el miedo llegó cuando alzó la vista y observó de frente el ala infantil, luego un olor a madera quemada y en su garganta el desagradable sabor a cenizas. Eliana Abazia Elarti, ahora no sólo movía bolitas de papel. Sus ojos siberianos algo vieron ese día. Un futuro, lejano tal vez, tan triste como el recuerdo de sus padres.

— ¿Todo está bien Eliana?—preguntó la joven enferma.

—Sí, todo está bien—mintió.

Capítulo 17

A horas de; El San Petrie, Kinder.

—Vamos, di “A”.

—“AAAAAA”.

—Muchacho no tienes nada.

—Usted miente. Revise de nuevo—dijo, y enseguida miró a su cómplice oso de peluche llamado Andy, que se encontraba sentado al frente de él, sobre un mueble de estantería de medicamentos.

Capítulo 18

— ¡Frikis! —gritó alguien, una voz de un muchacho entre la espesura del alumnado, caminaban rápido, otros entrechocándose con risas de por medio, otros pocos corrían a la salida de El San Petrie. Ya era hora de irse a casa; Javier, Diego y Tomás a paso lento discutían sobre una complicación que había aparecido, aquella complicación tenía nombre y apellido; Amelia Aguilar, La Vicerrectora.

—Silencio—Javier exclamó, miró por encima de su hombro, la molesta voz venía desde atrás de la multitud atestada del alumnado. El bullicio ahogaba tales gritos de burla.

—Estamos en problemas, Javier.

—No pasa nada.

—Firmó nuestras libretas, mis padres me castigarán. No podré jugar videojuegos por un largo tiempo. Un Napoleón, es la idea más estúpida que se me ha ocurrido—exclamó con un sonido seco de la palma derecha de su mano contra su frente.

—Tomas, Cálmate. El plan no cambia. Mañana Viernes sí o sí.

—Javier. La vicerrectora, no solo firmó. Anotó con mayúscula y subrayada "NAPOLEON", después cadenas y área restringida del colegio.

—Te faltó la palabra vandalismo, también estaba en mayúsculas con subrayado—acotó Diego, quién también cada cierto tiempo miraba hacia atrás. —Se perdió la naranja, estaba deliciosa.

—Sí, y gracias a ese gesto Diego, te anotó en la libreta "Chantaje" —dijo el muchacho alterado, por no poder jugar sus videojuegos, hizo un gesto de habré comillas con los dedos de sus manos, para darle importancia a la palabra "Chantaje".

—Frikis.

Los tres miraron hacia atrás, mientras caminaban.

—Ahora qué—preguntó al cielo Tomás.

—Es el idiota de William—sentenció con seriedad y mirada puesta en la espesura de la multitud. Quiso agudizar la vista, pero no lograba verlo. William el bobalicón, el matón del curso, además ocupaba un importante puesto entre el ranking de los matones y bobalicones del San Petrie.

—Genial, no podía ser peor—dijo cabizbajo, exclamó Diego, suspiró a sus mechones largos, que colgaba en su frente.

—Los Frikis a inspección. ¡Idiotas!—balbuceaba el matón, caminaba y empujaba a cada muchacho y muchacha. Los que lo alcanzaban a ver se apartaban con rostro de molestia, otros con rostro de temor.

—Aquí viene, ¿Diego te queda fruta? —preguntó Javier, no quitó sus ojos a la multitud, que con brusquedad apartaba el bobalicón.

—No, la última era la naranja y ya está en mi estómago.

Los tres muchachos comenzaron una búsqueda desesperada, en los bolsillos y las mochilas.

—Aunque sea un Chocolate o algo, ¿Galletas? —se preguntaban mientras buscaban.

—No se detengan—exclamó Javier, mientras miraba al matón del curso.

—No, miren. Bolsa vacía. Sin frutas.

—En la reunión secreta, las comimos todas—dijo con voz temblorosa Tomás. Había comenzado con los tartamudeos, señal del muchacho, cuando se encontraba demasiado tenso.

—He, Frikis. Se la pasaron el día ocultos. ¿Dónde está mi colación? —gritó con balbuceos. —Me la deben, tontos Frikis—Farfulló, sus frenillos le dificultaban aún más sus atiburradas palabras, tenía las mejillas infladas de gordas con todas las colaciones que comía, las obtenía siempre a la mala, se las quitaba a cada uno de los alumnos de El San Petrie. Su contextura gruesa, el uniforme escolar quedaba ya pequeño, sus cabellos eran rubios y cortos, parecían clavos en su enorme cabeza. El muchacho seguía con sus exclamaciones, fruncía el ceño y una sonrisa sardónica, los ojos entre lo hinchado de su rostro apenas se podían divisar, pero eran de un tono oscuro. Parecía un tanque que arrasaba con todo, o más bien una bola de bolos y sus víctimas los tres muchachos unos pequeños palitroques.

—Frikis—gritó.

—Nada.

—No, nada.

—Ni, manzanas. ¿Y por qué no corrimos?, créanme funcionará.

—No. Diego la última vez, nos diste esa idea.

—Sí, lo siento.

Diego guardó silencio avergonzado.

—Perdiste aire en una cuadra—tartamudeó el pálido muchacho.

Silencio de los tres, mientras miraban un buque de guerra cada vez más cerca.

—Señor Rodríguez, ¿para dónde va tan apresurado? — una voz apareció, quien había sido hace unos minutos atrás su pesadilla, ahora se había convertido en la salvadora, La Vicerrectora que parecía de dos metros de altura con sus botas de taco. Tomó la oreja del bobalicón, entre gritos de dolor de él mismo.

—Me la pagaran Frikis, mañana dense por muert...s —interrumpió con una mueca de dolor.

—Muertos, ¿Quiénes Rodríguez?, su libreta enseguida— extendió la mano, como oficial de la policía en un control rutinario. — Su padres van tener una larga discusión mañana, aquí en el colegio y usted estará en esa reunión en la oficina Rodríguez. — ¿Me oye? —sentenció la señorita Amelia Aguilar, colorada y a viva voz.

—Nos salvamos—dijeron los tres sin quitar ojos de la escena.

—Señoritos, que miran. Qué esperan, a casa temprano.

Medía vuelta y apresuraron el paso. En silencio, por nada del mundo mirarían hacia atrás.

Paulina el amor platónico de Diego, pareció mirarles entre la multitud, una joven delgada, de pecas en las mejillas, nariz respingada, ojos claros y cabello pelirrojo amarrado con una moña. Diego se percató, miró por el rabillo del ojo, luego dibujó una sonrisa. Quiso saludar, pero de seguro no era el momento. Paulina, también sonrió, una blanca sonrisa, como su rostro.

El último escalón, ya estaban fuera de "El San Petrie".

Capítulo 19

Hora de levantarse pareció oír. Caroline abrió sus ojos, con el rostro de su hijo aún en el solitario salón de clase, lo tenía tan cerca, que podía sentir su respiración, el pequeño le sonrió con sus finos labios. Sintió deseos de abrazarlo y llorar, su corazón se había agitado en fuertes emociones, tenía a su pequeño Dilan. "*Hora de levantarse*", eso fue lo que el niño susurró, mientras le miraba y regalaba tan bella sonrisa.

—Hora de levantarse—pareció escuchar tan real. La voz de su hijo. Deseó que no fuera un sueño. La voz parecería tan palpable, como si cada palabra pudiera tocarla y guardarle en un preciado cofre, llamado memorias. Ese cofre, luego escondería la llave en lo oculto de su corazón.

Caroline abrió sus ojos, el sol se colaba entre nubarrones grises, aún quedaba lluvia, gotas que caer de los cielos. Suspiró, sonrió. Había visto a su hijo en una pesadilla y al amanecer ese miedo lo había borrado con una sonrisa en sus labios. Miró por la ventana, la luz a pesar de un cielo nublado. Volvió a sonreír, pensó que era momento de una taza de café con Sebastián, luego a la búsqueda, no estarían solos.

—Hora de levantarse—dijo a su marido.

Sebastián la besó, —vamos a buscarlo.

Gandalf, ladró. Saltó sobre la cama y le invitó a bajar. Como si él también dijera "*Hora de levantarse*".

Capítulo 20

El muchachito no se iría, hasta que el médico lo examinara una tercera, cuarta o quinta vez, a lo mejor una sexta, Dilan era un hueso duro de roer y su abuelo estaría orgulloso, de hecho ya lo estaba. Aseguró una y otra vez, su grave enfermedad, tenía un resfriado o gripa como le llamaba, le dolía la garganta y cada vez que mencionaba ese detalle intentaba toser con ruido quejumbroso y seco. La consulta se había extendido a unos 15 minutos e iba para más.

—Doctor, pero mire. Tengo ojeras—aseguró, a su vez el muchachito apuntó con su dedo índice las cadavéricas ojeras que tenía. Miró fijo al doctor como en un juego de queme de miradas.

—Dilan, son falsas—disparó el viejo doctor. —Y esta es la segunda vez que mencionas, lo de las ojeras.

Dilan negó con la cabeza.

—Están pintadas.

Dilan volvió con otra negación y miró a su oso Andy, seguía sentado sobre el mueble de los medicamentos.

—Vuelvo enseguida, muchacho.

El Doctor Tom Arriagada, así lo decía la chapa que tenía puesta en su delantal de color blanco, tan blanco como su cabello. Caminó a la puerta la abrió y llamó —Sebastián, creo que tu hijo vivirá. ¿Puedes venir un momento?, por favor.

Dilan suspiró, miró a su amigo Andy. — ¿No me ayudarás? —le preguntó, el silencio del oso de peluche le hizo mirar la ventana, por unos segundos tomó como opción abrirla y salir en una huida sigilosa del lugar. Se acercó de puntillas, luego observó con desánimo. Con el tercer piso de altura, su espontánea idea se había diluido tan rápido como había llegado.

La voz de su padre tan cerca de él, lo sobresaltó. El muchacho giró por completo, vio a su padre que tenía una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Vivirá doctor entonces?

—De seguro. Su hijo es fuerte. Tanto como el hombre de acero.

—Vaya doctor (*sonrisa*), por un momento creí que estaba grave.

—Tranquilo, tenía una leve complicación.

— ¿Se puede saber qué complicación?, Doctor.

Dilan, observó con paciencia cada frase y dialogo soltado por su papá y el doctor. Ambos eran amigos eso lo sabía, del club de pesca para ser exacto, pero presentía o más bien tenía la leve sensación que le tomaban el pelo.

—Kryptonita, o algo así.

—Cielos doctor.

—Creo, que para lujo y detalle, ese elemento se encuentra en el colegio y lo debilita.

—Pero, doctor nos encontramos lejos del área.

—Sí, pero el muchacho presiente la fuerza de tal elemento. Su Némesis.

—Entiendo doctor, por eso necesita estar lo más lejos posible de aquel, terrible lugar.

—Exacto. ¿Qué recomienda? —preguntó su padre, en una falsa actuación teatral, nunca fue bueno para eso, se esforzaba con una sobre actuación.

—Una pastilla de vitamina C, todos los días—dijo, y fue en búsqueda de la tableta, la cogió de entre los muebles, sin antes pedirle permiso al oso.

—Permiso eh...

—Andy—completó el muchacho, mientras barría la mirada un tanto molesta, lo habían pillado. No había nada que hacer, era la Kryptonita.

—Andy, bien eso gracias. Me permites—lo dejó a un lado, tan rápido movió al pequeño oso de peluche, abrió las estanterías. Escrutó el lugar repleto hasta arriba de medicamentos. —Aquí esta, súper—exclamó.

— ¿Lo tiene doctor?

—Sí, calmase. Ahora su hijo con esta dosis de vitamina C, será inmune a los influjos del elemento—le pasó con mucha amabilidad la tableta a su amigo, Sebastián —tome, en sus manos. Una al día no lo olvide buen

hombre.

—Gracias, doctor. Usted sí que sabe—dijo con un guiño en el ojo.

Su hijo suspiró, de verdad le habían tomado el pelo. Sentía que estaban a empate.

—Vamos hijo, no hagamos esperar al Doctor Tom, tiene muchos paciente que atender hoy.

El muchacho, caminó hacia su amigo Andy, lo cogió del brazo. Salió de la habitación, cabizbajo sin mediar ni una palabra. Sintió en lo profundo de su ser, que se la habían hecho. Le habían devuelto con otra jugarreta. “Papá era excelente se decía a sus adentros”.

—Estará bien, créeme.

—Tom, no entiendo. Por qué.

—Tiene una imaginación desbordante—dijo, luego se encogió de hombros.

—Entonces nada.

—Nada, perfecto de sano.

—Bien. Gracias Tom.

—Sebastián, pero qué crees.

—Ayer, le dije que pasaríamos una vez salido del jardín. Bueno pasaríamos a la peluquería. Sabes. No miró con mucho entusiasmo la invitación.

—Tranquilo amigo, son cosas de niños—le golpeó el hombro. Sebastián sonrió.

—Vamos, no lo hagas esperar al campeón.

—Está bien Tom, mañana al club de pesca no lo olvides.

—Estaré ahí. Llevaré cervezas.

—Tom, gracias. ¿Cuánto te debo?—había sacado la billetera del bolsillo trasero de su pantalón de vaquero.

—Pierde cuidado. Créeme, ese muchacho me ha alegrado el día.

—Nos vemos mañana—le estrechó la mano al doc.

Afuera el muchacho, esperaba con la cabeza baja y en silencio.

—Dilan, hijo como ya sabemos que te encuentras bien. No habría problemas, para un helado. ¿Verdad?

—De crema—murmullo, su voz sonaba a vergüenza.

Capítulo 21

Tomás, Diego y Javier, aquellos tres muchachos habían llegado a sus casas, vivían en casas pareadas, buenos vecinos y amigos. Al llegar se habían encontrado con la sorpresa, que la implacable vicerrectora los tenía en la mira, tanto así que llamó cada uno de los padres de los muchachos. La bienvenida fue con un reto de los padres, luego una cena en silencio y tan rápido se terminó de cenar, cada uno a sus habitaciones sin decir nada, mañana sus padres tenían citación a primera hora en El San Petrie, padre y madre como coincidencia de las tres familias, discutían quien debía asistir a la citación. Mientras se decían lo típico para estas ocasiones *"Es tu hijo"*, la madre por lo general respondía *"corrección nuestro hijo, es tu hijo también. Ni que fuera obra del espíritu santo"*.

Encerrados en las habitaciones, tenían un sofisticado medio de comunicación, hilos de metros y metros se entre cruzaban como líneas telefónicas entre las tres casas. Tomás y Diego vivían uno al lado del otro, Javier en cambio en la casa atrás de Tomás. Los delgados cordeles se entrecruzaban, de un lado a otro, al final de aquellas conexiones, unos tarros vacíos con un agujero en la base, por donde se enganchaba la línea telefónica tan sofisticada. La forma que utilizaban para llamar, era tirar del otro extremo, se movían los tarritos colgados sobre la ventana, emitía un ruido y así el muchacho desde el otro extremo al oír contestaba la llamada, antes con un avisó de igual forma, mover el delgado cordel en señal que había contestado y estaba listo para iniciar la comunicación, era perfecto el sistema, un tarro para hablar y el otro para escuchar entrelazados por los cordeles, primero habían iniciado con envases de yogurt, pero los cambiaron con las latas de comida en conserva, el audio era mejor, la señal había mejorado en un cien por ciento.

— ¿Castigados? —preguntó Javier.

—Sí.

—Sí, en un calabozo.

—Calma, no es para siempre.

—Muchachos. Estoy frito, no encuentro mi computador, mi Atari también desapareció, y todos mis cartuchos, con los discos compactos de videos juegos desaparecieron—dijo alterado el muchacho de ojeras, Tomás.

—Por lo menos. No, nos cortaron la comunicación—soltó Diego.

—No es tan malo—terminó la frase Javier.

—Claro, como sale gratis—exclamó Tomás. —perfecto, el Viernes denlo por hecho, que estamos castigados en las mazmorras.

—Seguro—sentenció Diego

—Eso es todo—dijo con voz desganada Tomás.

—El plan sigue no podemos tirarlo todo a la basura.

—Javier. No te acuerdas que la vicerrectora Amelia, tiene el napoleón que saqué, de la estantería de herramientas de mi padre. Esa bruja lo confiscó. Mi padre por poco me cuelga.

—Necesitamos un nuevo napoleón entonces—respondió Javier.

—¿iQué!?, Javier. Ahora si nos cuelgan.

—El auxiliar. Chicos, nos puede ayudar. Suele hablar de fantasmas y sobre todo de lo sucedido en el área infantil.

—Sí, como fue un auxiliar, el culpable.

—Dime, lo dice para que no hablen mal de él.

—Sí, lo he escuchado. Dice que el tipo ese estaba loco de atar. Con todos los cables pelados.

—Javier, veamos otra alternativa es arriesgado.

—Chicos, por lo menos mis padres se rieron un poco, al saber que le ofrecí una naranja a la Señorita Amelia, y después ella escribió chantaje en la libreta de comunicaciones.

—Y eso a qué viene a cuento—Ambos muchachos le exclamaron a Diego.

—Bueno, que no están malo después de todo.

Silencio en línea...

—Muchachos voy a la cama, mañana tenemos prueba de Historia y Geografía.

—Geografía, mapas, países. Dios, no tengo memoria para eso—rezongó

Diego.

—Por ahora, sólo tienes memoria para recordar a tu Paulina. Hui, Paulina mi amor, oh Paulina—dijo entre risas Tomás en tono burlesco. Por otro lado Javier también rió.

—Buenas noches muchachos.

—Hasta mañana.

—Nos vemos, suerte en todo.

—Diego—susurró Tomás. —No olvides, Italia es una bota.

—Idiota—espetó Diego entre risas.

En la tranquilidad de la noche, cuando todos dormían en sus habitaciones, envueltos en los cobertores de sus cómodas camas. Afuera y oculto entre los arbustos, ayudado a pasar aún más desapercibido por una densa neblina, la cual de a poco, con completa calma descendía, para cubrir de humedad las solitarias y silenciosas calles. El matón del curso del "*San Petrie*" de nombre William, esperó paciente, con una bolsa de huevos en una de sus manos y la mochila llena de rollos de papel higiénico.

—Malditos, Frikis. Me las pagarán—se dijo entre murmullos, parecía un loco, con los ojos húmedos y manchados de venganza, como sí los culpaba de todo, las desgracias que tenía sobre su corta vida, era todo culpa de los tres muchachos. Esbozó una sonrisa tan de malas intenciones, risa sardónica, estaba loco. William el matón del curso, ahora lucía un notorio labio inferior hinchado y su ojo derecho en tinta. Su padre era diferente, pero muy diferente al resto, el odio a los llamados "Frikis", se traducía a una fastidiosa envidia que le carcomía el alma. Su padre, un obeso, el cual trabajaba en la carnicería de la pequeña ciudad, solía por las tardes llegar cargado de un arsenal de latas de cerveza, se echaba al sillón del living, un living desordenado, destartalado con maloliente cigarrillo y rancio aroma a cerveza, encendía la televisión para ver jugar a su equipo favorito, entre maldiciones lanzaba el control remoto al piso tapado de latas de cerveza y colillas de cigarrillo corriente. Se rascaba las pelotas y seguía en sus maldiciones de una vida que odiaba, odiaba ese control remoto cuando no funcionaba del todo bien, había olvidado entre sus borracheras, que ese pequeño artefacto electrónico, solía lanzarlo contra todo, cada vez, que no se sentía de buen ánimo, algo regular en él, propio

de su frustrada personalidad. Culpaba a su mujer de no usar pastillas anticonceptivas, se culpaba de no haber usado preservativos. Al final entre la ebriedad más enfermiza culpaba a su hijo. Se culpaba por ser padre y un perdedor en toda regla.

Los huevos se estrellaron en las tres casas, las ventanas y la puerta principal corría el líquido amarillo viscoso, como broche de oro el papel higiénico esparcido en los techos y arbustos del antejardín, un cuadro perfecto. El bobalicón los quería muertos.

Capítulo 22

Fueron puntuales con la hora, a las 9:00 a.m., ni un minuto más y ni un minuto menos, Caroline, Sebastián y su pastor alemán Gandalf el cachorro había vuelto a tomar una actitud alegre y traviesa, como si supiera la finalidad del viaje. Se bajaron del automóvil, pensaron por un momento que se encontrarían solos en la búsqueda de su pequeño muchacho, pero se equivocaron, al ver a Tom y toda una cuadrilla entre hombres y mujeres, que esperaban la llegada de la familia, sus rostros se encendieron de esperanza, aún más el de Caroline, que lucía haber recuperado la juventud.

Durante toda la noche, se dejó caer una fuerte lluvia. El terreno aún se encontraba húmedo y fangoso. De a poco cambiaría, el cielo despejado y un sol que comenzaba a brillar con fuerza ayudaba a que el terreno, seicara con rapidez, para hacer fácil la búsqueda.

La humedad de la vegetación con la fresca mañana, para Caroline era un regalo, que sentía con suavidad con cada aroma y aire, que respiraban sus pulmones. El monstruo, aquel ente que invadía en sus miedos y pesadillas no estaba ahí, se había esfumado, se lo había llevado la lluvia de una noche oscura y rebalsada de dudas, ante un temor de nunca más volver a conectar con los ojos de su pequeño hijo.

Tom se acercó, les regaló una sonrisa, saludó a cada uno de ellos, hasta al cachorro Gandalf, al cual le tenía un regalo, una galleta en forma de hueso.

—Buen perro, vaya sí que tenía hambre—dijo entre risotadas. El perro devoró en un dos por tres la galleta.

—Pero si acaba de desayunar—soltó Sebastián, mientras miraba como devoraba la galleta entre desesperados mordiscones.

—A su edad viven con hambre—Tom les dijo a la pareja. Caroline sólo sonrió. No tenía deseos de hablar en esos momentos, la ansiedad le comía las uñas de los dedos de las manos, solo necesitaba iniciar pronto con la búsqueda, su alma se lo pedía a gritos. Su corazón también.

Caminaron entonces por el terreno aún húmedo gracias a la lluvia de anoche, se acercaron a las demás camionetas de colores; azul marino, otras grises y rojas, 4x4 Navaras en total habían unas cinco, estacionadas en paralelo, afuera de ellas les esperaban una numerosa cuadrilla, entre

amigos de Sebastián y ella.

—Todo listo—exclamó entre aseveración y pregunta Tom, al grupo reunido.

—No hay problema, viejo Tom. Comenzamos una vez nos digas cual es el recorrido—uno de ellos, Samuel se llamaba, un muchacho el más joven del grupo con una melena larga y frondosa barba rubia, saludó a su amigo y compañero de trabajo Sebastián, le preguntó cómo iba todo, y que en el trabajo se le echaba en falta, esperaban con ánimo a que todo se resolviera lo más pronto posible.

—Caroline, cariño. ¿Quieres?—dijo su marido, a la vez le tomó su mano. Caroline hizo lo mismo y le presionó con fuerza, mientras le besaba una de sus mejillas.

—No veo entre la multitud a los padre de Catalina, ¿Les avisaste?
—preguntó ella.

—Sí, les llamé temprano—respondió.

— ¿Vendrán?

—Dijeron, que saldrían de inmediato en dirección al bosque.

Había terminado de hablar, cuando se escuchó un automóvil un Nissan Terrano del año 1986, también conocido como Pathfinder de color plateado. Eran los padres de Catalina.

—Bien, vamos a la cabaña y tiremos los mapas sobre las mesas. 15 minutos y salimos. ¿De acuerdo? —dijo con voz de mando el viejo Tom, el doc y amigo de la pareja.

A lo lejos se estacionaron al lado del auto de Sebastián y Caroline un Chevrolet K5 Blazer de color negro, año 1985. Se bajó una mujer de cabellos colorines y pecas en sus mejillas. Su marido por mientras se aseguraba de dejar el auto cerrado.

—Caroline—dijo, y caminó hacia su amiga, se saludaron en un abrazo, la mujer de cabellos rojos, lucía cansada y con ojeras de no haber pegado pestaña en toda la noche, llevaba los cabellos desordenados. Vestía una camisa celeste con un chaleco morado con grandes botones, unos jeans vaqueros holgados especiales para la ocasión y zapatillas de montañista, su marido de igual forma parecía todo un "boy scout".

Ambas familias se abrazaron, con ánimo de esperanza, ingresaron a la

cabaña y con la ayuda de un café caliente, trazaron el mapa.

—Tenemos un total de 25 radios, programadas en la misma frecuencia—dijo el viejo doc, mientras extendía un gran mapa, en la mesa del comedor.

—Perfecto—dijeron, mientras una de las mujeres distribuía las radios, la prioridad fue para las familias del pequeño Dilan y la pequeña Catalina, una muchacha de cabellos colorines al igual que su madre. La pequeña niña tenía la misma edad de Dilan, eran compañeros en el jardín de El San Petrie, colegio teñido de negro.

Entre las voces de opiniones sobre la búsqueda, Caroline le murmuró a su amiga pelirroja—Susan, ¿y tu hija mayor? —preguntó al oído.

—No quiso venir—dejó una pausa, breve silencio, abstraída del plan, como si buscará las palabras —más bien no pudo venir. Caroline, no hay día, que no la vea llorar. Ella y Catalina.

—Unidas—terminó la frase Caroline, de inmediato dirigió la vista al enorme mapa, y los círculos con plumón de pizarra de colores azules y rojos la ubicación de los grupos. Tom, Sebastián y el esposo de Susan trazaban los círculos.

—Sí, la dejamos, que pasara unos días en casa de los padres de Héctor.

—Entiendo—murmuró y sorbió un poco de la taza de café con leche. Susan hizo lo mismo, que su amiga. Miró aquella cabaña tan rustica y llena de madera.

—Susan, te quiero pedir disculpas por lo de.

—Ayer, lo de Sebastián. Tranquila.

Caroline, asintió en silencio, luego que su amiga la interrumpiera.

—Nosotras sabemos muy bien. No he parado de llorar todas estas noches. Sabes.

—Es fácil, caer en la desesperación—dijo la mujer de cabellos claros. Las dos miraban el mapa, mientras todo el grupo se encontraba de pie, y al igual que ellas, rodeaban la gran mesa, seguían cada línea trazada.

—Aparecerán—aseguró Caroline.

—No, quiero decir. Ese maldito "No". ¿Entiendes lo que digo? —preguntó

su amiga.

—Entiendo Susan. Créeme, Dios me escuche. No quiero pasar el resto de mi vida enfrente de una foto de mi hijo, en la espera que un día aparezca corriendo por la puerta de la casa.

Hubo un silencio entre ellas dos, el café estaban por terminar, y las últimas líneas de un mapa con brújulas sobre él, indicaban que estaban prontos a comenzar, el sol se colaba, ya con un poco de calor por las ventanas de cortinas transparentes.

—Sabes, Héctor. (*Meditó*), no está seguro de tu corazonada.

Caroline, la miró. Entonces con suavidad ayudada con una de sus manos sacó de su chaleco jaspeado de color blanco, aquel collar con la crucecita de ramitas.

—Yo, también dudo que sea mágico, pero sabes, sus palabras sonaron sinceras en mi corazón. Debo creer. Dios está ahí.

Susan, dibujó una sonrisa seguido de un sorbo a su taza, sopló el vaporoso café caliente.

La mujer miró a su esposo Sebastián, observó cada movimiento de él, esa barba aleonada, sus cabellos sueltos se movían con cada observación a lo largo del mapa, luego barrió con sus ojos azules como el azul de un cielo limpio y despejado de tormentas. Miró a cada una de las gentes, sin saber el cómo y el por qué, podía reconocer a cada uno de ellos, los Herrera, Los Smith, una familia completa Castellanos, los Vergara que se encontraban en un rincón de la cabaña cerca de la cocina, esperaban que la cafetera estuviera lista, en el living reconoció a los Vicuña lo cuales tomaban café, mientras observaban un pequeño mapa, recordó que ellos habían perdido a su pequeña hija en el gran incendio, así fue con los demás, los Rodríguez su hijo fue el primero hallado y reconocido en un salón bañado en cenizas, ellos marido y mujer tomaban los primeros rayos del sol, rayos cálidos de un sol que se colaba por una de las ventanas del living o sala de estar, cada uno de ellos, padres cuyos hijos ya no están debido al incendio del *San Petrie*. No sabía cómo ni el por qué, absorta en la observación de aquellos rostros, canceló el ruido en su cabeza, solo se dedicó a observar cada uno de los desconocidos rostros, se sintió extraña, no sabía qué ocurría con ella. Pero los apellidos llegaban con cada observación. Sintió algo extraño, una voccecita tal vez pegada a su oído, alguien le soplaban los nombres, una voz pequeña susurraba, como una brisa de otoño acariciaría sus mejillas, así lo sintió, no tuvo miedo, pero no dejaba de ser extraño. Alguien estaba al lado de ella, una voccecita en su oído le soplaban aquellos apellidos. Un susurro, un

murmullo.

Los grupos se dividirían en un total de seis, la excepción sería el grupo que conformaría Caroline, iría con Sebastián, gandalf con una correa, para que este último no se alejará mucho de ellos, y los padres de la pequeña Catalina la compañera de curso de su pequeño campeón. Las zonas de búsqueda estaban claras, serían como un enorme extenso rastrillo humano, peinarían todo el lugar, sin parar de gritar el nombre de los pequeños. Caroline eligió buscar camino arriba cerca de las montañas, entre lo tupido de un bosque. Había soñado en reiteradas ocasiones con una casa y un apellido, que ella muy bien conocía.

Capítulo 23

Durante la mañana, de un viernes nublado, con tintes que todo parecía indicar llovería hasta desgarrar el cielo, así lo anunciaron los noticieros. Habían anunciado un frente de mal tiempo, que entre comillas encerraban la curiosa palabra "*inesperado*", se dejaría caer con mucha fuerza durante la tarde, para ser exactos en el atardecer. Las familias de los tres muchachos, se encontraron con la sorpresa de un bromista, uno de muy malas intenciones, el día parecía que iba ser largo, así se percataron Javier, Diego y Tomás, ante la atónita mirada de los tres, y sus padres que les interrogaban, si tenían algo que ver, sobre la bromita de los huevos y el papel higiénico. Luego de limpiar de prisa, fueron al Colegio San Petrie, los tres muchachos y los tres padres. Las preguntas siguieron de camino al colegio, los muchachos repetían no saber nada de eso, pero presentían la advertencia del día anterior, la frase al igual que los noticieros, ellos la encerraban entre comillas "*Dense por...*", luego la interrupción de la Vicerrectora Amelia Aguilar, estaban claros como terminaba la frase y eso les tenía ahora de cuidado, su salud y sus planes.

El colegio, se alzaba con cierto aire de misterio, claridad de la mañana opacada con la visita "*inesperada*", de nubarrones grises y un viento que movía los árboles en un suave vaivén.

La reunión en la oficina de la vicerrectora fue breve, parecía que el día anterior, a una gran cantidad de alumnos se les ocurrió la brillante idea de salir pillados en travesuras y peleas. Afuera esperaba una mujer muy delgada, con los cabellos rubios desaliñados y arrugas en la piel pálida, ocasionadas por la adicción al cigarrillo, vestía un abrigo largo de color amarillo, vaqueros desteñidos y zapatillas de color blanco, se veía decaída. Lo único vivo eran sus ojos azules, al lado de ella el matón del curso, había que dar merito por lo menos alguien en la familia se preocupaba por el muchacho.

Se encontraron al salir de la oficina, en el pasillo los muchachos miraron con temor, el matón les devolvió esos ojos de odio y una sonrisa sardónica, aprovechó el instante en que los padres se despedían de la vicerrectora. Las miradas fueron breves, los muchachos caminaron al salón de clase, y sus padres se fueron con una última advertencia. El matón en cambio entró con la única persona, que se preocupa de él. Su madre.

—Disculpe, ¿Se puede fumar ahí adentro? —preguntó la mujer.

Amelia Aguilar Hitchman, negó con la cabeza y esa mirada de seriedad absoluta que le destacaba, con los lentes algo bajos. No había palabras que pronunciar.

Afuera el viento aceleraba su curso. La entrada del colegio, El San Petrie, lucía un pequeño memorial, para recordar a las víctimas de la tragedia, el incendio, una maestra inmortalizada en una fotografía su amplia sonrisa y el color de sus ojos tan llamativos, parecían mirar a cada uno de los estudiantes que enciendan una vela. Del asesino nada.

Sonó por segunda vez el timbre, las clases comenzaban entre una leve llovizna. En el salón de clases, los tres amigos se miraban, Diego luego desvió sus almendrados ojos hacia atrás, tres puestos le separaban de su amor platónico Paulina, ella también le miró, pareció por un momento sonreír, a pesar de lo que tenía en su corazón no le dejaba, menos el día, para ella tan especial. Diego en cambio perdió sus ojos en los cabellos tan rojos y encendidos de su amor secreto.

Contaban las horas en el reloj, que colgaba en el muro, arriba de la pizarra. El plan debía continuar. La aguja del segundero seguía su recorrido.

El matón del curso seguía en la oficina, el fuerte tono que empleaba y una sufrida madre, a ratos ella lloraba, descargaba sus lágrimas como la lluvia que caería tan pronto en la tarde, a la espera del ocaso de un sol, con melancolía el alma herida de un ala, espera que se haga presente. Le pesaban sus tristezas y sus desilusiones. En cambio su hijo, era la fotografía de un padre, que le parecía todo un error.

— ¿Qué es esto? —preguntó, mientras limpiaba las lágrimas con el dorso de su mano izquierda, unas mejillas sonrojadas, con la otra mano sostuvo una tarjeta. Leyó en silencio.

—Le recomiendo, una visita. Si quiere le llamaré. La conozco y puede...

— ¿Ayudar? —preguntó, una lágrima se escapó por su nariz. Su rostro se comprimó y arrastró la silla un poco hacia atrás.

Amelia Aguilar Hichman, guardó silencio ante la mirada penetrante y llena de dolor de una madre. Pensaba, “entre el idiota de su hijo y el imbécil de su padre...”, se interrumpió ella misma, luego guardó sus pensamientos en un cajón.

—El muchacho, está suspendido hasta el lunes.

— ¡No puede hacerme eso!—gritó.

—Martes.

—Jódase—continuó William.

—Miércoles, y si sigues así muchachito. Pasarás directo a una correccional.

— ¡Pero...!

—Cállate de una vez por todas—le gritó la madre, con un golpe a palma abierta sobre la mesa.

El bobalicón guardó silencio, y por unos segundos comprendió, que la había jodido. Un fiel reflejo de su padre.

—Hasta el lunes, por favor—dijo la afligida madre.

—Martes y quiero que no deje esa tarjeta en la basura. Por favor.

Una última mirada a la tarjeta, y luego la guardó junto con sus lágrimas de dolor, que más parecían a decepción entre un maquillaje ya descolorido y corrido en lágrimas. Se rehusaba a llamarlo error, era su hijo y ella no era como su marido.

—Está bien, hasta el martes.

—Perfecto.

—Y sobre la tarjeta, lo tomaré en cuenta. Para la próxima semana...

Amelia Aguilar Hitchman solo asintió con una sonrisa en los labios. Algo le decía, había hecho bien en ayudar, y la suspensión del muchacho era mejor. Una corazonada, o tal vez notó la forma en como miraba a los tres muchachos, vio ese odio, esa mala intención. Era mejor mantenerlo lejos

por unos días, se dijo “esperar que las cosas se enfríen”, pero temía, le daba mala espina aquella odiosa mirada.

—Bueno, señorita Amelia, que tenga un excelente día—dijo la mujer, una sonrisa quiso pintar en su rostro, fue algo tan pequeño y breve, que tan pronto desapareció, parecía que volvía el dolor de una vida, tal vez para ella, rebalsada de malas decisiones.

—También para usted.

Amelia también se despidió, menos del muchacho, parecía sentir temor, aunque era una corazonada, nada más. Una simple corazonada, un sexto sentido.

Al inicio de la primera clase del día, un día tan especial, que las clases iniciaron una hora más tarde, se recordó a cada una de las víctimas del incendio. Paulina, había dejado una vela rosada en el memorial, la había dejado con extrema delicadeza, cuidó en todo momento que no se apagara la llama, observó cada fotografía pegada en un memorial después de un año de la tragedia del San Petrie, un muro de pluma vi, recubierto con una tela de color azul cielo. Cada imagen le caló fuerte en su joven corazón. Un memorial un poco más alto a su cintura, un amplio mesón de madera barnizada.

Cerró sus ojos mientras la dejaba encendida en aquel lugar, un lugar repleto de velas, iluminaban cada rostro plasmado, se movían las llamas, se hacían sombras.

Rostros capturados en aquellas fotografías, que congelaban el tiempo en un eterno adiós. Siguió con sus ojos cerrados, sus labios se movieron inaudibles. Se quedó en completo silencio, rezó y pidió. Paz era lo que pensaba, paz era lo que gritaba su corazón. Los segundos o el minuto de silencio, entonces ella abrió sus ojos, miró todo ese lugar iluminado con velas de distintos colores, como un arcoíris de fuego, abrigaba rostros congelados, recuerdos en un papel y una buena cámara Canon.

Recordaba, que había llorado mucho, tanto lo había hecho, que sus lágrimas ya estaban secas, no quedaba más para llorar.

Miró la fotografía central, aquella de los ojos siberianos, se acercó. Con una trémula lágrima, depositó una rosa roja, tan roja como su cabello, que tenía tomado en una moña encintada con un celeste cintillo de seda,

la dejó con sus blancas manos y delgados dedos, bajo la fotografía de la maestra, la sujeto con un pedazo de transparente cinta adhesiva, con extremo cuidado. La rosa estaba viva, tan viva como ella, aunque su corazón lo sentía muerto.

La esperanza se había convertido en un grano de arena, pequeña y casi invisible, pero seguía ahí en un desierto llano, con un sol que le quemaba los pies, le quemaba su alma. La fotografía de su pequeña hermana no estaba ahí, pero ella sabía, era como si estuviera, deseaba que fuese por un rato, como un sueño, un único mal sueño, que venía por las noches, deseaba que su hermana menor también sólo soñara. La maestra, por momentos pareció, haber movido sus ojos en dirección a los suyos. Así lo sintió su alma y su corazón.

Capítulo 24

— ¿Qué sabor quieres?

—Todos.

—Dilan, campeón, no se pueden escoger todos—sonrió, y de inmediato observó a la muchacha, que atendía el puesto de heladería del Local de Diavoletto. — ¿Se puede?

—Son tres sabores a elección, esa es la promoción—dijo la muchacha, con una vista algo cansada, con una moña a medio hacer, unos cuantos mechones sueltos, parecía querer perderse en un eterno bostezo, su rostro describía un quiero dormir.

—Dilan, ¿Y? —preguntó al muchachito, que seguía abrazado de su amigo Andy.

El muchacho se quedó en silencio, pensativo.

—Bien, por mientras te decides, vamos a llamar a la mami.

Sebastián le tomó de la mano, y fue al teléfono público, que tenía el restaurante y heladería Diavoletto. Buscó en sus bolsillos algunas monedas, levantó el auricular y depositó dos, se escuchó el ruido de ellas al caer, luego marcó.

—Llamaremos al trabajo de la mami. Y después un rico helado de crema.

— ¿Me acusarás?

—Hijo, debo avisar que todo va bien. No quiero... que la mami, me gruñe como... como un... espera, ¿no le dirás eso, verdad?

El niño asintió.

—Perfecto.

Afuera, parecía que la llovizna ganaba fuerza. Las calles húmedas, parecían espejos, y las finas gotas rebotaban discretas en ese asfalto.

El muchacho observaba, como la gente se movía rápido de un lado para otro, venían en todas direcciones, otras se ocultaban de la llovizna,

apegadas a las salientes de algunos techos, que hacían pequeñas cascadas. Una llovizna tupida, que se sacudía con las ráfagas de viento, soplaban cada cierto tiempo, en largos intervalos.

—Caroline, ¿me oyes?

Había llegado hace una hora atrás, conversó con su padre, el dueño del diario "*El valle*", ese viejo de bigote a lo Chaplin con el pelo corto, algo calvo, fumaba un puro en la oficina, había desayunado un sándwich, lo había dejado a la mitad con las migas en el plato. Vestía una camisa blanca, con llamativos suspensores negros, que habían pasado a segundo plano con la mancha de tomate, palta y mayonesa.

La escuchó y sonrió. —Hija, ¿no estará fingiendo?, tú solías hacerte la enferma también.

Caroline, se hizo la sorda, continuó con su explicación.

—Papá, es gripa, bueno así lo dijo Dilan—rezongó, siguió con su explicación, el atraso se debía al pequeño, su nieto estaba con gripa, bueno así lo dijo el pequeño según Caroline. El doctor tenía la última palabra, y para eso Sebastián lo había llevado.

Luego de una breve explicación, salió de la oficina de su padre. Quería evitar que siguiera con los recuerdos de niña. Su padre continuaba con una sonrisa traviesa, mientras le decía, que a los seis años. Un año mayor que Dilan, ella se pintó de rojo el rostro entero. —Había dicho sarampión. ¿Te acuerdas? —dijo y su padre rió. Caroline suspiró al cielo, giró y lo miró de pie ya afuera de la oficina del gran viejo.

—Perfecto. Papá, entiendo.

—Estará bien, no te preocupes.

Caroline, con suavidad cerró la puerta.

Entró a su pequeño templo del trabajo le llamaba "*oficina*", algo no muy imaginativo, un lugar lleno de periódicos, de notas pegadas en una pizarra de pluma vi, entró rápido con una taza de café en la mano. Afuera el frío calaba los huesos, en aquella habitación de trabajo no era la excepción, miró por una de las ventanas, que tenía a espaldas de su silla, la humedad de los vidrios borraba el exterior, las gotas de lo que pronto sería lluvia recorrían los vidrios. Dejó la taza de café en su escritorio, removió los periódicos, hojas sueltas de miles de artículos. Cuando tomó asiento, leyó el periódico del día, estaba sobre su asiento, aquello titulaba "*Feria del Libro comienza este fin de semana*", se celebraría en el parque Apiac, camino la costa. Tomó el periódico y buscó su artículo, algo sobre artesanía y la pesca deportiva, se preguntaba cuándo escribiría algo de verdad, tomó su taza de café, se sentó y giró su silla hacía una ventana en donde desfilaban gotas, pequeños ríos.

El teléfono, sobre ese escritorio hecho un caos, comenzó a sonar. Contestó de inmediato, tan rápido pensó, una nueva oferta de trabajo, fuera de la ciudad, una ciudad que parecía un pueblo, era como algo intermedio; muy grande, para ser llamado pueblo y muy pequeño, para ser llamado ciudad. A la vez tan rápido como si fuese al mismo tiempo, pensó; Sebastián y su hijo Dilan.

—Amor, dime que se encuentra bien.

—Está todo bien cariño.

—Bromeas

—No.

—Dilan se veía mal.

—Mal pintado, eso podría ser.

—Papá..., no le digas.

Se escuchó la voz de Dilan por el auricular de Caroline y esta última recordó la risa de su padre.

—Pero, por qué se lo inventaría—preguntó, mientras miraba una nota de su padre, "*Cubrir este fin de semana la feria del libro ¡No Faltes!*".

—Dilan, no lo ha soltado aún. Campeón un helado y me dices.

—No.

—Cielo, por favor. Helado, con este frío.

—Tranquila cariño, está perfecto de sano.

—Sebastián—recalcó su nombre, mientras seguía con la vista puesta en la nota de su viejo padre.

—Tomó una pastilla de vitamina "C", es inmune a la kriptonita.

Ella sonrió, se acordaba de que siempre le sacaba una sonrisa, hasta lo más estúpido de él le parecía encantador.

—Un helado y nada más. Y...

—Si al jardín—terminó la frase. —Caroline, no lo olvido. Lo llevaré al jardín.

—Pero papá... ya es tarde.

—Nunca es tarde, para aprender campeón. Caroline y, ¿todo bien en el trabajo? —preguntó, a su vez le sacudía la arremolinada cabellera a su hijo.

—Sí, te manda saludos. Dijo que lo cuidarás del frío.

—Tu padre es un encanto, bueno... cuando quiere serlo.

—Lo sé, te estima aunque no lo demuestre.

—Sí, muy en el fondo. Caroline lo tengo claro. Te amo.

—Mañana vamos con Dilan y Gandalf a la feria del libro.

—mmm. Perfecto, tu padre.

—Sí—dijo, suspiró.

—Vamos entonces, Dilan... te gusta la feria del libro.

El muchacho asintió y luego exclamó con un sí.

—Bueno, nos vemos cariño. Te amo, Caroline.

—Yo también, te amo. Seba, por favor un helado y nada más.

—Te amo—dijo, luego él sonrió.

Al mismo tiempo cortaron la llamada.

—Mi campeón, qué sabor quiere el Superman de la familia.

El muchachito con su oso de peluche tomado, se cruzó de hombro. Frunció el ceño. —Vainilla, y doble de chocolate con frambuesa.

—Perfecto, ahora vamos a despertar a la muchacha, que atiende.

La joven se encontraba sentada en frente del mostrador, con los brazos apoyados en el mesón y su rostro hundido en aquellos delgados brazos, dormía placida, parecía que roncaba. Parecía no querer despertar, más que mal, en el local eran los únicos a esa hora. Afuera en cambio, todo parecía más movido, la fina llovizna parecía ir en aumento.

Capítulo 25

—No creo, que sea difícil.

—Difícil qué.

—Conseguirse otro napoleón. Tenemos que entrar ahora.

La añeja doble puerta de madera de fino roble se encontraba sellada, tres candados con un león dibujado, y un sin número de cadenas, aún con el encintado de no pasar, de llamativo color amarillo con letras negras, que describía una gran equis a todo lo largo, los vidrios pintados de negro mate, para evitar ojos curiosos, además de lucir dañada y polvorienta.

—Precintos de color rojo en los bordes del marco—recalcó Javier.

—Ayer no estaban—afirmó dudoso Tomás, barrió con detalle el precintado, sus ojos clavados y pensativos, un rostro ojeroso y pálido.

—Es el día—aseveró Javier, mientras leía un libro de espiritismo, tomado de la biblioteca municipal.

—Qué día—miró con un signo de interrogación Tomás. —Vaya, lo había olvidado. El día especial. Pensé que lo habíamos dejado.

Metros más atrás sonó el mordisco a una manzana, aquello los había sacado del profundo análisis. Diego yacía oculto en una de las esquinas, parapetado con un ojo atento, por si apareciese algún intruso.

—Continúen, no hay nada alrededor—dijo con la boca llena, mientras masticaba.

El lugar se encontraba, sumido en un silencio inquietante, demasiado se decía Diego en sus pensamientos, por momentos los nervios le hicieron olvidar a Paulina. Recordó, que mucho silencio puede ser una mala señal. Pensaba, que algo pronto estaba por suceder, por regla general, solía ser algo nada bueno. Pronto llovería, lo único que se escuchaba, por ese largo e interminable pasillo de madera, era el fuerte viento, que azotaba los árboles con inclemencia.

—Bueno entonces, ¿le decimos al auxiliar? —preguntó Tomás, encogido de

hombros, mientras le daba unos golpes con los nudillos a las puertas.

Javier en cambio se acercó, examinó las sólidas y gruesas cadenas con los tres candados entrelazados, luego los movió un poco, alguien había reforzado la entrada, alguien también había enviado a ese alguien a reforzar, debido a la culpa de tres muchachos con un napoleón.

—Cielos—exclamó con pesar, la señorita Amelia pensó el muchacho, no había duda, se adelantó a la jugada.

— ¿El auxiliar?, y no has pensado, que ahora cambie de idea, es el día. Lo sabes Javier, el día que ocurrió todo—disparó Diego desde la esquina, había dejado por un momento la vigilancia.

—Pero cree en fantasmas Diego—respondió apresurado Tomás.

—Sí claro, con mayor razón no los ayudará—afirmó el muchacho con otra mordida a su verde manzana.

— ¿Miedo? —preguntó Tomás, apoyó su espalda a la puerta, las cadenas emitieron un débil ruido de acero.

—Miedo, está más que claro. No contamos con él. Lo único que ganaríamos es otra anotación en la libreta—aseveró Javier, había cerrado el libro, se había puesto de cuclillas en el piso de tablones de madera, el único lugar descuidado y polvoriento, la entrada al ala infantil, posó su mochila y lo guardó con cuidado de no doblar las puntas “Almas en pena” titulaba.

—Otra citación—murmuró Tomás con desazón. —ahora sí que sí, no volveré a jugar en toda mi vida.

—Otra citación—respondieron los tres. Javier ya se había puesto de pie, sacudió la base de su mochila y se la colocó a sus espaldas. Diego se acercó al grupo, tanteó también las cadenas.

— ¿Otra citación?—se escuchó una suave voz femenina, desde atrás, proveniente desde la esquina, una esquina, que hace unos pocos segundos era vigilada con sagacidad, por Diego.

Los tres muchachos se quedaron paralizados, de frente a la gran puerta doble encadenada y precintada, sellada. De espaldas a la voz, Javier y Tomás miraron a Diego, que se encontraba al medio de los dos, aún tenía la manzana cerca de su boca, para dar otro gran mordisco. Había quedado con la boca abierta.

—Lo siento chicos—murmuró y luego con lentitud bajó la manzana. Cerró sus ojos, una corriente fría se movía por su columna vertebral, le reptaba

hasta llegar a la nuca.

—Chicos, no soy un fantasma—la voz tan suave volvió a entrar en sus oídos, el miedo o la sorpresa de ser descubiertos de a poco iba aminorando.

—Diego, date la vuelta tú.

—No.

—Diego, por favor. Eres responsable.

—De qué.

—Diego, la vuelta—soltó Javier.

—Vamos, la vuelta—siguió Tomás.

Se decían entre murmullos.

Diego negó enérgico con la cabeza. —de qué, por qué.

—Eras el vigilante.

Diego suspiró.

—Está bien, por lo menos no es un fantasma. De todo el todo rato que estuve observando, sí..., no había nadie. Lo juro, solo el viento de afuera, y los árboles, nada, pero nada más. A parte ya es tarde, a quién se le ocurriría venir a este lugar—comenzó con lentitud a darse la vuelta.

—Para la próxima, entonces, que Tomás vigile. Chicos...—enmudeció con las últimas palabras, interrumpidas, dio un paso hacia atrás, y la manzana rodó por los polvorientos tablones.

—Qué sucede—preguntó Tomás.

— ¿Quién es?, vamos di algo, Diego—murmulló Javier, mientras se acomodaba la mochila.

Comenzó con un molesto tartamudeo, miró la manzana rodar, y volvió la mirada hacia la figura que tenía frente a él.

—Pa... u... lina—dijo el muchacho de cabellera rebelde de ondulaciones de color castaño claro, su piel tostada ahora había tomado un tono rojizo, el palpito de su corazón galopaba y subía por su garganta.

Capítulo 26

La nueva Polaroid era un regalo de su Padre, estaba puesta sobre la mesa del escritorio, un escritorio ahora con menos periódicos, habían sido reemplazados con las fotos de su familia, en su mayoría de su hijo Dilan, sus observaciones iban en torno a la nueva Polaroid de fotos instantáneas y las múltiples fotografías regadas en la mesa, como en un gran abanico. Al lado de la cámara una papel escrito con puño y letra del padre de Caroline, el cual indicaba; *"Un regalo con todo el cariño. Hija, ha pasado un año. Mira tengo a María, para cubrir El San Petrie, después de un interminable y agotador año de la tragedia. Ahora, si quieres hacerlo. Sé que te afecta todo lo relacionado, pero pienso, que tal vez, si tú lo cubres, de alguna forma te ayudará. Con todo mi corazón, tu Padre"*.

Tan pronto, terminó de leer aquel papel escrito, con elegante caligrafía, propia del dueño, del periódico de la ciudad, una ciudad que se encontraba entre la delgada línea de ser un pueblo, tomó la nueva cámara Polaroid, su marca favorita, así lo sabía su padre.

No era la única cámara, que tenía de esa marca, pero destacaba con diferencia, pues era del año, una Polaroid; modelo *"Supercolor SE 635"*, de una medidas 15 por 15 por 14,5 cm, así rezaban la indicaciones del folleto, que estaba al otro costado de la nueva cámara instantánea.

Una cámara de color negro con una banda celeste al costado derecho frontal, abajo en donde terminaba la banda pintada de celeste, estaba escrito con letras blancas, *"Supercolor"*. —Supercolor—leyó en voz alta, y con letras azules indicaba su modelo *"SE 653"*, en lo alto estaba la ampolleta de flash, en su costado un recuadrado de varios colores de arcoíris, y seguido de la marca escrita en blanco *"Polaroid"*.

—Bien, con obturador electrónico integrado, cartuchos de película tipo 600. Fabricación americana—leyó, luego dejó el folleto sobre la mesa en el mismo lugar de donde la había cogido. —Perfecto, aunque..., no dejó mi Polaroid 450 con fuelle, son cosas de cariño—se dijo en voz alta, se levantó de la silla, tomó la cámara, luego su bolso, abrió el cierre y vio su ahora vieja Polaroid 450 con fuelle oscuro y estructura cromada, sonrió y cerró. Pozo su bolso en su hombro derecho, luego el regalo de su padre puesto sobre su cuello, se veía bien a la altura de su pecho, combinaba con el anorak de color café crema claro, con esos botones gigantes café oscuro, estaba lista para el trabajo, llevaba botas de cuero que hacían

juego con su anorak, al igual que su pantalón de cotelé.

A un año del incendio en el ala infantil del San Petrie, ese incendio con sus enormes y largas garras, como ramas desnudas de siniestros árboles, habían capturado, aprisionado los tablones, carbonizándolos, y a los muros de concreto, teñido en cenizas. A un año, donde su mundo había cambiado, un año pasado. Su amor Sebastián, su pilar, eso no había cambiado, al igual que la cruz de ramita, que aún colgaba de su cuello. "Esperanza", pensó.

Salió de su oficina, se frenó de frentón en el marco de la puerta, volteó y miró aquel desorden, no había cambiado en nada. Luego un vistazo a la pizarra de pluma vi, fotografías y recortes del periódico, imágenes congeladas en el tiempo pensó, las había entrelazado con una fina cuerda roja, con chinches clavados en cada imagen, cada recorte de una noticia después de un año, como un detective que busca al culpable, en una enmarañada red arácnida.

Observó con atención y silencio, al centro, todo convergía a una sola imagen, la fotografía en blanco y negro de Alexander Olmos Rodríguez, "El asesino incendiario", al lado de esa siniestra fotografía, que a pesar del tiempo, a Caroline le producía escalofríos, un papel blanco rectangular, pegado con dos chinches verdes en cada esquina superior, con plumón rojo con letra imprenta, hecha a mano, con su propia mano, escrito otro nombre, seguido de un gran signo de interrogación: "**THOMAS MIELER ?**".

La puerta la cerró de golpe, suspiró a fuera de su oficina, sudaba frío, los nervios mezclados con ansiedad, un año de la tragedia. "Esperanza", pensó.

Capítulo 27

Helado de vainilla con doble de chocolate y frambuesa, eso fue lo que salió de los labios de Dilan, al instante que la adormilada muchacha del Diavoletto en el sector de heladerías, había por fin abierto los ojos, y dejado a Morfeo a un rincón del mostrador.

—Perdón, es que... anoche no dormí bien...—habló con dificultad y algo de sorpresa la muchacha, seguido de un bostezo.

—No hay problema—dijo encogido de hombros Sebastián. —pero, disculpe tiene... algo ahí, en el lado derecho.

— ¿Qué tengo? —preguntó la muchacha, enseguida se refregó con su mano.

—No, A mi derecha, eso ahí.

—Gracias—dijo con el rostro colorado, el sueño por momentos se había ido a otro lugar, con premura se limpió un poco de saliva seca manchada en la comisura del labio superior. —Bueno, que van a pedir—sonrió.

—Yo un helado de chocolate, puede agregar un galleta soda.

—A mí también—gritó entusiasmado Dilan desde abajo del mostrador, su rostro le quedaba justo a la altura del vidrio, contempló los recipientes con cada color de sabores. —Vainilla, doble chocolate y frambuesa con una galleta soda—replicó.

La muchacha miró a Sebastián. —Sí, claro, eso también para mi hijo, por favor—replicó el padre.

—Perfecto, si gustan pueden tomar asiento.

Escogieron la mesa, que se encontraba de frente al mostrador, justo apegada a la ventana. La lluvia ahí afuera de a poco tomaba forma.

—Un helado, y nos vamos al colegio.

Dilan, miró primero a su oso de peluche Andy, luego de unos segundos de resignación, asintió. Luego giró para mirar hacia afuera, por ese gran ventanal, un hombre con chaqueta impermeable de color amarilla, de un momento a otro, se le soltó de sus manos el paraguas de llamativos

colores a cuadros rojos y blancos, el viento lo había mandado a volar por la vereda, aquel sujeto comenzó a correr tras de su paraguas, como sí su vida dependería de ello.

Capítulo 28

La apacibilidad del bosque y los ruidos del crepitar de las ramas, pasos discretos y ágiles de pequeños animales silvestres, una brisa movía las ramas y echaba a volar las verdes hojas, por lo alto de un cielo iluminado, ese sol que se colaba, tapado por enormes árboles, sus frondosas ramas en una extensa rejilla a todo lo alto. Una tranquilidad, interrumpida ahora, por el ruido de los pasos de seres humanos, voces que pronunciaban a viva voz dos nombres. Se movían en pequeños grupos con la intención de cubrir los rincones de la espesura, la viva naturaleza.

— ¡Dilan!

— ¡Catalina!

Lo nombres, parecían rebotar en cada árbol, viajaban por la brisa, llevados a los lejos por el suave murmullo de las ramas, los gritos de los grupos de búsqueda se hundían en silencio.

Colina arriba, los pasos de una mujer, buscaban tan rápidos y ágiles entre la voz a todo pulmón — ¡Dilan!—, no se cansaría nunca de buscar, la otra mujer también al gritar el nombre de su pequeña hija “Catalina”.

—Conozco este lugar—se escuchó a espaldas de la pelirroja Susan, Héctor había hablado, desde un largo rato de silencio, en donde sólo se dedicaba a dejar marcas en los arbustos, pequeños cintos de color blanco y amarillo, temía que sus hijos no fueran los únicos en perderse.

— ¿De dónde? —preguntó Susan, luego gritó el nombre de su pequeña hija.

—Colina arriba, se encuentran casas hechas de madera, cabañas algunas, son de las primeras familias, que vinieron a asentarse en este pueblo, que pronto fue ciudad—dijo el marido de Caroline, mientras sostenía con fuerza la correa de Gandalf.

—De qué año hablamos—preguntó Susan, había frenado en sus pasos, para quedar en paralelo con su marido, Sebastián iba adelante con el cachorro pastor alemán, al lado de Caroline, los cuales también disminuyeron velocidad, esperaron al matrimonio, y una vez estando todos juntos caminaron en una sola línea.

—1600 y algo—entre duda y afirmación soltó Caroline, mientras intentaba recordar, aquellos periódicos antiguos, mucho más añejos, anteriores al periódico "El Valle" del cual era dueño su viejo Padre.

—1690, para ser exacto. Un año antes que se pusiera la primera piedra de la iglesia "El Sagrario", la cual fue edificada ya con seriedad de terminarla en 1693—contestó a las dudas Héctor, luego tomó la mano de su esposa y miró arriba, veía como se colaba el sol entre las miles de ramas.

—Caroline, la iglesia que tomó tiempo en ser construida, debido a diferencias... digamos abro comillas "*diferencias de creencias entre los pocos habitantes del pueblo*"—complementó Sebastián, su perro lo había mirado con rostro temeroso, era extraño, pero parecía haberlo hecho. Caroline sintió un breve escalofrío por su espalda.

—Esta historia, la sé, amor. Mi padre me la solía contar, pero la gente exagera con el tiempo, vamos por favor no creerás, la gente que vive en el bosque suele inventar muchas historias—dijo con una sonrisa apenas dibujada de sus labios, luego lo abrazó. Sebastián hizo lo mismo.

—Sí, claro. Inventarían..., pero el periódico de aquella época, guardado con mucho cuidado en la biblioteca municipal, no miente al momento de...

—Al momento de hablar las atrocidades, que la iglesia cometió—interrumpió Caroline, de inmediato se hizo un moño, amarró sus claros cabellos rubios. Sus ojos azules, mostraron temor, y miraron a Héctor, quien al igual que ella, tenía miedo de seguir, así se le veía, las ojeras de no dormir bien, los ojos oscuros color café de inmediato bajaron al suelo, se sacó el gorro de montañista y lo guardó en el bolsillo trasero de su pantalón, dejó entre ver la calvicie disimulada con un corte a ras.

—Falsas o verdaderas, por ese tiempo se derramó mucha sangre—murmuró Susan, la mujer pálida de pecas en las mejillas y en los bordes de puntiaguda nariz, la pelirroja apretó la mano de su esposo y le regaló una sonrisa.

—Más bien, aunque entiendo, que es un decir—dijo el marido de Caroline, luego gritó el nombre de su hijo.

—Lo de "*se derramó sangre*" —acotó Susan.

—Sí, Susan. Porque, para ser exacto..., La iglesia—se quedó en silencio Sebastián, había escuchado algo en las alturas, en aquellas ramas, que movía un sigiloso viento.

—Se quemó a gente inocente—sentenció Caroline.

Hubo segundos de silencio, y luego volvieron a la búsqueda. Volvieron a gritar los nombres de sus hijos.

No habían pasado más de cuatro minutos de caminata colina arriba, entre voz alzada con el nombre de sus pequeños. Encontraron un sendero, lo siguieron con interés, apuraron el paso aún más, Gandalf el cachorro hizo lo mismo entre ladridos desesperados.

—Una casa...—dijo una de las mujeres, para ser exacto la pelirroja Susan, mientras tomaba aliento.

Una casa hecha completa de madera, con paredes de delgados troncos oscuros, y techo de paja algo quemado. Una casa, como sacada de cuentos antiguos, dos ventanas con los postigos cerrados. Las dos llamativas ventanas cerradas, una a cada lado de la puerta principal también cerrada, algo derruida, de un aspecto tan añejo como toda la construcción, un sendero de piedras guiaba el camino a ella, fue como si de un momento a otro, viajaron al pasado, y luego fuesen mandados de vuelta, para contemplar el pasar de años y años, una casa en pie, petrificada por las agujas del reloj, o el pasar cauteloso y con desesperación a lentitud pasmosa de fina arena, un estrecho camino, en descenso, por un reloj de arena—1690—murmuró Caroline.

El perro, ladró a un pequeño letrero hecho también de madera, añejo roble, con una larga estaca clavada en la tierra, en el frontis de la casa, aquel letrero con surcos tallados y en sus bordes quemados tenía algo escrito.

—Abazia Elarti - familia—Caroline leyó en voz alta, y tan rápido como sus labios se silenciaron, un viento, como una suave y gélida brisa, había acariciado los rostros de los cuatro, se estremecieron, como si fantasmas antiguos y olvidados, hubiesen traspasado aquellos cuerpos vivos y materiales, los congelaron, los llevaron a tener miedo y una respiración tan fría que el halito era como nieve saliendo de sus congelados labios.

Capítulo 29

El flash iluminó en un haz frío, un memorial rebosante de velas de todos colores, con multitud de fotografías de cada pequeño y pequeña fallecidos en el incendio, con una maestra de ojos llamativos, los chinches multicolores sujetaban cada esquina de cada fotografía, con esas imágenes capturadas, que congelaban el tiempo, después de un año, sigue en la memoria tan fresca aún, en el alumnado, en los maestros y maestras los cuales murmuraban sobre la siniestra ala infantil, ya desde un año clausurada, parecía que respiraba bocanadas inmensas de algo oscuro. En la memoria de la Vicerrectora Amelia Aguilar Hitchman, la cual temía la maldad, la conoció hace unos años atrás en los ojos del auxiliar, es por eso desde ese momento, puede ver a esas almas insidiosas. Más fresca aún en la memoria de los padres. Pero en los padres de la pequeña Catalina, una niña de cabellos rojos como su mamá, como su hermana, seguía el dolor, tan vivo y tan desgarrador. La esperanza cada, minuto, cada hora, y cada día la cuidaba Sebastián, esperaba que todo fuese, un mal sueño, más bien una pesadilla, que Caroline luchaba por despertar. El San Petrie le respiraba, un fuego helado a su rostro.

Siguió absorta con su nueva cámara Polaroid, sujeta en sus manos, apuntó una vez más, esta vez centró el flash en aquel rostro tan conocido para ella, "*Ojitos Siberianos susurró*". Una blanca y delgada mano salió en el cuadro fotográfico, al momento de fotografiar una segunda vez, aquella mano sostenía una rosa de un rojo vivo, la cual era sujeta con un trozo de transparente cinta adhesiva. Caroline soltó su Polaroid "*Supercolor SE653*", retrocedió por la impresión, un momento, un grito ahogado, pensó "*La mano de su amiga*", luego recordó la cámara, respiró, aún colgaba de su cuello.

—Señora Caroline, perdone, yo no quise.

—Paulina, disculpa yo..., fue mi culpa, estaba en otro lugar.

—Entiendo, todos estamos así, como en otro lugar.

— ¿Tus padres? —preguntó con voz baja.

—En casa, esperando—respondió, entre pasos hacia atrás, no quitaba sus ojos perdidos en el memorial, aquel conjunto de velas encendidas le iluminaba el rostro en un suave tono anaranjado.

— ¿Aún nada? —preguntó Caroline, los nervios de una pregunta incomoda y vana le hacían mover los dedos de unas manos temblorosas, que sostenían la cámara.

—Nada. ¿Y usted? —la muchacha le miró de soslayo.

Caroline desvió la mirada, fueron segundos nada más —Nada aún—respondió y volvió sus ojos azules a la muchacha.

—Me creería si le digo, que he soñado con este día.

—Disculpa. Qué quieres decir con eso—sus ojos azules se abrieron de par en par en vivo interés, habían capturado algo, sus manos aprisionaron la cámara.

—He soñado varias veces, yo parada aquí en este memorial a un año del incendio, es más compré la misma vela de mis sueños, ese mismo color, y la misma rosa. Necesitaba que se cumpliera—esta vez la muchacha de cabellos rojos, giró por completo y quedó de frente ante la mujer que aprisionaba con fuerza una cámara fotográfica, como quien sujeta y cuida su corazón de no ser lastimado por enésima vez.

—Cumpliese—susurró la mujer.

—Que usted estuviese aquí, soñé que usted estaba parada ahí mismo, con una cámara fotográfica en mano, es más, justo en el momento que yo colocaba aquella rosa al lado de la maestra Eliana, un flash iluminaría mi mano. Entiendo, sé que es difícil de creer. Pero...—se interrumpió y volvió a mirar al memorial, directo al rostro congelado de la maestra, a esos ojos que pareciesen vivos en la fotografía.

—Entiendo, sueños y pesadillas nos han llevado al lugar en que estamos todos—Caroline se acercó al memorial, aquel le llegaba a la altura de la cintura.

— ¿Qué quiere decir con eso? —esta vez preguntó la muchacha.

—Tus padres té contaron lo ocurrido en el bosque.

La muchacha, guardó silencio y luego asintió.

—Paulina, qué más has visto en tus sueños—dijo y luego posó sus ojos de un mar azul de confusiones, como aguas turbias en tormentas de miedo, miró la fotografía de su amiga de la niñez, escudriño en esos ojos siberianos congelados.

—Tres muchachos de mi curso, ellos ayudarán. Están buscando,

investigan lo ocurrido.

Caroline, se giró y miró a la muchacha. Analizó su rostro. No mentía.

—Debe ser hoy, ellos una vez terminen las clases. Lo intentarán.

—No entiendo muy bien, qué es lo que intentaran. Paulina, necesito saber. Por favor.

—Entrar en el ala infantil, más preciso en el salón de clases en donde ocurrió todo. Pero algo me dice...—volvió a callar sus labios ante dudas y temor.

—Dime, siempre hay un pero, qué dice... ese pero—preguntó a la vez que se acercó a la muchacha. Caroline había soltado una discreta lágrima titubeante.

—Necesitan, que les ayudemos.

— ¿Cómo?

—A entrar.

—Niña, qué te hace tan segura, que es así como serán las cosas.

—Soñé con este día. Y soñé con el oso de peluche de su hijo, estaba sobre el pupitre, uno de los tantos de un salón de clases lleno de cenizas, oscuro y abandonado, y una figura que me hizo temer perder a mi hermana para siempre, colgaba de los pies, en el techo del salón de clases.

—Y una cicatriz enorme, horrenda en su rostro—dijo la mujer, había dejado la presión con fuerza de sus delgadas manos a su nueva cámara, las llevó con suavidad a los hombros de la muchacha, que vestía una camisa blanca y un chaleco verde oscuro del uniforme escolar.

Paulina, entre un temblor que apareció casi imperceptible en la comisura de sus labios, un discreto y susurrante sí.

—Dime entonces Paulina, qué debemos hacer, para ayudar.

—En la tarde, no sé cómo y porque, pero sé señora Caroline, ellos estarán en la puerta de ingreso al ala infantil, estarán viendo la forma de ingresar.

Caroline asintió —En la tarde entonces, volveré aquí.

—A las seis—aseguró la muchacha.

—A las seis—sonrió con nervios inseguridad y esperanza, Caroline.

—Ahora necesito tomar una última fotografía, si me permites. El timbre de inicio a clases sonó.

—Está bien, cuídese por favor.

—Lo haré.

—Quiero a mi hermanita de vuelta.

—Y a mi hijo.

La muchacha caminó en dirección a uno de los tantos pasillos del enorme San Petrie. Y Caroline antes de dar pie al inicio de su reportaje, una última fotografía, encuadró perfecto y apuntó, presionó el botón, el flash iluminó en un ancho espectro a una rosa, la imagen de un rostro tan vivo como aquellos ojos siberianos.

Capítulo 30

Las aceras húmedas, y por las cunetas de ellas como un riachuelo embravecido corrían, hasta perderse como un barco de papel en un naufragio por las rejillas del alcantarillado, en el borde la solera. Las hojas secas, húmedas se fusionaban, formaban pequeños diques, grandes represas algunas hormigas se aventuraban en un cruce, se jugaban la vida. Dilan las imaginaba con pequeños chinches de paraguas, diminutos chinches de colores. El pequeño les miraba, la llovizna cada vez era más tupida, miró al cielo, entre medio cerrado los ojos, finas gotas le mojaban su rostro, nubarrones grises.

Se sacudió los cabellos rebeldes, esos mechones húmedos que rosaban, se pegaban en su frente, se puso en pie, y caminó a donde estaba su padre, cerca del automóvil, y abrió la puerta. Una máquina que no quería ahora arrancar, el motor emitía molestos ruidos como un catarro de perro moribundo.

—Está enfermo papá—entre pregunta y afirmación. Su padre le miró y sonrió, mientras le daba contacto.

—A lo mejor, hijo le has pegado esa extraña enfermedad. Es raro, de un momento a otro, no quiere partir.

El muchacho miró a su amigo oso de peluche, aquellos ojos, los miró hundido en esos pequeños oscuros, profundos y brillosos como espejos.

— ¿No quiere moverse? —preguntó el pequeño.

—No, pero lo hará. Necesito cumplir con lo que le prometí a tu madre. Dejarte en el colegio sano y salvo.

El muchacho, podía llevarse por la imaginación desbordante de su edad, vio a su abuelo, juró haberlo visto, furtivo con el capot abierto, cortando cables, y sacando piezas del automóvil, las lanzaba por los aire, mientras le decía desde la distancia. —Esto es por ti Dilan. ¿Querías una ayuda?, pues aquí está la caballería. Fuera piezas, Fuera motor, Dilan. Vamos mi pequeño nieto. ¿Una mano no estaría mal?

—Hijo, por qué sonríes. Sí, entiendo, no tengo ni la remota idea de arreglar automóviles, pero juro que arrancará un intento más y...—giró la llave, no arrancó. —Pues bien, otro intento más—volvió con el giró con la llave de contacto, no arrancó, el sonido del motor, como la tos de perro

envenenado.

El pequeño Dilan, subió al automóvil. Sentado con los pies en el aire, en ese enorme asiento, abrazó a su oso de peluche Andy, luego miró a su padre como intentaba una y otra vez.

—Vamos.

Otro intento en vano. Mientras Dilan miraba atento.

—Hijo, paciencia. Vamos.

“Tengo mucha paciencia”, se dijo el pequeño a sus adentros. Su padre contaba uno, dos y tres. Nada.

Un último intento, así lo dijo Sebastián. Giró la llave, nada. Se quedó en silencio, y volvió en otro intento más. Por fin, un alivio, el automóvil había vuelto a la vida. Se encendió la radio a un volumen alto, su padre saltó hacia atrás, no fue la sorpresa, no fue el imprevisto al silencio, o al motor por partía. Fue la radio, más bien la canción en una emisora de radio, que en ese dial no tenía señal, pero ahora algo había cambiado.

“I see a band of angels and they’re coming after me”

Su canción favorita, la canción de su padre, eso le hizo soltar el volante y la llave con tanta rapidez como descarga eléctrica.

El muchacho hizo lo mismo, luego miró hacia atrás, en los asientos traseros, y ahí estaba su abuelo, quien le miraba serio, con un rostro pétreo. Giró su cabeza en un gran NO, y luego miró por la ventanilla del lado derecho. Observó la llovizna caer, luego volcó sus vista a su nieto, y con el dedo índice en un gesto simple, le indicó silencio.

La canción seguía su curso. Y el automóvil con su ronroneo.

—Bien—suspiró Sebastián.

—Y ahora—preguntó el muchacho sin soltar al oso.

—Vámonos, ya estamos bastante atrasados. Tú, campeón al jardín y yo al trabajo.

La música seguía su curso, el día seguía su curso cada vez al final, cuando la oscuridad, la luna y sus estrellas entran en función. Sería un día diferente, un día que lo cambiaría todo. Su padre coreaba la canción puesta como extraña coincidencia en la radio del automóvil.

Capítulo 31

Un último disparo de su cámara e iluminó un ancho espectro con el flash tan potente, que borró un instante, como un pestañeo la tenue luz mortecina de esas incontables velas del memorial.

—Caroline. Tu padre ha cambiado de opinión.

Aquella voz, la había despertado de su concentración en la búsqueda del mejor marco, de ese preciso ángulo, la mejor imagen capturada de su nueva cámara, aún no se acostumbraba. Miró entonces en un dos por tres. Sonrió.

—Amelia, ¿cómo va todo? —Dijo, luego caminó unos cuantos pasos alejándose del memorial, le saludo una vez más.

—Hola—contestó, aquella alta mujer de perfecto moño y vestimenta formal al saludo. Las dos se abrazaron.

—Amiga, vamos cómo va todo—preguntó por segunda vez la vicerrectora. Caroline respondió en silencio, una seña de lo difícil de una situación, de esos miedos que le atormentaban. Amelia comprendió, la miro en silencio, no sabía que decir.

—Qué prefieres primero, un recorrido por cada rincón o iniciar con las entrevistas...

—Por cada rincón del colegio—respondió la mujer.

— ¿De verdad?—preguntó Amelia. En su rostro se podía ver sus pensamientos. Aquel lugar cubierto de cenizas.

—Sí. Necesito hacerlo. No me acercado desde... la última vez. ¿Sabes?

La mujer de altos tacos y larga falda se cruzó de brazos, luego miró al piso de baldosas brillante del *San Petrie*.

—No, no te preocupes. No pasa nada—había dicho. . —desde el punto de vista del trabajo, debó hacerlo. Sabes que es así.

—Es personal, eso no me lo quita nadie de la cabeza—Amelia sonrió se

ajustó sus lentes con la mano derecha y miró a su amiga.

—Vamos qué dices—preguntó la reportera del diario de la ciudad.

—Vamos entonces por ese recorrido—respondió con un profundo suspirar, una profunda inhalación de oxígeno, tan pronto exhaló. — ¿Quieres antes un café?, está poniéndose muy helado, el viento cada vez aumenta. Y bueno una taza de café no iría mal—le dijo. El timbre sonó otra vez, daba por inicio a las clases, alguno que otro muchacho corría entre los pasillos, para no llegar tarde. “Sin correr” gritaba Amelia, mientras los miraba, corrían y se empujaban alguno entre risas.

Las dos amigas fueron a por esa taza de café caliente.

Capítulo 32

Hielo, eso era lo que se dibujaba en la respiración que emanaban, el bosque los rodeaba, los inmensos árboles en su centro a las alturas, como una gran rejilla cerraban el paso de los rayos del sol, la brisa helada recorrió todo el lugar en un extraño y anormal círculo.

— *Abazia Elarti - famiglia*—repitió con más fuerza en la tonalidad de su suave voz, tragó saliva, y miró al resto. —Abazia Elarti, la profesora. Mi amiga desde la infancia.

—Los antepasados, sí. Vivieron—cerró Héctor, el historiador del grupo.

—Sí, luego del incendio fue eso...—murmuró Caroline, con miedo extraño de ser escuchada, tal vez por esa rara brisa, que movía los árboles en misteriosos ruidos de ramas y hojas.

—En recuerdo a ella, y sus antepasados. Aquí, en donde vivía los Abazia. Hace muy poco luego del incendio, los abuelos de ella dejaron esto puesto a la entrada—dijo esta vez Caroline con más fuerza en la tonalidad de su voz, los murmullos los había dejado de lado.

—Como un recuerdo, lo entiendo. Algo sé de los Abazia. Fueron tiempos difíciles, 1690 y algo... como se dice. La iglesia...—acotó Héctor.

—Lo calló todo con fuego...—lo dijo con molestia, con aversión en su mirada, un rostro compungido de la colorina. Susan, sintió algo en su corazón. Tristeza y eso le ahogaba, así la delataba su rostro blanco y pecoso.

El perro comenzó con unos ladridos desesperados, gandalf miró aquella puerta cerrada con grueso candado. La brisa parecía ir en aumento. Caroline y Sebastián se tomaron de la mano, Susan y Héctor hicieron lo mismo, presionaron. Estaban a unos quince metros de aquella puerta, de esa casa de madera, y a centímetros de los apellidos tallados.

Se miraron. Caroline dio los primeros pasos, un pie derecho en el inicio del sendero de piedras, un camino que llevaba a la casa. Sebastián soltó al cachorro, algo sintió, para él difícil de descifrar, dejó que la correa resbalara por manos y dedos. El perro corrió a toda velocidad, movió sus patas ágiles, como en su sueño. Se paró seco en frente a la puerta, un ladrido y luego olfateó desesperado los bordes, por debajo de ella e

intentaba con las patas cavar en un piso añejo de madera derruida.

La brisa parecía que acompañaba a la mujer, había llegado a la mitad del sendero pedregoso, los demás le siguieron. Sebastián se adelantó y la tomó de la mano.

—El viento es extraño—murmulló la mujer.

Susan, escrutó el espacio de un cielo cubierto de ramas y verdosas hojas.

—Como si dijeran algo—dijo la peli roja.

—Entre susurros—afirmó Caroline sin pegar ojo de la casa. Gandalf seguía con sus garras en la madera. —El viento susurra—reafirmó.

— ¿Es extraño o no? —preguntó Héctor, miró a su alrededor, con su Susan tomados de la mano, se acercaban a paso lento al lugar en donde estaba de pie Caroline, frente a la entrada.

— ¿Qué cosa cariño?

—Es temprano, y parece... quiero decir parece un atardecer—dijo y la miró. Susan asintió con la cabeza.

Sebastián tomó de los hombros a su esposa.

Los cuatro estaban enfrente de esa derruida casa, unos escasos centímetros de averiguar la forma de como entrar. Una casa que estaba en sus sueños, les invitaba a entrar. Había algo afuera, la luz del sol se opacaba, algo afuera en los alrededores de ese hogar, observaba y esperaba.

Gandalf el cachorro pareciese, que también lo había soñado. Buscaba la forma de estar dentro y a lo mejor estar salvo.

Los cuatro en frente, Caroline dio un paso, los tablones crujieron tan añejos, tan agrietados, como si la casa entera crujiera con ellos. El viento hacia lo suyo en las alturas, con un sonido orquestado de ramas.

Las cadenas algo oxidadas, de un candado que brillaba llamativo. No tenían la llave, y no sabían cómo. Algo raro de seguro en el ambiente los rodeaba, algo raro tenía esa casa, sin llave alguna, pero sólo bastó el rose de la yema de sus dedos, el candado cedió y tan rápido lo hizo fue a parar en los añejados tablones.

Caroline sintió un susurro, una suave voz de una mujer, miró a su marido que estaba al lado derecho de ella, luego miró por encima del hombro, a

sus espaldas Héctor y Susan habían retrocedido unos pasos, unos pocos centímetros, tragarón saliva, parecía que habían tragado sus miedos, como si el corazón, por momentos se les escapaba en un grito ahogado.

Las ramas en las alturas, esos rascacielos de árboles se movían de a poco, algo agitados, y ese ruido ya de un crepitar de incontables ramas, ocupaba todo e invadía el silencio.

El cachorro bajó la cola, y levantó sus orejas. Gandalf se había puesto delante de ellos, miró en silencio. Parecía que el perro estuviera alerta, tanto que eso helaba aún más el ambiente en los cuatro corazones. Los postigos de las ventanas, parecían oscilar con suavidad, así lo vio Sebastián por el rabillo del ojo. Unos postigos de madera gruesa, sin pintura alguna, se escuchaba el ruido de los pestillos en cada lento vaivén. Una casa completa de madera, parecía emitir un suave murmullo, un crujir débil, casi inaudible, pero ahí estaba, como respiración de viejos pulmones fatigados.

La puerta se abrió lento, tan lento y desesperante en un crujido ruidoso de viejos robles, y oxidadas, secas bisagras.

Capítulo 33

—Bien, vamos Campeón hemos llegado.

Las finas gotas rebotaban en el capot del Chevrolet K5 Blazer, una tupida llovizna que repiqueteaba y hacía ruido dentro del automóvil. Lo dejó en el estacionamiento del colegio. Al frente el San Petrie, el colegio estaba con sus puertas cerradas.

En los amplios escalones de la entrada, con un paraguas color azul marino y botines de un café oscuro, tacones altos, falda larga y cubierta hasta el cuello de una larga chaqueta impermeable color gris claro. Amelia Aguilar Hitchman, los miraba sostenía firme su paraguas y su cabello tan pulcro y bien amarrado, su anteojos de marco negro, la otra mano en el bolsillo de su chaqueta con la cara sin expresión.

—Amelia, genial. Tu mamá nos tiene vigilados, y mandó..., es que nunca sonreí—se preguntó en voz alta.

—Sí, pero cuando me ve—dijo el muchacho.

—Perfecto, debes entender que no todas las amistades de tu madre me tienen simpatía, digamos que para ellas soy... bueno las cosas cambian y vamos se quedan con la imagen de años y años y años. —dejo de repetir al darse cuenta que su hijo le miraba con atención. —le dirás a tu madre, qué no simpatizo con algunas de sus amigas.

El muchacho negó con la cabeza.

—Bien, vamos a donde la tía Amelia. Vamos, si estuviera vestida de negro entero sería la muerte—exclamó. Se equivocaba, la muerte estaba en otro lugar y tenía otro nombre.

—Buen día, Dilan. Sebastián.

—Buen día. ¿Cómo va todo? —preguntó él.

—Todo bien, Caroline llamó, dijo que el muchacho estaba resfriado—respondió, y de inmediato le pasó el paraguas al pequeño.

—Nada de para preocuparse—respondió mientras sacudía los cabellos del

muchacho.

—Caroline, dijo que se había acostado tarde.

"*Caroline, por favor*", pensó Sebastián.

—En fin, debó ir al trabajo. Así que, campeón te quedarás con la tía Amelia. ¿De acuerdo?

El muchacho asintió.

—Cuídate Sebastián—dijo con una sonrisa la mujer, una sonrisa que mostraba esa blanca y perfecta dentadura.

—Siempre lo hago, paso en casa y cuando salgo es con Caroline, mi hijo y el perro—sonrió entre dientes. —bueno, en fin nos vemos. Nos vemos campeón.

El muchacho se despidió con su mano. La vicerrectora, hizo lo mismo. Después ambos se dieron media vuelta, Sebastián en dirección a su automóvil, y Dilan con Amelia de la mano hacía el San Petrie. Una puerta se abrió, la puerta principal del colegio, unos ojos siniestros y vigilantes. Un hombre con corte a ras, un auxiliar había ayudado en abrir esa puerta del colegio, su nombre; "*Alexander Olmos Rodríguez*", así solían llamarle.

Capítulo 34

Estaba frente a ese lugar, un año había pasado. El corazón se agitó por momentos, tragó saliva y presionó su ansiedad, presionó esa desesperación y la llevó muy al fondo de su alma, la guardó, un intento incomodo de fingir que todo estaba bien, estaba de pie, pero parecía que flotaba en un espacio infinito, y una gran puerta cerrada le mostraba la realidad de cara a cara.

—Todo bien Caroline—preguntó su amiga. —Todo bien—volvió con la pregunta, Caroline en cambio estaba perdida con sus ojos puestos en el pasado, un pasado que ahora volvía.

—Caroline, ¿estás bien? —por tercera vez volvió con la pregunta, con una mano en el hombro izquierdo y una pequeña sacudida.

Caroline le miró, no había escuchado bien, pero lo suficiente para decir con lentitud —No... pasa nada, va todo bien—mintió.

Tomó su nueva cámara, la miró por unos momentos.

—Nueva, ¿regalo?

—Sí, mi padre. No..., creo que cambiaré a mi antigua regalona—dijo y sonrió.

La guardó en el bolso, tan pronto con unas temblorosas manos y una profunda respiración, sacó del mismo bolso su vieja cámara —Pasaré tiempo, mucho tiempo, para que te cambie mi querida amiga—dijo, la observó por unos breves segundos, una Polaroid modelo 450 con fuelle oscuro y estructura cromada, una cámara instantánea.

La preparó, para una sesión de fotos, sus manos aún las movía con algo de dificultad. Amelia se dedicó en cambio a mirar en silencio.

—Perfecto—dijo Caroline —todo listo, ahora a trabajar.

—Caroline, ¿es necesario que me quede aquí acompañándote?, necesito ir a mí oficina—dijo la joven vicerrectora.

—No, tu tranquila estaré bien—dijo a la vez que, apuntó hacia una puerta encadenada y con varias candados. —Amelia, puedo hacerte una

pregunta.

—Dime.

— ¿Por qué tantas cadenas y candados?, no entiendo. No será mucha protección, nada escapará en ese...—preguntó.

—Descuida, todo lo contrario.

— ¿Cómo?

—Es para evitar intrusos—respondió.

Caroline bajó su cámara, miró dudosa.

—Unos muchachos ayer fueron sorprendidos. Un napoleón, esos para cortar cadenas algo así. Bueno, ese es el motivo.

—Y dónde.

—La sacaron del taller de uno de los padres. Muchachos—suspiró—todo el día..., se la pasan tramando en hacer alguna de las suyas—sonrió.

—Pero, citaste a sus padres y la devolviste.

—Ni loca, Aún la tengo en mi oficina, les dije a los padres de los angelitos, que por ahora, quedará en mí poder. Este día, es un día complicado—bajó la mirada—No quiero..., los muchachos dicen ver cosas, pero...—se quedó en silencio.

— ¿Fantasmas? —entre pregunta y aseveración dijo Caroline. Interrumpió un dialogo, que por momentos abstraigo a una mujer, que temía y ocultaba a la vez.

Tan rápido escuchó esa pregunta, Amelia levantó la mirada, abrió los ojos con exageración. Preocupada y en dudas de seguir soltando más información, una incómoda información.

—Cosas de muchachos—dijo acompañada de una sonrisa elástica y fingida.

—Entiendo, cosas de muchachos—replicó con cámara en mano.

—Es por eso, que ese napoleón quedará bajo mi custodia. Están obsesionados con la idea de traspasar esa puerta.

— ¿Y la restauración? —preguntó Caroline.

—Vivimos tiempos difíciles Caroline. Es una casi ciudad y casi pueblo. El dinero no abunda, y además... nadie quiere ese lugar restaurado, no ahora. Tal vez unos cuantos años más.

—Cuando los fantasmas se hayan ido—soltó como un disparó directo a los ojos de su amiga.

Amelia quedó entre el silencio o seguir. —Exacto. Nos vemos, Caroline. Te espero en mi oficina tengo una galletas hechas en casa—Amelia se perdió entre los pasillos del colegio. Caroline se quedó en compañía de su vieja cámara y una gran puerta encadenada.

—Perfecto, cuando los fantasmas se hayan ido—dijo en voz alta la mujer de ojos azules como el cielo, un cielo despegado. Afuera en cambio el viento silbaba tonadas extrañas, las nubes oscurecían una fría mañana después de un año.

Caroline disparó con un encandilado flash, apuntó a las cadenas y los tres gruesos candados. De inmediato, salió la primera fotografía plasmada en un papel, tan pronto su vieja Polaroid la expulsaba de la ranura inferior, Caroline la tomó con una de sus manos y la agitó, unos segundos y miró —Perfecto—dijo, de su bolso sacó una bolsita de plástico con cierre, abrió y posó con cuidado una instantánea.

Otra segunda fotografía, disparó el flash ahora en un amplio espectro, una toma a toda la puerta en general y repitió el proceso.

—No hay fantasmas Amelia—dijo en voz baja, mientras observaba la imagen de la puerta encadenada con gruesos candados.

Otra fotografía, una con toda la puerta y desde una distancia considerable, metros atrás. Necesitaba tener en el marco ese pasillo lleno de polvo, y la gran puerta sellada por completo. Presionó el botón y el poderoso flash atrapó al tiempo, lo detuvo en busca de esos fantasmas.

Esta vez la fotografía se demoró más de la cuenta en salir, pensó por unos momentos que algo se había estropeado de su vieja y usada Polaroid 450. La miró a la espera impaciente del papel fotográfico. —Vamos, pero qué te

pasa vieja amiga—exclamó.

La Polaroid, emitió un ruido anormal. Caroline miró con ansias, el papel comenzó a salir tan lento, así fue la impresión de la mujer, debido esa opresiva ansiedad de ver algo. Algo fuera de lo normal.

—Nada, todo bien. Nada extraño—dijo una vez sacudida. Sólo una puerta y un polvoriento pasillo.

Repitió el proceso, otra captura general.

La cámara ahora funcionó con normalidad, expulsó de inmediato el papel. Caroline la tomó con su mano derecha y agitó.

—Los únicos fantasmas son los que tienes en tu cabeza Amel...—un grito ahogado, por un trueno en lo más alto de los grises cielos cargados de nubarrones, y una caída de espaldas a unos polvorientos tablones. La fotografía fue como una fuerte descarga de corriente eléctrica en sus dedos, y sus ojos se tiñeron de horror, dejó caer la imagen a los pies de ella, su respiración se agitó, su corazón bombeó tan rápido pudo, un cerebro confundido entre realidad y horrorosa fantasía. Sentada en el sucio piso, comenzó con un gateo desesperado, huía de una imagen, se alejaba con terror de una imagen, algo que no debería ser, algo que no debería estar ahí. Una imagen, una toma general de una casa de madera en un bosque olvidado con una inscripción tallada en madera "*Abazia Elarti - famiglia*". Los fantasmas hacían presencia. Y ella se encontraba sola con sus recuerdos.

Capítulo 35

La puerta crujió molesta y ruidosa ante miradas de temor. Invitaba a pasar, mientras los postigos de las ventanas hacían ese vaivén, como si los pestillos quisieran por si solos salir, y abrir unas mohosas ventanas manchadas de polvo y humedad. El viento circulaba raro, un ambiente pesado alrededor de la vieja casa de madera, con su techumbre lúgubre y oscura de latones oxidados, derruidos.

El joven perro emitió unos cortos ladridos, y tan pronto dejó de hacerlo entró de golpe a la casa, mientras olfateaba con el hocico pegado a esos polvorientos y viejos tablones.

—Gandalf—llamó al cachorro, con voz temerosa Sebastián.

Caroline en cambio se quedó en silencio, como los demás, luego dio unos pocos pasos hacia adelante, adentrándose a la penumbra de una casa abandonada con olor añejo y madera húmeda. Después todo se volvió aún más extraño y en tinieblas.

Se quedó con la mano alzada ante una borrosa imagen, sus lágrimas empañaban su visión, sentada enfrente de una fotografía, le arrastraba a cruzar sus recuerdos, como realidades entrelazadas, parecían cordones firmes y trenzados. Parecía estar en dos partes a la vez, en una vieja casa en el bosque y un pasillo polvoriento de un colegio que, respiraba bocanadas pesadas y profundas, quitaban oxígeno, la ahogaban, le aceleraban las pulsaciones. La llevaban a sentir el frío de la muerte detrás de su espalda.

Siguió en un acelerado retroceso, se alejaba con terror de aquella fotografía, la arrastraba al pasado. No le dejaba ver. No quedaba que respirar, cuando aquellos candados parecían crujir, un ruido de aceros también de cadenas retorcidas, vivas. Buscaban liberar algo, que debía permanecer en extremo oculto, en silencio absoluto.

Escuchó un grito atrás de ella, Susan había gritado el nombre de su pequeña hija. Caroline en cambio se quedó paralizada, ante la escena y ante ese olor aún a parafina. Tarros regados y chorreados de ese líquido inflamable, miró hacia el piso de tablones, pasos marcados, secos de alguien con largas zancadas, alguien huía del lugar y por momentos se arrastró, dejó manchas de sangre en ese arrastre, huía de alguien o de algo, ella lo vio así hasta la puerta principal. Aturdida, escuchaba a su amiga en un grito desesperado, el nombre de la niña Catalina.

La pequeña habitación, tan rustica y antigua, se borraba ante ella, todo pasaba en una ceremoniosa y horrenda a la vez cámara lenta. Sintió su hombro moverse con violencia, era Susan que corría a una dirección, desesperada entre gritos de una madre enloquecida. Miró entonces la sala, miró también en dirección a esa mujer, miró hacia abajo en el piso que expelía aliento fétido de maldad inflamable.

La visión borrosa y el miedo a la imposibilidad de poder escuchar y mover su cuerpo a voluntad, le presionó con crueldad su cuello, mientras al lado derecho de ella, un padre gritaba "no", con todo lo que podía, un "no" seguido de un Dios mío, un Dios que por momentos pareciese haberse distraído. Gritaba "no", lo escuchaba dentro de su cabeza, y eso, aquello viajaba a su corazón de madre. No podía evitar, no lo pudo, las lágrimas fueron de a poco en caída libre por esas mejillas, que lucían tan cansadas. No podía con sus piernas, parecían frágiles ramitas, temblorosas. Miró con lágrimas que cristalizaban sus ojos, una madre que había perdido la cordura, una madre que se lanzó de rodillas al suelo, y tomó con sus manos a una pequeña, su pequeña Catalina, sus cabellos crespos y colorines, un rostro pálido, atemorizante. Parecía dormida, estaba intacta, pero sus ojos cerrados, sellados, no querían abrir por nada de nada, no despertaban desde ese lugar tan alejado en donde estuviera. Susan en cambio gritó con todas sus fuerzas, una palabra, algo tan simple, pedía a gritos un; "*despierta*", con un gentil; "*por favor*". Aquello le desgarró el alma, la palabra despierta a Caroline la regresó de golpe, a esa realidad, una horrenda realidad repleta hasta la saciedad de desesperanza, sintió ese alud inmenso con esa maldita palabra. Sus labios se tornaron temblorosos, mientras ríos de lágrimas seguían su curso, hasta el mentón, bordeaban sus labios, que se tornaban pálidos como su rostro demacrado, el dolor le llevaba a envejecer de pena. Sus labios seguían temblorosos, necesitaban decir algo.

—Dil..., Dilan—lo dijo, fue como un susurro perdido en el viento, inaudible. Tenía miedo, ese miedo maldito, el tormento torturador, que toda su vida

se quedaría pronunciando, el nombre de su pequeño hijo, pero sin recibir respuesta alguna, ni verlo correr hacia ella.

—Dilan—lo dijo ahora con más fuerza.

—DILAN—esta vez gritó, en un grito desesperado, la visión borrosa, una escena empañada en lágrimas, abundantes lágrimas de una madre.

Caroline comenzó a correr desesperada, buscaba en cada rincón de la casa, gritaba el nombre de su pequeño niño.

Sebastián, en cambio se quedó enmudecido, ante una escena que él había soñado.

—DILAN—gritó, la puerta parecía que respiraba frente a ella, parecía un lobo de filosos colmillos. Las cadenas chirriaban, las escuchaba y las veía retorcerse como goma de mascar, una grotesca goma elástica. El San petrie, se reía de ella, se reía de una madre sin saber las respuestas. Se sentía como una loca, que corría despavorida en círculos, como un perrito diminuto que perseguía su cola. Y ese condenado colegio, arremetía sin piedad con risas macabras, sólo opacadas por el sonido de truenos en lo alto de los cielos.

—Dilan—dijo ahora con una voz quebrada, ante un llanto desbordante.

—Dilan—dijo, luego miró al pasado.

Un trueno calló esas burlas.

Siguió en la búsqueda desesperada. No se detenía. Seguía, gritaba. Sus cuerdas vocales estaban cansadas, bordeaban la disfonía.

—Dilan.

Una y otra vez.

Hasta que, una habitación abierta de par en par por una madre desesperada. Ella, Susan, se detuvo en seco. Un silencio y un mundo le dejaba sin piso en donde sostenerse. Sintió que cayó en picada, luego un acceso de pánico indescriptible.

—Dilan—dijo en voz tenue, apagada. Lo dijo una vez más, el nombre de su pequeño hijo, sonó una voz débil, como muriéndose poco a poco. Como una llama a punto de dar su último resplandor.

—Di...—dijo, quería decir Dilan y a la vez Dios mío. Corrió, aterrada. Su hijo yacía en una cama de una plaza, una vieja cama en un colchón gris y desgarrado por el tiempo, un colchón sin sábanas y abrigo. Lo vio entre borrosa imagen inundada en lágrimas. Estaba atado de piernas y manos, con los ojos cerrados. Catalina no estaba así, no estaba atada, pero su hijo, parecía encerrado. Oculto, alejado y así lo sintió o algo en su oído tan atormentado escuchó venir. A los pies del pequeño, ese oso de peluche llamado Andy lo miraba atento.

Tal cual como lo hacía Susan a la entrada de la casa, Caroline gritaba el nombre de su hijo con un; "*Despierta por favor*", luego entró su perro, el cual se quedó en silencio, con único quejido. Sebastián corrió entre gritos de negación, abrazó a Caroline y al pequeño Dilan. Él también le pidió que despertara. En cambio, todo fue un rotundo silencio de labios enmudecidos en un profundo sueño. Dilan al igual que Catalina, no estaba ahí.

Habían viajado a otro lugar.

Encerrados, quien sabe dónde.

Un pequeño y temeroso ladrido de gandalf, parecía decir el nombre del pequeño muchacho.

Thomas Mieler, una voz femenina le susurró en el oído a la mujer.

— ¡No te lo llevarás!—gritó, sentada en el piso de un solitario pasillo del San Petrie. Las cadenas callaron su rechinar, dejaron de retorcerse. Los candados quietos y sin vida. Las tormentas del miedo fueron a la calma.

—No... te lo llevarás—murmulló la dolida madre.

Se puso de pie, miró la fotografía. Una captura general de una simple puerta cerrada, encadenada. De cuclillas tomó el papel con esa imagen plasmada, tan pronto la cogió con su mano derecha, se quedó de pie y en silencio.

—No, no jugarás conmigo—lo dijo a voz baja, miró la foto y clavó sus ojos entre lágrimas secas, los clavó en las puertas del infierno.

Thomas Mieler, por segunda vez, esa voz femenina le susurró en el oído a la mujer. Y ella recordó "*Ojos siberianos*".

Capítulo 36

Huyó del lugar, tan rápido sus piernas le permitían, se afirmaba de vez en cuando de las paredes, aprovechó esas oportunidades para tomar aliento, una respiración profunda y agitada, luego miraba aquellas ventanas que le mostraban un cielo gris, y raras nubes cargadas de agua. Pronto se desgarraría el cielo pensó. Siguió con su huida por los largos pasillo del San Petrie, se perdió por momentos entre la realidad y la ilusión, las voces seguían en su interior, le repetían ese nombre.

Después de tanto dar vueltas, se detuvo ante un lugar, una placa que decía sobre una puerta de madera. "Vicerrectoría". Entró sin haber golpeado antes.

—Qué ocurre Caroline—preguntó su amiga, aquella se levantó de la silla, se alejó de su escritorio, y fue a donde se encontraba de pie Caroline, en medio de la oficina.

—Nada, nada—repitió, aún con los nervios de punta y la voz algo desquebrajada, se atusó sus rubios cabellos, luego se hizo una moña.

—Cálmate, te pregunte si querías que te acompañara, y dijiste...

—No. Eso dije. Dije no, y no era necesario—interrumpió, mientras miraba a su alrededor. Sus ojos se clavaron en un objeto el cual se encontraba en unos de los rincones de una ordenada y limpia oficina, entre muebles de estantería de libros. El napoleón, parecía que le miraba también.

—Agua—dijo. —Necesito un vaso de agua. Por favor. —repitió.

Amelia, asintió con la mirada, aún extrañada. Intentaba leer los pensamientos de su trastornada amiga. Luego salió de la habitación en busca de un vaso de agua. —Vuelvo enseguida, no te muevas. ¿Estás bien?—dijo.

Caroline no respondió.

—De acuerdo—dijo la vicerrectora, luego suspiró.

Amelia, fue en busca de agua. En cambio a Caroline, le acechaba una idea, y una herramienta, que miraba con detención. La maldita voz de nuevo volvía a ella; "*iThomas Mieler!*", y luego seguido de un; "*No*". Caroline retrocedió, caminó en contrario a la ubicación del objeto, luego miró de soslayo la salida de la oficina, presionó su vieja cámara que aún

tenía colgada de su delgado cuello, la tomó con sus manos, y sin pensarlo dos veces, evitó volver la mirada a ese llamativo; "*napoleón*".

—Está bien—se dijo a sí misma, la voz la tenía cansada. Luego emprendió carrera, salió de la oficina, y tan rápido se encontró fuera del San Petrie. Abrió su bolso y cogió las llaves de su automóvil un Escarabajo Volkswagen color amarillo que lucía impecable, otro de los viejos amigos de Caroline, este era de su etapa en la universidad y lo conservaba sin ningún rasguño.

Dio contacto y respiró con el ronroneo del motor, miró al colegio, el cual se veía cada vez más siniestro. El viento movía de forma violenta esos árboles que flanqueaban el frontis, activó el limpia parabrisas, las primeras gotas comenzaban a caer, formaban discretos ríos en aquel vidrio, y el sonido de las gotas en el techo del Volkswagen, eso le agitaba un poco su corazón. Con todo lo visto hace pocos minutos atrás, suspiro y se aferró del volante con fuerza. Después de cinco contados segundos aceleró.

Amelia había entrado con ese vaso de agua. Caroline ya no estaba. Se apresuró con los ojos abiertos de par en par, miró y nada todo bien. Aquella herramienta confiscada seguía ahí, en ese mismo lugar.

Sintió una presión en el pecho, "*Amiga*" pensó. Luego se dijo en voz alta —Amelia, no pasa nada. Es el día, y Caroline estará bien.

Se movió por cada rincón de las calles de una ciudad, cada vez más extraña para ella, era como otro tiempo. Su mente la tenía ocupada de ideas, de miles de ideas, pensó en el colegio, en el bosque y sobre todo en Paulina la hermana de la pequeña, y la hora, esa hora, una invitación que no podía rehusar; "*a las seis en punto*" había dicho la muchacha. Observó el reloj que colgaba de su delgada muñeca, aún tenía tiempo y mucho, para pensar, para idear.

Se detuvo en seco, atrás otro automóvil, una bocina y seguido de un grito, un hombre con barba canosa y larga con un gorro de lana celeste. Aquel hombre bajó la ventanilla de la puerta, asomó su cabeza hacia afuera del automóvil mientras seguía con los bocinazos, le gritó.

— ¡Pero qué pasa, abra los ojos! —espetó entre los bocinazos.

Ella suspiró y miró por el retrovisor, luego volvió a lo que le había obligado a detenerse. Una ferretería, todo tipo de herramientas. Caroline, estacionó su automóvil, y bajó acompañada de un viento, ese viento que parecía venir desde todos lados, le desordenaba sus rubios cabellos, los arremolinaba en torno a su pálido rostro, les cubría aquellos ojos azules cargados de confusión, temor, y una llama de esperanza, en un juego que, ahora más que nunca temía, pero había algo más. Qué, se preguntó a sus adentros.

Capítulo 37

En la sala de clases, una maestra hablaba sobre una prueba; historia y geografía. Paulina la escuchó distante, casi pérdida, abstraída del lugar. Como si la voz de la maestra, fuese interrumpida por un ruido de olas moviéndose, agitadas contra afiladas de rocas.

Luego miró a los muchachos que se encontraban delante de ella, los barrió con sus ojos de adolescente, tan llena de vida. Clavó al final la mirada en ese muchacho de cabellos rizados y tez trigueña, algo subido en peso, pero que de apoco le parecía más delgado. Sus amigas le habían contado, que aquel muchacho se moría de ganas de conocerla, "*Está enamorado de ti*" le decían entre adolescentes risotadas traviesas. Paulina, comenzó a sonreír, sus delgados labios dibujaban, sonreían aunque les costase.

Sonreía a los tres muchachos, aquellos que le ayudarían. Se centró en uno de ellos y pensó "*le gusto*", seguía absorta, lejos de la sala de clases. Luego, pensó en su pequeña hermana. Aquella sonrisa se diluyó en un único pensamiento; "*Debo hacerlo*".

El muchacho de nombre; Diego. Miró sobre su espalda, sobre el hombro izquierdo asomó su rostro de perfil, vio una sonrisa llena e iluminada de su amor platónico. Paulino clavó los ojos en el muchacho, a la vez como interferencias, esas olas de un mar ya algo agitado, le susurraban el nombre de su pequeña hermana. Ellos ayudarán se dijo, y lo dio por hecho. Lo había soñado, le sonrió al destino, le sonrió al muchacho.

Capítulo 38

—Descuide, quédese con el cambio—había, dicho. Salió con una mochila llena de pilas, una linterna de mano, bengalas, un encendedor, y lo más importante un napoleón de los mejores, así lo dijo el vendedor de la ferretería, fue la respuesta a una mujer que preguntó con una voz distinta, cargada de seguridad; "*Necesito algo, que sea capaz de cortar las mismas cadenas del infierno*", ante un atónita mirada del vendedor y uno que otro viejo amante de las herramientas y ese olor a metal, fierro, latones. Uno de los hombres más viejos, al escuchar aquello se le resbalaron de sus manos una gran cantidad de clavos.

Caroline, caminó hacia su automóvil, abrió la puerta del lado del copiloto, dejó la mochila, y el napoleón. Luego miró atrás, se sentía observada, aún los ojos de los viejos amantes de las herramientas le miraban, con esos ojos algo extrañados, ella sólo dio contacto, y aceleró por la calle, cuabras hacia arriba, tenía algo que hacer, alguien a quien visitar.

Las calles olían a humedad, y el viento movía los grises nubarrones, que taparon el cielo, un cielo que ahora parecía más oscuro de día.

Llegó al hospital de la ciudad, un hospital que tenía el nombre de su mayor deseo; "*Esperanza*". Saludó a cada una de las enfermeras y doctores del lugar. Saludó entre ellos a Tom, el viejo doctor de la familia.

—Caroline, te vez preocupada. ¿Algo pasa? —preguntó.

—Nada, Tom. Tranquilo no pasa nada. ¿Sebastián aún está?...—respondió con otra pregunta.

—Sí, como siempre. A mí ya no me escucha, pero debería...

—Descansar—interrumpió ella.

—Sí, descansar y tú también—aseveró el viejo.

—Ya habrá tiempo para dormir Tom. Ahora si me permites—dijo la mujer, mientras se ordenaba sus cabellos y sus ideas. Tom en cambio asintió.

Caroline giró en una media vuelta cargada de energía, y caminó por esos blancos pasillos, que olían a ese familiar olor de hospital.

Pronto entró a una habitación, una única cama. Todo blanco, un silencio interrumpido por unos débiles ronquidos de su esposo, el cual estaba sentado en una silla de madera, también de color blanco, apoyado en esa cama, con su cabeza de costado sobre su hombro y su brazo derecho, un brazo que se extendía hasta tocar con su mano el delgado y pequeño hombro de un muchacho. Un pequeño, que yacía dormido con suero conectado a la vena desde el otro lado de la cama, cables en un pequeño cuerpo, aquellos le tomaban de forma constante la lectura de sus signos vitales.

Ojos cerrados, sin signos de pestañeo alguno, estaba en otro lado, en otro lugar, quien sabe dónde.

Caroline se detuvo en seco, se llevó sus manos al rostro, enseguida las bajó con lentitud pasmosa a sus labios, y comenzó a llorar. Respiraba con dificultad, entre los sollozos, un llanto de una madre al ver a su hijo. Recordó en ese momento la voz pétrea y llena de tristeza del viejo amigo de la familia, un viejo médico que ya no sonreía; *"Está en coma, Caroline"*, la mujer recordó ese momento y lloró; *"Sebastián, por favor. Tómala se va a desmayar"*, recordó ese instante en que todo se fue a negro, sin antes ver luces de todos colores. También recordó la voz preocupada de su marido, cuando el viejo Tom le pidió, a aquel hombre que ella amaba, le pidió que la sujetara, Sebastián la tomó en sus brazos y todo fue silencio. Ella había caído como una niña desvalida, de rodillas a un piso frío y a un abismo infinito.

Antes de desvanecerse, entre el llanto, apenas podía hablar con claridad. Sólo preguntaba; qué pasó, qué fue lo que sucedió.

—Tiene magulladuras y un golpe en la cabeza...—dijo el viejo Tom.

Luego ella le había interrumpido. —El incendio..., lo quemó todo. Dios, pero qué...—dijo en sollozos.

Después, y cada vez más lejana se hizo la voz del viejo médico. Caroline ya apenas prestaba atención a una explicación llena de tecnicismo, sentía que se hundía más y más.

—Dilan, despertará—el viejo murmuró, le pesaba la voz, le pesaba una garganta seca y arenosa, ante una promesa tan delgada como un hilo. Un

año entero ya había pasado.

Ella recordó. Entre ese llanto desesperado, sin quitar la vista a esa blanca cama y a los ojos cerrados de su pequeño hijo.

Sebastián había despertado, preguntó qué ocurría entre medio dormido, con los ojos entre abiertos y el costado derecho de su rostro marcado los relieves de la chaqueta gris como el cielo, que llevaba puesta, aún tenía esa barba aleonada y los ojos parecían hundirse entre esas cansadas orejeras, el cabello desordenado le tapaba la frente, ese cabello que ahora se mostraba opaco. La mujer, la madre se adelantó con su temblorosa voz, dijo un; "*Nada*", y antes que Sebastián se pudiera levantar de la silla, se acercó a él y lo besó.

—Nada, cariño. Son los recuerdos, que a veces vienen y van—le besó.
—He venido un rato, unos momentos, la tarde entera... quería ver a nuestro pequeño campeón.

Ella sonrió con lágrimas que empaparon sus labios, sus mejillas y su fino mentón. Sebastián la abrazó, ella hizo lo mismo, y cerró sus ojos.

Pensó en su hijo, pensó en Sebastián su amor, pensó en el San Petrie y esto último la hizo sentir algo desvalida, ese sentimiento le aprisionó un poco el corazón. Lo abrazó con fuerza, y se quedó medía dormida en las piernas de su marido, con una mano en el cabello de su pequeño Dilan.

Entre la delgada línea del sueño profundo, ella deseo, se dijo a sus adentros; "*Si ahora en este momento, los tres dormimos*".

Tal vez, quien sabe cosas de magia, ellos podrían encontrarse en un lugar, podrían ver aunque sea, en un sueño a su hijo despierto, escucharlo decir; "*¿Mamá?, ¿Papá?*", entre pregunta y aseveración; "*Han venido a por mí... ¿verdad?*". Caroline sucumbió al profundo sueño, y tan suave, murmuró la respuesta; "*Sí cariño, he venido*".

Capítulo 39

Un trueno con su luz iluminó todo el cielo gris, ese nublado firmamento de una ciudad, que para Caroline, parecía diminuta y agobiante, el estruendo de los cielos, y ese flash de una enorme cámara fotográfica, que colgaba en las alturas, retrató una escena, una familia reunida, un sala, una blanca habitación de hospital, fue como una explosión de los cielos, un golpe o un aviso, un toque a su adormilada y cansada alma.

Caroline abrió sus ojos de par en par, luego se arremangó un poco su anorak, las 17:40 p.m., indicaba su reloj que colgaba de la muñeca, se levantó, se puso en pie.

Sebastián todavía dormía y su pequeño en un lugar imposible de alcanzar, no pudo encontrarlo en los sueños, por más que buscó. Aquello fueron sólo pesadillas, el San Petrie y aquel siniestro sujeto con su enorme cicatriz en los labios. La mujer tomó el bolso, revisó que estuviera su cámara, luego besó, la frente de su esposo y la de su pequeño hijo. Ya era hora de irse, en Paulina pensó.

Recordó también, que en aquella pesadilla, en el salón de clases lleno de cenizas, estaba escondida o atrapada; "*Ojitos siberianos*", lo dijo con voz apagada Caroline. Luego miró la ventana y la suave lluvia. La imagen de su amiga, ella escondida en la penumbra de ese salón, murmuró; "*Cuidado atrás, Caroline*".

—Voy a por ti, lo juro. Mami lo jura—susurró al oído del pequeño dormido. Caroline se apartó, retrocedió con una última mirada, esa mirada que pedía no ser abandonada.

Otra fotografía de los cielos, y ese imponente sonido en las alturas. La mujer giró, con ese flash, ese amplio flash, Dios tomaba fotografías se dijo. Caroline salió a toda prisa del lugar, tenía una promesa que cumplir.

Capítulo 40

En casa de la familia Rodríguez Delgado, la música sonaba estridente en la habitación del muchacho.

William había sacado sus casetes, y el volumen a tope con unos parlantes que parecían saltar sobre el mueble en donde estaban puestos. Afuera de la habitación la puerta y las paredes vibraban al son de una música, algo rápida, cada acorde y velocidad de una batería como tren descarriado liberaba rabia, y las desenfrenadas emociones de un muchacho, que miraba con fastidio todo a su alrededor. Tendido de espaldas sobre su cama, rodeado de paredes y posters de sus bandas favoritas, parecía que *Motorhead* no callaría su galope a todo volumen.

Miró por la ventana de cortinas rasgadas, un cielo a ratos iluminado. Se levantó, y caminó hacia ella, necesitaba mirar la calle, ver alguna forma de estar fuera de todo, antes abrió el cajón del mueble de la izquierda de su cama, encendió la lámpara, y miró ese pequeño velador. Cogió un cigarrillo suelto, y una caja bastante maltratada de fósforos, con sólo quince años, encendió el cigarrillo y abrió un poco la ventana. Dejó entrar el viento húmedo y la lluvia.

Le dio una corta calada al cilindro y una bienvenida al tóxico cáncer. Expulsó el humo por entre la ventana. — ¡Que le den, mundo de mierda!—exclamó, en su mirada el odio se rehusaba a dejarlo en paz, tampoco digamos que el muchacho quería dejarlo ir, esa molestia, ese desenfado era su vía de escape, algo que cada cierto tiempo dejaba liberar como olla a presión, así evitaba estallar de una vez por todas y joderla medio a medio. Como su padre, como su jodida familia.

Motorhead sonaba cada vez más fuerte, más poderoso en su cabeza, "*Under The Knife*" era la canción, y parecía que las paredes se abombaban en cada golpe de esa batería.

La puerta de su habitación se remeció y un grito desde afuera le dejó por momentos paralizado. — ¡Muchacho inútil!, abre. Baja esa mierda de música, y abre la maldita puerta. ¿Cómo es eso de suspendido?, abre la maldita puerta ¡ahora!, pedazo de gusano—los gritos de su padre, y ese tono borracho. El muchacho, se quedó de pie de espaldas a la ventana, con el cigarrillo puesto en los labios, y los ojos clavados en esa puerta, que parecía estallar con cada golpe de su alcohólico padre. Sin duda lo

habían corrido una vez más del trabajo por ebrio. Además era día viernes, solía pasar eso.

Capítulo 41

En el hospital "*La Esperanza*", Caroline caminaba acelerada, a paso rápido y con los pensamientos puestos en el *San Petrie*.

Ya en la salida del hospital, divisó en la entrada a su amiga peli roja Susan, la mujer de cabellos rojos y pecas en las mejillas y la punta de una nariz respingada, iba sola y caminaba con un bolso enorme en sus manos, bajó con dificultad el paraguas de color blanco y puntos como gotas de color negro, el viento afuera parecía a tormentas, lo recogió y lo colgó en su muñeca, en el mango del paraguas tenía un pequeño lazo de cuero, Susan lo agarró firme, mientras con la otra mano tenía ese gran bolso hecho de mimbre, su chaqueta impermeable naranja estaba empapada, las gotas de agua caían a un piso de baldosas blancas, la chaqueta le llegaba a las rodillas, cubría sus pantalones de mezclilla azul marino, y sus botas de un color café para el agua. El cielo ya había comenzado a liberar las regaderas, con esos nubarrones cada vez más oscuros, y ese viento arremolinado, que pareciese venir de todos lados, desde los cuatro puntos cardinales.

—Susan, hola.

—Caroline—respondió al saludo con una voz agitada. —Ahí afuera de un momento a otro, se desbandó toda la lluvia. Y el viento corre a mil.

— ¿Vienes?—preguntó.

—Sola, sí. Héctor dentro de una media hora. Se atrasó un poco. Y bueno Paulina, saldrá un poco más tardes. Tiene actividades en el San Petrie, sabes ya ha pasado un año, y hay, bueno en memoria de lo suce...—dijo con dificultad, le costaba hilar palabras. Cada vez que, aparecía en el hospital para ver a su hija Catalina, verla en coma, le ponía de nervios.

La muchacha había mentido de una cierta forma, pensó Caroline.

—Bueno, si quieres te ayudo.

—Descuida, estoy bien. Son los juguetes de Catalina, y este día quiero.

—se quedó en silencio por unos momentos. —dejarle, cada juguete adornado en cada parte de la habitación.

Caroline, pensó por unos momentos hacer lo mismo, pero las cosas habían cambiado, y sentía desde hace mucho, que tenía la oportunidad,

algo, un sueño, de eso se trataba todo.

—Y Dilan—preguntó ella.

—Con Sebastián. Yo... ahora, me tendrás que disculpar, pero saldré por unos momentos. Susan cuídate, nos vemos—dijo y luego la mujer tragó saliva, los nervios, abrazó a su amiga, y contuvo la ansiedad mezclado con los temores. Por segunda vez pensó por unos momentos, debería haber pasado a casa, y llevar el único juguete favorito de su hijo, Andy el Oso de peluche. Ya no había tiempo, y Paulina esperaba, tenía que ir, así lo dictó su corazón.

Capítulo 42

La puerta se abrió de golpe de una sola patada, y la música se liberó con fuerza por todo el segundo piso de la casa. El borracho de su padre, miró al asustado muchacho con una mueca de desprecio, luego sus desorbitados ojos fueron a parar al cigarrillo, que colgaba de la boca de William, el muchacho lo agarró con su mano derecha tan rápido pudo, lo bajó y lo escondió atrás de su espalda. Ya era inútil esconderlo, el obeso y alcohólico de su padre, bramó en insultos, un aliento cargado de cerveza y ron.

—Pedazo de basura, te voy a dar. Fumando, mira a tu hijo. ¡Míralo!—entre gritos, luego se acercó con violencia tambaleante a la radio musical, y arrancó de prisa de una sola pasada el cable enchufado. El silencio embargó la habitación. Aquello duró unos pocos segundos, luego la voz de la madre, la cual entre llantos, le pedía que se detuviera. Gritaba desde afuera, gritaba y lloraba escondida en el borde del marco de una puerta convertida en añicos.

El hombre tomó la radio tan rápido pudo con sus torpes manos, y la lanzó con furia contra un muchacho paralizado, muerto de miedo, aquel objeto se estrelló en pleno rostro. William cayó sentado al piso, se cubrió como pudo con manos temblorosas de terror. Ahora, un corte lacerante en su ceja izquierda, vertía un hilillo de sangre, se unía a su ojo en tinta de la noche anterior. El cigarrillo rodó a los pies de su querido padre, este último lo miró y pisoteó con una suela de bototos de cuero gastados.

William levantó la mirada con una mano en su ceja ensangrentada, vio al demonio, la figura paterna destrozada, vestía unos pantalones de vaqueros sucios, una sudadera toda manchada de alcohol, al igual que su camisa a cuadros, negro y rojo. La sudadera blanca manchada, y rasgada. Su estómago abultado sobresalía, el obeso padre apestaba a cerveza.

—No te cansas de hacerme pasar malos ratos, mierdecilla. Vamos, responde. No te cansas de joderme el día—espetó el hombre, mientras tomaba la silla de madera acomodada en el rústico escritorio de estudio del muchacho, la tomó con sus gordas manos. —Tú y la puta de tu madre no saben otra, que cagarme la existencia.

Y antes que fuese a describir un arco enorme con la silla levantada por dos manos ebrias. El muchacho la esquivó, saltó tan rápido pudo sobre la cama y comenzó la carrera hacia la salida de su habitación. La silla se estrelló en fragmentos astillosos contra una pared, contra un poster de

Danzig otra de sus bandas favoritas.

Al salir de su maldita habitación, observó con detenimiento a su madre, la única que lo acompañaba y soportaba las estupideces de padre e hijo. La observó, estaba apoyada a la pared, con lágrimas que inundaban sus azules ojos, un labio hinchado y con sangre que corría hasta el mentón, y un corte en una nariz roja. La mujer, su madre la vio en un llanto desesperado, mientras balbuceaba "*Por favor. No*". El miedo caló hasta lo más profundo de su ser, tanto fue el terror, que sus pies cayeron. El muchacho comenzó a duras penas a gatear, retrocedía lo más rápido que le permitían sus torpes piernas, miraba a su madre, miraba el llanto y la sangre. Sus oídos cancelaron todo ruido y todo alarido de un hombre alcoholizado.

Bajó por las escaleras, enfermo de nervios. Ese pitido de una presión a mil, se le cortaba la respiración. Entró a la cocina, el muchacho apenas pudo escuchar a su padre, parecía que gritaba con demencia en insultos desde el segundo piso, luego las escaleras resonaban, producto de un torpe caminar y un pesado cuerpo mal oliente a ron barato y cerveza rancia.

William escrutó con desesperación todo a su alrededor, platos despedazados de en un piso con alguna que otra gota de sangre y suciedad, la cocina era un caos, prueba de que una batalla se llevó acabo, cogió un cuchillo. Lo miró, el reflejo de un rostro borroso y una ceja lacerada. Los nervios, no lo dejaban pensar. Sintió odio, las emociones se agolpaban, de improvisto logró esquivar una botella que, volaba con violencia en dirección a su rostro. El miedo volvía como un dolor incesante en su cabeza, el miedo como una palpar acelerado de un corazón galopante. Giró a sus espaldas, y por el rabillo del ojo pudo con dificultad, culpable la sangre en su ojo y los nervios, ver una salida. No pensó, no había momento y tiempo alguno para hacerlo, corrió con todas sus fuerzas, con el cuchillo tomado con presión del mango, corrió y salió con su alma por la puerta de la cocina, luego vio ese garaje todo desordenado, estaba abierto, y el automóvil de su querido padre muy mal estacionado, "*una basura de automóvil*" pensó, con una puerta abierta y latas de cerveza adentro.

Corrió a su bicicleta, la reja también estaba abierta de par en par, no le importó la lluvia, al muchacho no le importó el viento que azotaba con violencia, pedaleó con unas piernas que ya no controlaba, se movían solas. El terror, no le permitió ni siquiera escuchar, aquellos truenos en el cielo. Cinco cuadras más abajo, lejos del demonio de su querido padre, William se desvaneció. Una calle mojada, y una sensación de sentirse morir, perdió ese control, ese escaso control. El muchacho cayó, resbaló con su bicicleta. Quedó de espaldas tendido, y de frente a una lluvia, que borró también un rostro cubierto en lágrimas.

Capítulo 43

Diego, tartamudeó el nombre de su amor platónico, la tenía frente a él y aún no lo podía creer. Paulina le sonrió. Y volvió con su joven, suave voz, repitió.

— ¿Otra citación? —preguntó por segunda vez. —La señorita Amelia, tiene algo que es de ustedes.

Javier dio la media vuelta —Sí, un napoleón. Lo necesitamos para abrir esta puerta.

—Puedo ayudar—dijo la muchacha, mientras se hacía una moña con sus manos, dejó al descubierto su terso y suave rostro.

Diego en cambio sólo balbuceaba, Tomas lo miró, luego suspiró y dijo —Vamos, de verdad. Nunca es como uno lo sueña, así lo dice mi padre.

—Bueno si quieres ayudar en algo, necesitamos cortar esas cadenas—volvió a insistir Javier, mientras se acomodaba su mochila.

Los muchachos, junto a Paulina miraron al unísono hacia unos de los muchos ventanales de un pasillo, se iluminó con un gran haz de luz proveniente de los cielos de tormentas y estruendosos cañonazos. Luego la tenue oscuridad de un sombrío atardecer.

Capítulo 44

Seguía tendido de espaldas, empapado con la lluvia, cubierto de miedos y frustraciones, que de a poco se coloreaban con rojo de odio, un rojo como su sangre que, escurría de su ceja. Se había escapado, por poco.

Los jeans empapados y con barro en sus rodillas, su chaqueta de mezclilla azul desteñida, con sus parches negros de bandas favoritas; *Motorhead*, *Danzig*, *Black Sabbath*, arruinadas y descosidas. Unas par de hojas de árboles, se pegaban en su ropa, en su camisa de cuadrille verde oscuro. Tenía una pequeña hoja anaranjada, pegada como una ventosa en su mejilla izquierda, la removió apenas los recuerdos volvían, como olas furiosas a su cabeza.

Pensó en atiburradas imaginaciones de venganza contra su padre, luego recordó, que tenía un cuchillo y una bicicleta. El *San Petrie* no quedaba tan lejos, tal vez media hora. Debía ir con cuidado, las calles pronto se transformarían en ríos de agua. Se sentó al borde la vereda, miró al cielo, justo en el momento que, un rayo cruzó la gran bóveda celestial cubierta de nubes. Eso lo dejó boquiabierto, luego sus odiosos recuerdos volvieron, esta vez con una voz, de un hombre carrasposo, esa voz parecía a la de su padre, pero eso era, parecía y nada más. —esto es por culpa de los frikis. ¿Lo recuerdas? —esa voz la oyó dentro de su cabeza, le repitió insidiosa al roce de su oído derecho, casi le pareció sentir un aliento gélido. — ¿Dejarás que se salgan con la suya? —repitió la voz. Los ojos del muchacho se tornaron fríos, y llenos de odio, con ese rostro pétreo debajo de una lluvia, que había borrado sus lágrimas. Ese odio se alimentaba y crecía dentro de él.

—Dense por muertos—murmulló el muchacho, otro rayo cruzó los cielos. El muchacho estaba ausente de toda asombrosa distracción.

Capítulo 45

—Bueno, bueno. Alguna sugerencia—soltó Tomas, luego de haber visto la cara de idiota de su amigo enamorado.

Silencio en los cuatro, un vacío de ideas. Solo el ruido de un viento, ese silbido incesante y las ramas siendo movidas de un lado a otro. Eran las 18:03 horas p.m., una tarde en donde el *San Petrie*, ya se estaba por quedar en silencio y desolado de estudiantes, a un año del incendio en el ala infantil, ese día el horario era diferente, una horas más temprano. Todos corrían a sus casas, menos ellos.

—Se quedarán, así para siempre—apareció una voz, apareció de un momento a otro a la vuelta de una esquina, esa esquina que minutos atrás vigilaba el enamorado muchacho, Diego dejó de mirar a los ojos de su amor platónico.

Paulina giró a su izquierda. —Señora Caroline.

—Paulina—saludó la mujer, con sus rubios cabellos empapados, y una respiración agitada. Un enorme rayo cruzó los cielos e iluminó al ancho espectro del pasillo. En su mano derecha, colgaba un napoleón de color amarillo, aún con una etiqueta de descuento. Los tres muchachos la miraron en silencio. Sólo diego sonrió.

Del anorak empapado, colgaban gotas y gotas, el rastro de la lluvia ahora caía en los polvorientos tablones, el crujir fue intenso por cada paso firme de una mujer, una madre que miraba aquellas gruesas cadenas. Fue rápido, una a una separadas, aquella herramienta hacia su trabajo, luego el suave movimiento de una manilla, y el crujir tan ruidoso. Las puertas las abrió Caroline, un aire pesado, un aire de un año guardado de oscuridad y mal oliente tragedia, cenizas en todo su alrededor. Una brisa helada traspasó cada cuerpo y cada alma presente que, se enfrentaba de cara a ese pasillo, un pasillo de cenizas y madera carbonizada, era como abrir un mausoleo, era como abrir paso a la muerte.

—Y ahora qué, alguna idea muchachos—preguntó la mujer, aún con el napoleón, con firmeza lo presionaba con sus manos.

Diego, sacó su mochila, y tan lento como pudo, con algo de temor, la abrió.

—Esto ayudará—dijo el muchacho, sostenía algo delgado, luego dejó su mochila colgada en unos de sus hombros.

—Estás seguro... ¿qué funcionará?, alguien me dijo una vez, que eso no es para juegos—dijo la mujer, en una rápida mirada al objeto, que tenía en las manos el muchacho.

Una tabla tan añeja, tan maltratada. Parecía salida de un lugar escondido. Tan oculto como los secretos de un antiguo colegio. "Sí y No", eso escribía en cada una de las esquinas superiores, un "Sí" acompañado de un Sol con rostro sonriente, y un "No" de una media Luna seria, sin expresión.

—OUIJA—soltó Diego. —Y funcionará—sentenció. Otro gigantesco rayó cruzó los cielos. La noche sería de ellos pronto, y el *San Petrie*, los tenía cada vez más cerca de sus filosos colmillos.

Capítulo 46

La llave maestra

EL DIARIO DE THOMAS.

“Obedezco, ciego y fiel a la orden. Dios es mi testigo, mi escudo. Y la orden...mi afilada espada. El fuego de Dios es el purificador de las almas corruptas”

Capítulo 47

-"Había visto de rodillas la Obra del Señor, puesta en mis manos, para hacer lo necesario, lo necesario; Purgar de este mundo aquellas almas pecadoras, esas que han hecho trato con el oscuro".